# RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT. PENSAMIENTO LITERARIO Y RELACIONES CON AMÉRICA LATINA ENTRE 1970 Y 1990

Leonardo Monroy Zuluaga

Monroy Zuluaga, Leonardo

Rafael Gutiérrez Girardot : pensamiento literario y relaciones con América Latina entre 1970 y 1990 / Leonardo Monroy Zuluaga. -- 1ª. Ed. -- Universidad del Tolima, 2019.

144 p.

Contenido: Las relaciones entre sociedad y literatura --El modernismo -- La recepción de la literatura latinoamericana del siglo XX.

ISBN: 978-958-5569-56-0

1. Literatura y sociedad 2. Posmodernidad 3. Literatura y tecnología 4. Gutiérrez Girardot, Rafael – Critica e interpretación 1. Título

801.95 M753r

- © Sello Editorial Universidad del Tolima, 2019
- © Leonardo Monroy Zuluaga

Primera edición electrónica: ISBN electrónico: 978-958-5569-56-0 Número de páginas: 144

Ibagué-Tolima

Facultad de Ciencias de la Educación Grupo de investigación en Literatura del Tolima

Rafael Gutiérrez Girardot. Pensamiento literario y relaciones con América Latina entre 1970 y 1990

publicaciones@ut.edu.co lmonroyz@ut.edu.co

Impresión, diseño y diagramación por PROVEER PRODUCTOS Y SERVICIOS S.A.S

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.

A mi hijo Iván, risueño crítico de mis textos.

A la memoria de Luis Eduardo, Sandrita, la Abuela y don Gildardo, a quienes perdimos mientras escribía este documento.

#### Contenido

INTRODUCCIÓN. RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT:				
PEN:	SADO	R LITERARIO	7	
Capít	tulo 1			
LAS	RELA	CIONES ENTRE LITERATURA Y SOCIEDAD 1	7	
1.	El diálo	ogo entre Hegel y Marx como punto de partida	19	
	1.1.	El influjo hegeliano2	20	
	1.2.	La institución como resultado de los interrogantes al		
		marxismo	23	
	1.3.	Teoría social de la literatura y sociología de la literatura	26	
2.	La rela	ción literatura y sociedad en los estudios literarios de la		
	época: la sujeción al marxismo28			
	2.1.	Las preguntas metodológicas y la heterogeneidad de		
		América Latina y su literatura	29	
	2.2.	Con el pueblo: los estudios literarios beligerantes	35	
	2.3.	Géneros en contra y en favor del pueblo	39	
3.	El diálo	ogo entre Gutiérrez y los estudios literarios latinoamericanos		
	alrede	dor de la relación literatura y sociedad	í2	
		·		
Canid	tulo 2			
-		DNICAGO	-	
EL IV	IODEI	RNISMO 5	3	
1.	Elma	dernismo en Rafael Gutiérrez Girardot		
1.				
	1.1.	La racionalización como presupuesto del modernismo		
	1.2.	El arte frente al nihilismo y la secularización6	)2	

2.	Acer	Acercamientos al modernismo en los estudios literarios				
	latin	oamericanos luego de 1970	67			
	2.1.	El modernismo como época	71			
3.	Apoi	rtes de Gutiérrez a los estudios literarios latinoamericanos en				
		erpretación del modernismo entre 1970 y 1990	76			
•	ítulo 3					
LA	RECE	PCIÓN DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA				
DE	L SIGL	O XX	87			
1.	La ul	oicación de Rafael Gutiérrez Girardot en el contexto de la				
	recep	oción	89			
	1.1.	Las opciones de la filosofía de la historia puestas en tela de				
		juicio	91			
	1.2.	La filosofía de la historia de Hegel y la literatura				
		latinoamericana	95			
	1.3.	La afectación de los estudios literarios por una mentalidad				
		española premoderna	97			
2.	Algu	Algunos tópicos de los estudios literarios latinoamericanos frente				
	a la r	ueva narrativa				
	2.1.	Rasgos identitarios de la literatura				
	2.2.	El silencio del pasado	109			
3.		cepción de la literatura latinoamericana en Gutiérrez y la				
	intel	ectualidad del continente	112			
CO	NCLU	SIONES	121			
BIB	LIOG	RAFÍA	133			

#### INTRODUCCIÓN. RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT: PENSADOR LITERARIO



afael Gutiérrez Girardot nació en Sogamoso (Colombia) en 1928 y murió en Bonn (Alemania) en 2005. Su producción integra libros, artículos y ensayos gestados y publicados durante algo más de medio siglo en Europa, luego de un periplo que lo llevó, en términos generales, de España a Alemania. A partir de 1970 cumpliría con su labor de profesor de la Universidad de Bonn, en donde consolidó el Departamento de Hispanística al cual estaría ligado hasta la fecha de su retiro en 1993.

Su encuentro con la cultura europea, especialmente la alemana, le permitió observar la filosofía y la literatura desde una perspectiva diferente a la cultivada en Colombia y América Latina, lo que a la postre será una de las razones que lo distanciarán de algunos intelectuales del continente. Con diferentes tonos, Gutiérrez interrogó la ciencia literaria pero al mismo tiempo fustigó a las figuras políticas que impedían la cristalización de los proyectos modernos, particularmente en Colombia. Se nutrió, en este sentido, de un fervoroso afán polémico, encendido en sus primeros años en Bogotá y ampliado con las lecturas de Friedrich Nietzsche, Domingo Faustino Sarmiento y Manuel González Prada.

De sus refriegas ha quedado testimonio explícito en varios artículos que desnudan la miopía de algunos adalides de la derecha colombiana. Estos ataques, que revelan su talante combativo y nada aséptico políticamente, hacen parte de una de sus facetas y nutren el anecdotario con el que se le recuerda. Sin embargo, pese a lo llamativo de esa posición, por demás escandalosa, lo importante es adentrarse en las particularidades de su obra y evaluar planteamientos y relaciones con los intelectuales contemporáneos a su devenir como pensador literario.



Para asumir tal reto, este libro se detiene en los documentos publicados en español entre 1970 y 1990. La escogencia de este corpus busca establecer diálogos con los estudiosos de la literatura latinoamericana que en la mayoría de los casos leyeron a Gutiérrez en su lengua materna. Pese a que aún están a la espera de traducción muchas de las páginas que elaboró en alemán para diferentes escenarios (por ejemplo para la cátedra profesoral)<sup>1</sup>, el material disponible en nuestro idioma permite realizar un trabajo investigativo sin el perjuicio de estar mutilando sus ideas. Así mismo, en este periodo gravitan discusiones sobre América Latina que pueden llegar a ser de gran interés en el debate contemporáneo, tanto en los estudios literarios como en las disquisiciones sobre la cultura del continente.

Previo a este acercamiento a un momento específico de su producción, el repaso a la totalidad de sus textos puede ofrecer al lector un panorama que comprende cuatro etapas en la trayectoria intelectual de Rafael Gutiérrez. En primera instancia, los ensayos y artículos publicados entre 1948 y 1955 expresan su momento más conservador y la búsqueda de un ingreso a la controversia sobre la identidad de Hispanoamérica. En estos documentos hay una defensa de la religión católica, la fidelidad a los valores hispánicos y el respeto por algunos de quienes serían posteriormente criticados por su pluma, como José Ortega y Gasset y Octavio Paz².

Destaca, en este universo, un ensayo como "El congreso de los intelectuales" (1949), en cuyas líneas Gutiérrez critica el evento promovido por Jorge Gaitán Durán en Bogotá y sugiere que, antes de privilegiar el fortalecimiento del Instituto Colombiano de Altos Estudios –una de las conclusiones del nombrado Congreso–, se deben blindar los centros que amparan la fe, como el Instituto Caro y Cuervo. De igual forma, en "La

Son evidentes las transformaciones posteriores de su enfoque, desde una postura conservadora hacia una filosóficamente moderna aunque, salvo la introducción del libro *El ensayo latinoamericano en el siglo XIX* de Carlos Rivas Polo (2012), no hay muchos documentos que revelen las particularidades de este cambio.



<sup>1</sup> Gran parte de esos documentos se encuentran disponibles para el público en el archivo de Rafael Gutiérrez Girardot de la Biblioteca de la Universidad Nacional de Colombia. Allí también se tiene acceso a su correspondencia pero existe el inconveniente de que se hallan pocas de las cartas que envió. Al parecer, estas últimas quedaron en poder de sus interlocutores. Juan Guillermo Gómez ha realizado un trabajo sobre este corpus, aunque advierte que "de las cartas escritas por él mismo [esto es, por Gutiérrez] -y cuya consecución demanda un especial esfuerzo investigativo complementario-, quedan vestigios muy adjetivos, piezas en realidad accidentales" (2011, 163). Las cartas a las que se puede acceder en la actualidad no revelan datos significativos en la exploración de su pensamiento literario.

revolución de Bolivia y su estatura estratégica" (1953) realiza un elogio a la "vividura hispánica", con la que Américo Castro invitaba a las ex colonias a unirse nuevamente a la mentalidad peninsular.

Paralelo a este recogimiento en una perspectiva conservadora, Gutiérrez piensa la aprehensión de América Latina a partir de revisiones a la obra de Mariano Picón Salas, Edmundo O'Gormann, Octavio Paz, y Alfonso Reyes, aunque la afinidad más fuerte es con este último. Precisamente el primer libro de Gutiérrez, *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955), es la culminación de un ciclo en el que deseaba acercarse a la identidad latinoamericana consolidando el diálogo entre Reyes y la filosofía de Heidegger. Este interrogante sobre América Latina verá su renacer especialmente en la década de 1980.

El segundo momento en su trayectoria intelectual aparece hacia 1953 cuando vive una experiencia definitiva en el cambio de su visión: su acercamiento, en calidad de estudiante, a los seminarios de Hugo Friedrich y Martin Heidegger. Estos pensadores despiertan el interés en Wilhelm Hegel y Friedrich Schlegel, como también en Karl Marx y Friedrich Nietzsche. De hecho, su tesis doctoral, publicada en forma de libro bajo el título *Antonio Machado: reflexión y poesía* (1969a), conserva una sólida huella de Hugo Friedrich, especialmente en el uso del concepto de "filología" como conocimiento de lo producido por el espíritu humano y en el desarrollo de una metodología en la que se involucran el tema y el motivo. En los entresijos de ese documento gravitan también sus aproximaciones a Hegel y Schlegel en quienes encontrará un universo conceptual y metodológico que permite entender con mayor profundidad las relaciones entre la filosofía y la poesía.

La presencia de estas figuras europeas se acentúa a partir de 1956, con su "Nota sobre Hegel", hasta 1969 con Antonio Machado: Reflexión y poesía. En "Nota sobre Hegel" (1956), por ejemplo, ya se vislumbra la necesidad de atrapar y expresar una época en conceptos, la aprehensión del nihilismo como se comprende en la filosofía hegeliana e incluso, como anticipo de sus reflexiones de la década de 1980, la concentración en la secularización como supuesto histórico-cultural de las sociedades modernas.

De igual forma, en "Friedrich Schlegel y la fundamentación de la hermenéutica" (1957) pondrá de relieve la noción de poesía como



actividad de un yo que en su formación alcanza la cima del conocimiento universal y lo expresa a través de la palabra, esto es, una poesía que invita a la integración de todas las ramas del saber para su interpretación. Allí, e insistiendo siempre en el magisterio de Hegel y Schlegel, también emergen con fuerza los conceptos de "poeta doctus" e "ironía", con los que dará explicación al devenir de la literatura y a la mezcla de géneros en la Modernidad.

En "Hegel y la literatura" (1970), se produce un nuevo corte, el tercero de su vida como pensador, en el que da un giro a su propuesta y se integra más a las discusiones que hacia la fecha se llevaban en América Latina, en torno a temas como las relaciones entre la literatura y la sociedad, el modernismo y la recepción de la literatura latinoamericana del siglo XX. Sin dejar a un lado sus conocimientos filosóficos, en esta etapa –que será ampliada en el presente libro-, se siente con mayor fuerza el desarrollo de una perspectiva histórico-social que lo lleva a comprender la Modernidad latinoamericana incorporada a un proceso de occidente.

De 1990 hasta el año de su muerte en 2005, Gutiérrez focalizó su quehacer en estudios sobre aquellos que encarnaban la figura de "poeta doctus", tanto en América Latina como en Europa. Ellos eran escritores cuyo magisterio iba más allá de la búsqueda del efecto sentimental o político, y en los que la reflexión profunda sobre el ser humano acompañaba la densidad de la palabra estética. En esta lista están, entre otros, Paul Celán, Gottfried Benn, Jorge Guillén, Fernando Charry Lara, Antonio Machado, César Vallejo y Jorge Luis Borges.

Una de las cuestiones más importantes para ese momento es la versatilidad con que utilizó las herramientas para ofrecer a sus lectores exégesis novedosas, incluso de escritores como Antonio Machado y Jorge Luis Borges, que ya había abordado con profusión. Precisamente esto demuestra que, como en toda su carrera intelectual, siempre trató de ser creativo, tanto en el trabajo con sus fuentes, como en el desarrollo crítico sobre los textos literarios.

Las etapas delineadas se pueden trazar en concordancia con su pensamiento literario que apunta hacia temas y problemas fundamentales para la crítica, la historia y la teoría literarias, lo cual no implica que se haga caso omiso de las metodologías y conceptos devenidos de otras disciplinas. Sin olvidar la noción que tenía el intelectual colombiano de sistema científico como imbricación de muchos saberes, en este libro no se obviarán los diálogos que sean necesarios con varias esferas de la cultura.

Para abordar el pensamiento literario de Gutiérrez entre 1970 y 1990 se ha partido, así mismo, de algunos conceptos de Itamar Even Zohar. Especialmente se retoma acá la interrogación al formalismo realizada por el profesor israelí que lo lleva a contemplar la obra literaria más allá de su esencia, esto es, pensando en macrofactores como los productores, los consumidores, la institución, el repertorio, el mercado y el producto. En este ámbito, el ejercicio de la crítica e incluso de la teoría literaria planteado por algunos intelectuales no puede ser catalogado en rigor como una obra literaria, pero sí participa del circuito general en el que se desenvuelve la literatura.

Even-Zohar invita a explorar las líneas básicas del pensamiento de los estudiosos de la literatura, acuñando el concepto de repertorio, esto es, "el agregado de reglas y materiales que rigen tanto la confección como el uso de cualquier producto" (2007, 42). Cada intelectual tiene sus propias reglas, que generalmente confronta con las de sus pares, en busca de legitimar cierta manera de ver el fenómeno literario en una sociedad determinada. Justamente esta indagación persigue explorar, por un lado, esos elementos fundamentales del repertorio de Gutiérrez, pero también encontrar los caminos que lo acercan o distancian de sus pares.

Para lograr dicho objetivo, la estructura general de este libro comprende varios aspectos. Como primera medida, el lector encontrará tres grandes temas que han surgido de la lectura atenta de los artículos y ensayos publicados en español por el profesor colombiano en el periodo estipulado. Ellos son: la relación entre literatura y sociedad; el modernismo; y la recepción de la literatura latinoamericana. A su vez, cada uno de estos temas será abordado con base en un diseño que comprende: primero, la concentración en los conceptos y metodologías fundamentales desarrollados por Gutiérrez alrededor de ese tema específico; en segundo lugar, los caminos tomados por los pares académicos latinoamericanos de



la época, seguidos a través de ejes de discusión; tercero, la relación entre el ensayista colombiano y las ideas de los intelectuales de la literatura contemporáneos a su propuesta.

Así, el primer capítulo trata sobre las relaciones entre literatura y sociedad en el pensamiento de Gutiérrez y en él se explora el fondo epistemológico construido por el ensayista colombiano para el estudio de ambas esferas. Para evitar posibles confusiones en la terminología, no se ha utilizado la expresión "teoría social de la literatura", que en él es una de las denominaciones para un proceso de dos niveles. Precisamente la partición entre teoría social de la literatura y sociología de la literatura se produce como un aterrizaje de sus juicios sobre la literatura y la sociedad en el marco del diálogo entre Hegel y Marx y su derivación en Benjamin.

La priorización de la conciencia (en sentido hegeliano) en el entendimiento del ser humano y sus esferas, la necesidad de erigir siempre la correlación dialéctica, y el estudio de la institución como justificación a los interrogantes no resueltos del marxismo, son los ejes de este capítulo. Tales motivos tienen resonancia en la polémica que establece Gutiérrez frente al marxismo ortodoxo y la teoría de la dependencia en América Latina, en torno a cuestiones como la gravitación de las condiciones económicas en los estudios sobre la literatura, los juicios soportados en una concepción militante de la izquierda, y la fragmentación del continente en múltiples zonas.

En el segundo capítulo se aborda el tema del Modernismo, trabajado en detalle por Gutiérrez a partir de la década de 1980. Con el imperativo de la unificación del mundo (de estirpe marxista), transpone de manera crítica las consecuencias del fin del arte como contexto histórico-cultural que impacta en el papel del artista. De allí surge, especialmente, la concepción de la literatura como válvula de escape al nihilismo y la configuración del "poeta doctus", el escritor moderno por antonomasia.

De esta forma, da continuidad y fortalece una reflexión sobre el modernismo que en el pasado, y por vía de otras voces, había tenido varios puntales: exégesis formales, descalificaciones del modernismo por la acción de un marxismo militante, apropiaciones casi xenofóbicas de un sector de la crítica española, o el desarrollo de una variedad de categorías despojadas

de un tronco común. La ubicación definitiva del modernismo en el ámbito de lo histórico-social y su consecuente entrada y huida de algunos vectores de la Modernidad como etapa histórica de la civilización occidental, son los filones sobre los que polemizó en torno a este tema específico.

En el tercer capítulo se realiza un acercamiento a la recepción de la literatura del siglo XX en su conjunto, especialmente a aquella que fue llamada la nueva novela latinoamericana. Aquí se percibe la fuerza de las tesis principales de la filosofía de la historia hegeliana, conjugada con las propuestas marxistas de la unificación del mundo. Para Gutiérrez, la necesidad de ir siempre en el sendero de una historia cuya teleología principal es ser cada día mejores con base en el uso de la razón, es un patrimonio universal que, con la mentalidad burguesa capitalista, llegó también a tierras del continente americano.

En contravía del deslumbramiento frente a las obras del *boom* y sus antecesores inmediatos y huyendo a los rasgos de identidad que se imponían a través del realismo mágico, del realismo maravilloso y del indigenismo, entiende cualquier movimiento literario como un proceso que tiene siempre raíces en el pasado. Así, no solo critica el riesgo de estar cultivando el fascismo, esto es, de privilegiar el peso de la naturaleza sobre la historia, sino también la "peste del olvido", esa inclinación latinoamericana a olvidar lo construido por nuestros hombres y mujeres.

En las conclusiones se concretarán las diferencias de Gutiérrez frente a las propuestas marxistas del momento y aquellas que critican la Modernidad. Allí se recordarán las consecuencias de la asunción del marxismo como una filosofía y su adhesión a varios postulados hegelianos. De este repaso surge un pensamiento literario que tuvo múltiples aciertos pero que también dejó inconclusos algunos caminos; en últimas, un pensamiento que está a la espera de ser desarrollado, ampliado y confrontado.

#### Capítulo 1

#### LAS RELACIONES ENTRE LITERATURA Y SOCIEDAD



#### El diálogo entre Hegel y Marx como punto de partida

En las búsquedas intelectuales de Gutiérrez entre 1970 y 1990 se hace evidente una aproximación decidida a los nexos entre literatura y sociedad. En este caso –como en toda su trayectoria– fue fiel a su confianza en la filosofía como base para la comprensión de las incógnitas en el área de los estudios literarios. El interés no solo era recurrir a un saber en el que se había sumergido desde sus tempranos años de estudiante en Bogotá, sino alejarse de los enfoques del estructuralismo o la estilística, que no se enfrentaban con preguntas reales, esto es con "problemas filosóficos, cuyo planteamiento tiene que obedecer a los términos propios de esa disciplina y, más aun, al contexto histórico en que dichos problemas surgieron y que los ha legado a la posteridad" (Gutiérrez, 1976a, 333).

El detonador para ahondar en los "problemas filosóficos" que generaba el vínculo entre literatura y sociedad fue el examen del diálogo entre Hegel y Marx, y la derivación en Walter Benjamin. Como se establecerá en seguida, el reto principal al que se enfrentó Gutiérrez tuvo una doble dimensión: por un lado, acentuar el hecho de que para Hegel el mundo de las ideas y de los conceptos no estaba escindido de la realidad material, de los eventos palpables en la vida de los seres humanos; por el otro, devolver a Marx su carácter filosófico y especialmente la dimensión dialéctica.

Este diálogo entre dos figuras de la filosofía alemana, tal como lo encaró el ensayista colombiano, no era muy normal en el marco de los

estudios literarios de la época que, pese a tener antecedentes importantes, aún estaba en un proceso de formación. Uno de los valores agregados de su propuesta fue precisamente introducir en Latinoamérica un universo de ideas forjado en la tradición europea, con altura y claridad. Al tenor de esta perspectiva, Hegel y Marx fueron observados de una manera diferente y con ella se abre una senda para comprenderlos en el marco de la dilucidación sobre la literatura y la cultura.

En esta vía, Gutiérrez pone de relieve la importancia que tiene el punto de partida de cada uno de los filósofos. En Hegel eran las esferas en que se desenvuelve el espíritu, esto es la religión, la filosofía, el arte (y consecuentemente la literatura), cuya función era "hacer el mundo conforme a sí mismo" (Hegel, 2001, 75)[1833]. En cambio, Marx explicitaba que eran las variaciones en las formas de producción y las relaciones materiales de los hombres (no las ideas) las que transformaban el arte.

El punto de partida y la dialéctica en cada uno de los dos pensadores constituirán la motivación constante de Gutiérrez, e implícita o explícitamente invitará a pensar las consecuencias a las que llevan los planteamientos de Hegel y Marx. ¿Cuáles son los principios fundamentales de ambos pensadores, alrededor de la relación entre literatura y sociedad, susceptibles de ser retomados en una perspectiva contemporánea? ¿Qué cambios opera ese acercamiento filosófico sobre la crítica y la historia de la literatura?

#### 1.1. El influjo hegeliano

En 1970 Gutiérrez llega a la conclusión de que Hegel había inaugurado la sociología de la literatura (183), afirmación que iba en contravía de quienes, tanto en Europa como en América Latina, consideraban al hito alemán como uno de los pilares del idealismo. Estos últimos, y en la misma estela de Wilhem Dilthey (1944), distanciaban a Hegel de lo real para ubicarlo en una esfera casi mística e irracional, en la que solo se entendía con las ideas y los conceptos. A contrapelo de estas voces y siguiendo a uno de sus referentes, el autor colombiano estimaba que la revolución del pensamiento a la que se dedicó Hegel en su época no es "un proceso que se produce lejos del mundo grosero e inculto de las luchas reales, con calma y



limpieza, en el reino del gabinete de estudio" (Korsch, 1971, 84-85) sino que ella está en franca sintonía con las contingencias sociales.

Sobre esta puesta en relieve de un Hegel que no desdeñó las condiciones reales de la existencia, pero que no son su motivación central, Gutiérrez encara las concomitancias entre literatura y sociedad, un proceso que se decanta en el acercamiento al concepto de "fin del arte" hegeliano, esto es, el impacto que tiene el advenimiento de la sociedad capitalista europea en la literatura. Sus reflexiones están basadas especialmente en la interpretación de la Estética de Hegel, desde donde aprovecha la ambigüedad de la palabra fin (como culminación y como propósito), para observar esa correlación entre los conceptos con los que se puede expresar la mentalidad burguesa y los desarrollos literarios.

En este orden de ideas, para llegar a la sociología de la literatura Hegel no se detuvo en las condiciones sociales particulares sino que intentó atrapar la Antigüedad y la Modernidad en conceptos, esto es, desarrolló una labor especulativa (en el mejor sentido del término) alrededor de grandes periodos. Gutiérrez sigue esta línea y formula la categoría de supuesto histórico-cultural, que servirá como nexo entre la realidad y lo que se piensa sobre ella. Percibido de esta forma, el trasfondo del concepto de supuesto histórico-cultural es también hegeliano –una especie de idea general sobre la que se puede describir una etapa histórica- pero en Gutiérrez se nutre de los avances de la sociología del siglo XX, cuyos instrumentos son evidentemente más refinados que los que tenía Hegel.

Sobre esta base, y en un intento de revitalización de su maestro, Gutiérrez localiza esos supuestos inicialmente de la mano de teóricos de la literatura como Wolfgang Kayser, pero en su andar se emparenta con George Simmel, Max Weber, Karl Manheim y Walter Benjamin, entre otros. Las inquietudes del colombiano se diversifican con posterioridad: especialmente luego del ensayo "Lo grotesco literario y su función crítico social en la literatura" (1963) esos "supuestos" se desplegarán bajo las denominaciones de secularización, vida urbana, nihilismo y fin del arte, entre los más importantes.

De este primer influjo de Hegel es comprensible entonces por qué Gutiérrez insistió en el "esfuerzo del concepto", esto es, el *quid* del



pensamiento en el que se podía englobar un "supuesto". Había que realizar ese trabajo de aprehensión de una sociedad y, en una suerte de destilación sesuda, ubicar nociones generales que pudieran llevar a la reflexión sobre el ser humano occidental. Con el "supuesto" se realizaba una labor sintética (una suerte de agrupamiento de características culturales y sociales), pero también analítica (cada "supuesto" permitía asediar los detalles de la Modernidad).

Precisamente frente a la conciencia de estar viviendo una era diferente, esto es, la Modernidad, no se debe olvidar que el "supuesto" está asociado con fuerza al componente histórico. El modelo al que recurre para dilucidar el devenir de la humanidad es la *Estética* de Hegel, y la característica principal es la consideración de grandes totalidades históricas. Para Gutiérrez, existe un cordón umbilical en el que se hermanan Hegel y Ferdinand Braudel (aunque su exposición no se hizo nunca explícita), que lleva a comprender los procesos sobre la base de épocas amplias, cuya transformación ocurre con un suceso de dimensiones mayúsculas.

Con esto en mente, Gutiérrez piensa en los instantes de inflexión de cada una de esas épocas y polemizará con los estudios literarios latinoamericanos, no solo frente a las periodizaciones de las historias de la literatura sino también las construidas para la sociedad y la cultura en general. Para comprender las rupturas de occidente, es afín con la lectura de Hegel hecha por Lukács, en la que el gran acontecimiento que lleva de la Antigüedad a la Modernidad oscila entre la Revolución Francesa y la Reforma Protestante (Lukács, 1963, 444). Sin embargo, no es probable entender que para Latinoamérica los momentos neurálgicos de esa transición hayan sido los mismos.

Gutiérrez propone inicialmente que las luchas independentistas son las generadoras de una coyuntura radical en el continente. Desde la década de 1960 trabaja en la hipótesis de que desde comienzos del siglo XIX la sociedad burguesa y su sucedáneo, el capitalismo, comenzaron a socavar las bases de quienes querían conservar la estructura señorial. Con el correr de los años, su juicio se acentuará en otra dirección: la inflexión para Latinoamérica no se encuentra propiamente en la independencia, sino que se ubica hacia finales del siglo XIX cuando el capitalismo impacta fuertemente en las estructuras sociales y crea variaciones en el ámbito



artístico. Es el modernismo, el movimiento ubicado alrededor de 1880, "el comienzo del largo y difícil ingreso de las Españas al mundo moderno" (Gutiérrez, 1983b, 96)<sup>3</sup>.

Una conclusión parcial a lo formulado en esta sección del libro indica que el resultado de la adhesión a Hegel como voz fundante en la construcción de las relaciones entre la literatura y la sociedad dictamina un proceder particular: la tendencia especulativa que lleva a la formulación de supuestos, junto a la comprensión histórica de los fenómenos. Dicho camino era un reto al espectro ideológico y científico latinoamericano de la época, marcado por la injerencia del marxismo. Tal vez el polemista nacional lo entendió así, pero la decisión de continuar, en muchos de sus documentos histórico-críticos en la senda marcada por Hegel, no surge de una obsesiva fidelidad al autor de la *Estética*, sino, como se verá a continuación, de los múltiples inconvenientes que observa en una posible aplicación de los postulados marxistas.

## 1.2. La institución como resultado de los interrogantes al marxismo

Entre 1976 y 1977 Gutiérrez habla de la inversión de Hegel por Marx, lo cual no significa la ruptura entre ambos, sino un reemplazo en los acentos y una conexión alrededor del concepto de dialéctica. ¿Por qué esa insistencia en asociar a Marx con Hegel? ¿En qué ámbito se desarrolla? Las respuestas pueden seguirse en el diálogo con Karl Korsh a quien dedica un artículo completo (1969b) y algunas menciones en varios documentos, que lo destacan como uno de los revisionistas del marxismo ortodoxo. Junto con Plejanov, Labriola y el Lukács de *Historia y conciencia de clase*, Karl Korsh pretende recuperar la dimensión filosófica de las tesis de Marx. Así, en su libro *Marx y la filosofía*, Korsh quiere sustentar que "Marx y Engels fueron antes dialécticos que materialistas" (1971, 110).

Ese suceso significativo en la historia tiene, finalmente, un punto diferente cuando se habla de Colombia. Aunque en este caso el desarrollo sea menor al que Gutiérrez dedica a Europa e Hispanoamérica, es relevante el hecho de que en dos artículos en los que gravita la preocupación por Colombia ("La literatura colombiana 1925-1950" (1979a) y "Poesía y crítica literaria en Fernando Charry Lara" (1984a)), el evento neurálgico haya sido la presidencia de Alfonso López Michelsen en 1930, en la que, con el auspicio de la intelectualidad liberal, se propusieron proyectos modernizadores al país, entre ellos, la creación de la Universidad Nacional de Colombia.



El contexto en el que se desarrolla el universo teórico de Korsh tendrá repercusiones profundas en Gutiérrez, tanto a nivel epistemológico como en las instancias políticas. Dicho contexto implica una recusación, que emerge en Korsh, a las opiniones lideradas por Lenin y sus discípulos hacia 1924 en la antigua Unión Soviética, salpicadas por un pragmatismo político que no se fundamentaba ni teórica ni filosóficamente.

Según Korsh, Lenin concibe el trayecto de la base a la superestructura, como causal. Con este procedimiento, Lenin y sus seguidores definían el conocimiento como reflejo de las condiciones materiales de la existencia y de paso destruían "la relación dialéctica entre teoría y práctica" (Korsh, 1971, 55). De esta forma, Lenin había negado el espacio que concedió Marx a la dialéctica, con el propósito de establecer un proyecto socio-económico en el que solo importara la organización de los medios de producción pero no la reflexión crítica alrededor de los nuevos procesos históricos que surgían. La filosofía, la literatura y otros factores de la superestructura tenían valor en tanto se convirtieran en el reflejo de las aspiraciones del socialismo pero se perseguían con decisión si se salían de los causes de dicho proyecto económico-político.

Guardando las diferencias de tono, espacio y tiempo, Gutiérrez observaba una tendencia similar en algunos estudiosos latinoamericanos de la literatura quienes, luego de la Revolución Cubana, desarrollaban lo que llamaba el "marxismo vulgar" (1975a, 13) o "marxismo abreviado" (1989a, 15). Percibía que la afectación del marxismo-leninismo era gravitante en América Latina y no dudaba en afirmar que para acceder a los estudios literarios en el continente se debía preguntar en qué medida las discusiones aparentemente teóricas del vínculo entre literatura y sociedad obedecían a polémicas ideológicas y no a instancias científicas y filosóficas.

Con estas convicciones llega al problema de la intermediación, esto es, a los mecanismos mediante los cuales la sociedad se encuentra en la literatura. Hegel comprendía la intermediación como un tejido de operaciones de carácter filosófico especulativo, en la que se transponía y se expresaba una época en conceptos. A través del concepto se podía tender un puente entre las condiciones materiales y las construcciones del espíritu, entre ellas, la literatura; pero cuando se hacía énfasis en la vida material –tal como proponía Marx– ya no era posible operar especulativamente sino



que "el lugar de esa intermediación tiene que ser materialmente captable y asible, es decir, históricamente ubicable y demostrable empíricamente" (Gutiérrez, 1977a, 10). Según Gutiérrez, ese lugar no encuentra en Marx una resolución y el interrogante sobre cuáles son los mecanismos materiales con los que un ser humano pasa de su ser a su conciencia (por vía de una intermediación) sigue siendo una incógnita.

Sin embargo, no se conforma con este callejón y sugiere que esa mediación no se da en términos filosóficos sino culturales. Así, en "Literatura y sociedad" de 1975(a), entablaba una suerte de continuidad entre Marx y Benjamin, que confluía en el concepto de institución literaria bajo cuyo rango invitaba a los investigadores a encarar las obras no solo en su esencia, esto es, como textos escritos, sino también valorar la estructura de los sistemas de distribución, las características del público lector y la dinámica editorial.

Comprendida la literatura como institución era imperativo partir de múltiples disciplinas que articularan varias esferas sociales y culturales. Ubicados en esta esfera, para investigar la literatura se necesitaba dominar un espectro grande de saberes, que dieran cuenta no sólo de los movimientos de las editoriales, la lectura en bibliotecas, los índices de abordaje a las obras literarias, por ejemplo, sino también, de las políticas educativas de un país, el poder de construcción de las identidades, las distancias económicas de los sujetos y su impacto en el disfrute de la ficción, para nombrar algunas posibilidades de análisis.

Según el juicio de Gutiérrez, en América Latina aún no estábamos preparados para asumir el reto de este tipo de indagaciones, en las que convergieran diversas áreas, especialmente porque la estructura de las universidades no era la propicia para estos propósitos. Sin embargo, el análisis de la institución literaria se constituirá en la punta de lanza para colidir con los estudiosos de la literatura latinoamericana que trasegaban los caminos trazados principalmente por Lucien Goldmann y Georg Lukács.

En este sentido y con matices particulares, el ensayista colombiano repetía el mismo gesto de Karl Korsh frente al marxismo-leninismo y pretendía incentivar un campo en América Latina que sólo tuvo par en los intentos de Ángel Rama (1982), Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo



(1983). La literatura podría investigarse como una institución, sin tener que salpicarse de ese rígido esquema del dogmatismo de izquierda que veía en los personajes y el estilo de las obras literarias una conexión causal entre las condiciones económicas y el pensar y el sentir de los seres de ficción. De allí se derivó no solo una fuerte polémica con el marxismo ortodoxo (que se abordará en las líneas de este libro), sino la división de su perspectiva en dos ámbitos: la teoría social de la literatura y la sociología de la literatura.

### 1.3. Teoría social de la literatura y sociología de la literatura.

El interés de Gutiérrez en Hegel y en Marx lo lleva a detallar los conceptos de teoría social de la literatura y sociología de la literatura hacia la década de 1970. En sus trabajos previos no se había esforzado en esta delimitación aunque tampoco se puede decir que no hubiera fundamentado un método de abordaje a la obra literaria. Fruto de esa necesidad y bajo el influjo de Román Ingarden e, implícitamente, de Alfonso Reyes, apareció en 1965 el artículo "Problemas y método de la crítica literaria", una suerte de explicitación del rango teórico en el que se mueve su propio quehacer con la literatura.

Este documento, que aún no ha sido lo suficientemente ponderado, hace énfasis en la superación tanto de la llamada crítica especulativa, como de las corrientes de la estilística de moda en Alemania y España hacia la época, para llevar las reflexiones a un plano histórico social. De allí surge un método en el que no se obvian las particularidades formales pero ellas constituyen una unidad con los fenómenos de los cambios sociales: esa es la base de la teoría social de la literatura. En ella, se debe ir al texto inicialmente, para recuperar los múltiples sentidos que lo imbrican al devenir social. Con un evidente sello hegeliano, en el artículo del cual se viene haciendo referencia los cambios en las formas tienen un enlace dialéctico con las rupturas en las mentalidades.



Luego de esta construcción de un método, a la que será fiel en su trayectoria intelectual, asume el influjo de Walter Benjamin quien había demostrado que la cultura no podía ser estudiada de manera aislada en cada una de sus piezas e invitaba a ahondar en ese intercambio entre, por ejemplo, la economía, la política y la literatura como instituciones. De allí surgió la idea de la sociología de la literatura: abordar los factores que no se podían observar en una lectura textual, tales como los mecanismos de difusión y circulación de una obra.

Con los límites entre teoría social de la literatura y sociología de la literatura, Gutiérrez se encontró con diferencias, por ejemplo, en el objeto de estudio. Aunque no lo planteó abiertamente, en el primer caso, el objeto era la obra literaria, mientras que, para la sociología de la literatura, eran especialmente las prácticas sociales. Las fuentes también se transformaban: se podrían realizar interpretaciones basadas en la colección completa de Jorge Luis Borges o de Antonio Machado, pero también era posible indagar, por ejemplo, y adentrándose en los terrenos de la estadística e incluso de la economía, los índices de venta de esos dos escritores, para contrastar su penetración estética con el éxito comercial.

Este hecho derivaba en interrogantes: si la teoría social de la literatura contaba con cierta facilidad que otorgara tener las fuentes a la mano, la sociología de la literatura tendría que auscultar documentos diferentes a las obras literarias, pero al mismo tiempo refinar herramientas y reorganizar las dinámicas de los estudios literarios, que aunque habían encontrado desarrollos plenos en figuras como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, aún no se sumergían con decisión en el análisis de la literatura como institución.

Esta disparidad entre el encuentro más fluido con los materiales a estudiar desde la teoría social de la literatura, y la dificultad básica de no disponer de suficiente información, así como tampoco el contar con una infraestructura investigativa para realizar ejercicios de sociología de la literatura, impidió el despliegue más profuso de Gutiérrez en esta última rama. Con esto en mente, una afirmación general de su obra podría concluir que el camino de la teoría social de la literatura tuvo mayor arraigo que el de la sociología de la literatura, pero no despreció las posibilidades de un desarrollo de esta última.

Por esta razón, aun con todos los inconvenientes, sugería que el paso inicial de toda investigación en el ámbito de su trabajo tendría que

ubicarse en la esfera de una sociología de la literatura, para luego, siempre en forma dialéctica, pasar a los terrenos de una teoría social de la literatura. Así, en una transformación de su proceso intelectual, invertía los acentos del artículo "Problemas y método de una crítica literaria" (1965b), además que, para los estudios literarios latinoamericanos, trazaba un sendero lleno de certezas pero también de interrogantes frente a las formas como se afrontaba la asociación entre literatura y sociedad con el trasfondo de las motivaciones filosóficas.

#### La relación literatura y sociedad en los estudios literarios de la época: la sujeción al marxismo

En el artículo "Hacia una teoría de la literatura latinoamericana" (1977) Carlos Rincón realizaba una retrospectiva de los estudios literarios de años recientes y activaba una tesis que será luego confirmada en algunos investigadores: desde finales de la década de 1950, el ámbito de dichos estudios se podía esbozar como un escenario de pulsos entre formas de abordaje inmanentes y las que observaban en la obra dimensiones sociales. Para Rincón, ambas daban cuenta y eran motivadas por problemáticas divergentes: por un lado, los enfoques inmanentes obedecían a un espíritu conservador, que se acentuó en América Latina con la militarización de los gobiernos en el cono sur; por otro, el ángulo de apreciación social era afín con los proyectos revolucionarios en Cuba y con la nueva narrativa que se había hecho visible en parte por la ola insurreccional.

La ecuación sufre un desbalance al observar la trayectoria de varios intelectuales de la literatura en el continente, porque si bien el formalismo y especialmente el estructuralismo ingresaron en el espacio de los estudios literarios latinoamericanos en la década de 1970, no fueron decisivos en el conglomerado de investigadores más reconocido hacia la época<sup>4</sup>. Como



Casi todos los nombres relevantes de los estudios literarios latinoamericanos entre 1970 y 1990, algunos de ellos verdaderos hitos contemporáneos, se apartan de los modelos inmanentes y asumen la discusión desde el marxismo, con base en diferentes fuentes. Algunos de los más destacados son: Roberto Fernández, Ángel Rama, Alejandro Losada, Antonio Cornejo, Françoise Perus, Carlos Rincón, Nelson Osorio, Beatriz Sarlo y por supuesto Rafael Gutiérrez. A ellos les siguen Jaime Concha, Hernán Vidal, Anibal Ford, Noé Jitrik (en sus primeras etapas), Raúl Bueno. Esto no

lo planteó Nelson Osorio, la toma de posición en contra de las opciones inmanentes derivadas de posturas idealistas (como se le denominaba), comprendía "un desacuerdo radical con los presupuestos ideológicos que aún determinan la función de los estudios literarios" (Osorio, 1989).

La centralidad de la discusión sobre la ideología, promovida principalmente por el triunfo de la Revolución Cubana, generó la politización de las humanidades y, en el caso particular de los estudios literarios, revitalizó múltiples problemas. Entre ellos se destacaban la formación de una literatura nacional, la función social del escritor, el establecimiento de un canon de obras, el descentramiento del valor estético y la justificación de una ciencia literaria autónoma, motivada por la aprehensión del corpus latinoamericano.

Estas preguntas tenían su génesis en la revitalización del marxismo pero, por las características propias de los textos de Marx, sus propuestas se consideraron en América Latina como una estructura ideológica, una teoría sociopolítica o una doctrina económica (Guadarrama, 1997, 363). Muchos de los estudiosos que apostaron por esta vía tuvieron el apoyo de los proyectos de la izquierda latinoamericana aunque al mismo tiempo enfrentaron grandes interrogantes epistemológicos. En las próximas líneas se indagará en algunos de esos ejes problemáticos para la investigación literaria, abrigada por el marxismo, entre 1970 y 1990.

# 2.1. Las preguntas metodológicas y la heterogeneidad de América Latina y su literatura

Por esas décadas se acentuó la pregunta por el maridaje entre base y superestructura en el marco de las indagaciones sobre literatura y sociedad. En este sentido, algunos investigadores asumieron que era necesario ir de la realidad material a las construcciones estéticas y, consecuentemente, recalaron en el interrogante por los modos de producción y su ascendiente



sobre la literatura. Los análisis literarios se fundamentaron especialmente en la teoría de la dependencia, una corriente intelectual que fue ganando fuerza en la medida en que aportaba propuestas económico-sociales a las disyuntivas sobre el subdesarrollo<sup>5</sup>.

Uno de los cimientos de esa visión económica nacida en América Latina fue la pregunta por la evolución del capitalismo. En términos generales, los teóricos de la dependencia convergieron en considerar que el avance de dicho modelo económico en América Latina no era homogéneo y debía ser estudiado en sus particularidades; así mismo, se entendía que la vía capitalista no era la más adecuada para motivar la liberación de los pueblos latinoamericanos de la opresión imperialista (Borón, 2008, 16).

Estas ideas se filtraron en la reflexión sobre lo literario y los casos de Roberto Fernández Retamar, Alejandro Losada y Françoise Perus son ejemplos significativos de cómo se actuó bajo la mampara de la teoría de la dependencia o de perspectivas de tipo económico. Fuera porque con el socialismo se vislumbraba una transformación de la literatura y sus estudios, que implicaba la construcción de una teoría de la literatura propia (Fernández, 1976), porque había una decisión de abordar las homologías entre la economía, la conciencia y la literatura (Losada, 1975, 11) o porque la estructura económica se reforzaba en las expresiones de la cultura (Perus, 1982, 133), se puede captar, en los tres, un velado determinismo de los modos de producción sobre el arte.

Los estudios derivados de estas propuestas mantienen una preocupación constante por la profundización de la economía, aunque tal vez ese camino, en el que las relaciones entre sociedad y literatura son mecánicas y causales, es lo que llevó a un particular olvido de las conclusiones a las que llegaron estos investigadores y a un desplazamiento a favor de aquellos que dieron más autonomía a la cuestión cultural.

Para entender parte de esa interrelación entre investigación literaria y economía, vale recordar que Carlos Rincón (1986, 8) asignaba un papel importante a la teoría de la dependencia, en términos de una consideración no homogénea de América Latina, que repercutía en la crítica y la historia de la literatura. Así mismo, en 1999, aunque sin una profundización, Antonio Cornejo Polar afirmaba que parte del fracaso de la construcción de una teoría literaria latinoamericana se debía al hecho de haber escogido algunas de las tesis más impactantes, pero no por ello las más sensatas, de la teoría de la dependencia.

Precisamente una versión más flexible, e incluso invertida sobre el conocimiento literario, se encuentra en Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama. En ambos hay una reflexión sobre el riesgo de adoptar las tesis centrales de la teoría de la dependencia y aunque no dejaban de ver las influencias de los modos de producción y su desarrollo como un estadio en la comprensión de la literatura, enfatizaron en los conflictos de tipo cultural.

En este sentido, para Antonio Cornejo la categoría de "totalidad contradictoria" –y en general, muchas de las que utilizó– transitaba por los senderos de lo cultural. Lo mismo sucedió con el concepto de "transculturación" de Ángel Rama que traducía las convicciones del profesor uruguayo sobre el hecho de que "la introducción de criterios económicos y sociológicos **complementa** (el resaltado es mío) la consideración horizontal de las subculturas" (1984, 73). Tanto Cornejo Polar como Rama auscultaron la fusión entre literatura y sociedad como un fenómeno apreciable en diálogo con la cultura, y rompieron el rígido esquema que llevaba, de manera causal, del estudio de la base a la supersestructura.

Sin embargo, las desinencias frente al eje del conocimiento literario (¿la economía o la cultura?) estaban acompañadas del convencimiento grupal acerca de la necesidad de rearmar el mapa americano alrededor de la pluralidad de sus sociedades y culturas. Se asumió con denuedo la hipótesis de la expansión desigual del capitalismo y su consecuente afectación en la vida social, lo cual removió los principales itinerarios de los estudios literarios. La noción de heterogeneidad, central en este ámbito, afectó especialmente la historia literaria de América Latina. Con un nuevo engranaje ideológico, que suplantaba el idealismo por el materialismo (como se afirmaba hacia la época), se hacía necesaria una reconsideración de los fundamentos y hallazgos del pasado.

Uno de los asuntos neurálgicos lo constituyó la necesidad de establecer cuántos y cuáles eran los sistemas literarios que emergían de cada subcultura establecida en territorio latinoamericano. Así, de acuerdo con los instrumentos acopiados y el énfasis en un espacio determinado, se concibieron varios núcleos, de difícil interrelación. En el ámbito latinoamericano, Ana Pizarro se refería a uno erudito, uno popular y uno en lengua nativa (1985, 19), mientras que Alejandro Losada pensaba en



cinco unidades (Brasil, México, Gran Caribe, Río de la Plata y las sociedades andinas (1986, 23)). La división se atomizaba cuando la mirilla se cerraba y se hacía más detallada: tal es el caso de los abordajes a los grupos indígenas prehispánicos (mayenses, nahuenses, aymara, quechua, tupi-guaraní, Caribe amazónica) sugeridos por Miliani (1985, 353) o las trece formas literarias que, analizada la producción escrita y oral, distingue Bayón para el Perú (1987, 374).

La dispersión y pluralidad fue ganando fuerza aunque pronto sonaron alarmas frente a las imprecisiones, como lo planteó posteriormente Mabel Moraña, para quien el concepto de sistema "no termina de esclarecer los límites, criterios o intercambios que sustentan [la] compartimentación" (Moraña, 1995, 284). Bajo esa pluralidad fue extenuante pergeñar una metodología que enunciara críticamente las relaciones entre los diferentes universos literarios, multiplicados de acuerdo con el interés del investigador. Si bien términos como transculturación o totalidad contradictoria ofrecían un espacio de acción para encarar ciertos fenómenos, la indagación de las relaciones entre ellos requería una colaboración de varios grupos de investigadores conectados entre sí y, en general, una infraestructura institucional desde la cual se pudiera construir una metodología que englobara las múltiples aristas del problema.

En el afamado encuentro de investigadores de la literatura latinoamericana en Campignas (1983), la propuesta que tuvo más arraigo para solucionar este inconveniente epistemológico fue el comparatismo. Allí se acordó relacionar no solo los sistemas propios de América Latina, sino estos con las literaturas de otras latitudes (Pizarro, 1985, 72), pero aun con esas convicciones la tarea era desmedida y las discusiones parecen haberse cerrado en otra dirección, con el texto de Ángel Rama (leído como homenaje póstumo en Campignas).

Rama consideraba que el proyecto de una historia de la literatura latinoamericana heterogénea era, inicialmente, "inviable" e "imposible" (1985a, 85). La incomunicación entre las instituciones y entre el espacio investigativo latinoamericano, unida a precarios avances en la misma ciencia, atentaban contra un proyecto de magnitudes continentales. La solución vislumbrada por Rama –y que acogió Ana Pizarro en las conclusiones– fue dejar la comparación a la suficiencia del lector. A este



último se le presentaba un mapa de fragmentos, algunos de los cuales se podían englobar alrededor de temas o estilos, pero en últimas se entregaba todo a su experticia para que se formara un bosquejo de lo que habían sido las letras en el continente. Algunas de las más importantes historias que surgieron bajo la tutela de estas discusiones conservaron el formato sugerido por Ángel Rama.

La consideración híbrida de nuestras letras derivó entonces en una primera conclusión: la falta de equipamiento teórico y logístico para construir un proyecto que interrelacionara los múltiples focos en los que se distribuye la sociedad y la cultura latinoamericana. Tal vez el encuentro de un utillaje de este tipo fue imposible y las faenas de religación –como las llamó Ángel Rama– nunca se concretaron a cabalidad.

Si la delimitación y conjunción de las expresiones literarias fue problemática, no de otro matiz fue el de la clásica pregunta de la historiografía literaria acerca de la periodización. El formato de las generaciones fue duramente interrogado en tanto se consideraba que establecía un nexo arbitrario entre el nacimiento de los autores y los desarrollos sociales y, por lo tanto, no daba cuenta de las condiciones materiales en las que se cultivaba la literatura.

Entonces, a los cortes definidos por las generaciones se oponían otros, diferentes y diversos: una periodización fundada en "factores macroeconómicos" y "macrosociales" (Losada, 1996, 230) cuyas marcas de inflexión se definían por cambios en los modos de producción o hechos políticos destacables, liderada por Alejandro Losada (1983), Luis Iñigo Madrigal (1976), Agustín Cueva (1981, 203), y Françoise Perus (1982). Así mismo, se sugirió seguir la pista del desarrollo histórico de las culturas (Rincón, 1973, 144), o delimitar las etapas con base en experiencias literarias (Rama, 1985a, 91).

Pero estas propuestas no podían evadir el problema de fondo: una vez establecido que la expansión capitalista había sido irregular en América Latina –fuera por motivos económicos o culturales– era imposible organizar los tiempos de las subregiones en un orden cronológico articulado. Tan solo para la producción culta no se integraron criterios en Alejandro Losada, Françoise Perus, Ángel Rama, Ana Pizarro: cada uno de



ellos veía quiebres del discurrir literario en instantes diferentes. Pese a los esfuerzos de precisión fue difícil establecer "instantes bisagra" comunes y, más complicado aún, conciliar una metodología que vinculara los diferentes ritmos

Como colofón a estas discusiones sobre periodización, en un texto de 1990 Saúl Sosnowski parecía aceptar que las encrucijadas metodológicas a las que se enfrentaron los estudios literarios no habían tenido una adecuada resolución, en especial en el ámbito institucional. Dicha evaluación no se puede absolutizar pero es evidente que para la historiografía literaria latinoamericana que había trasegado los caminos de la heterogeneidad, los modelos de periodización de las múltiples regiones constituyeron, en el periodo entre 1970 y 1990, un gran interrogante.

Por último, la diversidad social y cultural ejerció presión sobre la amplitud del corpus de los estudios literarios latinoamericanos. Parece un lugar común, en este sentido, volver sobre Carlos Rincón (1978), quien animado por la teoría de la recepción de Jauss invitaba a repensar la evolución del concepto de literatura en función de las formas como distintas sociedades, en diferentes tiempos, lo comprendían. Para Rincón, la génesis de esta dinámica estaba tanto en las nuevas condiciones histórico-sociales del continente como en la emergencia de una narrativa peculiar, que había llevado a la crítica a un terreno de reconsideración de sus principios.

Al asumir una postura menos idealista y al margen de la élite, los estudios literarios tendrían que vincular dentro de sus elucubraciones la gran masa textual que crecía, por ejemplo, al calor de los medios masivos de comunicación (como las historietas) y que afectaba el cerrado círculo de los géneros clásicos y los hitos convencionalmente reconocidos. Como lo indicaba Ángel Rama, se debía realizar una corrección sobre el concepto de literatura hispanoamericana "para que en él ingresen todas las producciones, escritas u orales, que utilicen la palabra para construcciones imaginarias de tipo simbólico" (1974, 88), y a renglón seguido presentaba una lista resumida, pero ya de por sí intimidante, de las posibles manifestaciones que entrarían en ese tipo de estudios.

El ensanchamiento del corpus permitía, por ejemplo, borrar las fronteras entre lo oral y lo escrito y sugerir un nuevo objeto para los estudios

literarios (la letra y no la literatura) y así circunscribir los acercamientos al universo del discurso. Con este paso se accedía "al dominio de textos escritos en otras lenguas (diferentes al castellano) y a las transcripciones de relatos orales, sin necesario valor estético" (Mignolo, 1986, 4). Al desdeñar el valor estético, los propios estudios literarios tendrían que ser replanteados y pronto fueron quedando sumergidos en el marasmo de la fiebre interdisciplinaria en la que poco contaban sus avances.

De todo lo afirmado es necesario recoger los elementos centrales. Los estudios literarios latinoamericanos entre 1970 y 1990, conectados con un marxismo que fragmentó el territorio, encararon varias empresas: la del diálogo entre los sistemas literarios, la periodización, la extensión del corpus e incluso una extinción de la disciplina como se conocía tradicionalmente, por la vía del deslinde de fronteras entre la literatura y el discurso. En la mayoría de los casos el debate quedó en una etapa de problematización o se dejó todo a la posibilidad de que, desde la crítica y la historia literarias, se resolvieran los nudos que parecían sobrepasar a las instituciones. La aparición de nuevas inquietudes –como la justificación de la propia disciplina en el marco de una sociedad entregada a la imagen y la fugacidad– que obedecían al clima de tiempos diferentes, dejó en el limbo las preguntas, aunque paulatinamente, como lo ha hecho Beatriz Sarlo (1997) con el problema del valor estético, se vuelva sobre ellas.

# 2.2. Con el pueblo: los estudios literarios beligerantes

Fue Carlos Rincón (1978) quien expresó la existencia de un giro de los estudios literarios latinoamericanos hacia finales de 1950 y comienzos de 1960. Según él, dicho giro se debía a la crisis de la ideología que sustentaba a la crítica literaria y de paso llevaba a interrogar la autonomía de la literatura frente a los intereses de clase. Incentivados por una fuerte esquematización, apuntalada por la febrilidad con la que se interiorizó el marxismo, los bandos eran estrictamente definidos y cada uno de ellos se encuadraba en una ideología diferente: las clases dominantes eran las élites locales, y también aquellas capas altas que animaban los procesos de colonización pergeñada en los imperios. En la otra orilla se encontraba el pueblo, una



denominación difícil de comprender porque en América Latina alineaba sectores tan disímiles como "los del campesino, los del obrero, los del pequeño empleado o subempleado" (Oviedo en Díaz, José et al, 1977, 28) e incluso los del indígena.

Pese a este posible vacío conceptual en torno a lo que se consideraba como pueblo, la aceptación de una lucha mancomunada en su favor, a la luz de la crítica, se sintió en afirmaciones de algunos de los principales representantes de los estudios latinoamericanos como Antonio Cornejo Polar (En Díaz, José, 1977, 12), Alejandro Losada (1981, 170) y Ángel Rama (1982, 491), así como de quienes siguieron su estela hacia la época. Aunque no llegaron a los extremos de la militancia política radical, era evidente que la defensa de las capas de la sociedad menos favorecidas parecía ser el camino éticamente correcto en un continente aquejado por las desigualdades.

En este sentido, uno de los ejes que más se atacó fue la orientación dada en el pasado al concepto de literatura nacional y consecuentemente al de nación como construcción político cultural. Para Perus (1982), Losada (1981), Rama (1996), Mignolo (1996) y González (1987), el diseño de la literatura nacional en el pasado padecía de una fuerte distorsión, en tanto solo relacionaba los hitos de la tradición culta, escrita en español, y dejaba al margen a una América Latina profunda, en la que se agrupaban los pueblos oprimidos. Los estudios literarios habían creado una falsa imagen de la nación, coartando la pluralidad propia de un espacio en donde el capitalismo había tenido un desarrollo desigual. El canon de obras se reducía a las exigencias de las élites, a quienes no les incumbía vincular los renglones marginados y se desconocía que más allá de lo culto existía un conjunto de imaginarios populares o étnicos a los que se debía dar cabida si se quería construir una representación no idealista de América Latina.

La puesta a punto de una nueva historia de la literatura latinoamericana, articuladora de esas parcelas olvidadas por la arrogancia de las oligarquías y las burguesías, se convirtió en un proyecto común. Al margen de sus logros, la importancia de estos debates surgidos en el seno de una lucha ideológica entre clases fue el intento de consolidar un diálogo en el interior de la misma disciplina. Para sustentar el materialismo histórico, que tenía



en las reivindicaciones del pueblo su instancia más importante, había que establecer distanciamientos o cercanías con los hitos del pasado.

En este sentido, aunque desde quienes se centraron en el marxismo no se contó con estudios extensos que animaran una real consideración de sus reflexiones, en el eje de la polémica sobre la literatura nacional se encontraba Pedro Henríquez Ureña. En ocasiones se acudía a él para presentarlo como un vocero de las secciones colonizadas de la sociedad latinoamericana o de las oligarquías continentales (Mignolo, 1996) o como intérprete de las clases señoriales de estados oligárquicos (Losada, 1981, 183). En otras, en contraposición, se valoraba sus aportes a los estudios literarios en términos culturalistas, su rigor conceptual y búsqueda de una metodología (Rama, 1996), o su empeño, que serviría como programa americanista para avanzar "en busca de nuestra expresión" (Benedetti, 1977). Así, confinado bajo el apelativo de idealista y enjuiciado con crudeza por su aparente posición de clase, Pedro Henríquez Ureña gozó de una percepción contradictoria, en la que se le señalaba como colaborador de grupos hegemónicos de la sociedad, al mismo tiempo que se le erigía como uno de los intelectuales más destacados en su área.

Ese idealismo en la historia de la literatura tenía su correlato en la crítica literaria que, bajo esta postura, era proclive a un tipo de acercamiento inmanentista cuyo arco cubría el impresionismo, la estilística, el formalismo, el estructuralismo, el new criticism. Aunque afectaron el espectro de los estudios literarios en épocas diferentes, todas ellas estaban reunidas alrededor de lo que Françoise Perus denominaba "la ocultación del carácter histórico-concreto de las prácticas literarias" (1982, 33).

A esas vertientes formalistas se les señaló de acudir al silencio frente a los conflictos sociales, una estrategia en la que se sentían cómodas las élites dominantes. Al centrar sus análisis en las particularidades formales del texto, el idealismo burgués (como se le decía) borraba las rivalidades por el poder entre dominados y dominadores, y evitaba la polémica frente a los privilegios de estos últimos. Esas corrientes se dividían, según Françoise Perus, en dos grandes líneas: la literatura era el resultado de la subjetividad del autor que expresaba un etéreo espíritu de la época, o se reducía la literatura a mero lenguaje (Perus, 1982, 332-333). Sobre los rieles de esa división se llevaron a cabo debates en torno a la crítica, especialmente



contra quienes en las décadas de este estudio se consideraban disidentes de la Revolución Cubana.

Así, por ejemplo, la polémica que corrió por cuenta de Ángel Rama y Mario Vargas Llosa alrededor de la obra de Gabriel García Márquez en el libro del escritor peruano titulado *Gabriel García Márquez: historia de un deicidio* (1971) fue una continuación de la forma como se enjuiciaron los métodos idealistas burgueses de análisis literario. En dicha polémica, Ángel Rama (1973) rechazaba el hecho de que Mario Vargas Llosa encontrara en los "demonios del escritor" la fuente de su obra. Rama era enfático: no eran demonios personales lo que un escritor profundizaba para encontrar sus temas sino las condiciones histórico-sociales a las que se enfrentaba.

Ya en 1971 -aunque tal vez con menos resonancia- y teniendo como antecedente el rompimiento definitivo de Mario Vargas Llosa con la Revolución Cubana, Carlos Rincón había criticado las tesis del autor peruano sobre el escritor considerado como un Dios, que conserva su neutralidad e indiferencia frente a las hostilidades de las diferentes clases. Basado en esta teoría, que luego haría carrera con Rama y sería sistematizada por Françoise Perus, Carlos Rincón aseguraba que quienes, como Vargas Llosa, no observaban al escritor desde el marxismo asumido como doctrina política, perpetuaban un "idealismo metafísico y moral" (Rincón, 1971, 41), contrario a la reivindicación de los sectores populares<sup>6</sup>.

Fue precisamente así como se llegó a la conclusión, en algunos casos, que el uso de los enfoques inmanentes por parte de la burguesía servía a la causa de gobiernos reaccionarios. La estilística de Amado Alonso era aliada del fascismo (Rincón, 1973, 137) y, en una mirada retrospectiva, las corrientes inmanentes se habían impuesto durante las dictaduras en el cono sur, especialmente en Chile (Epple, 1990), y Uruguay (Achugar, 1990). Incluso se llegó a afirmar que al "dominador extranjero" le convenía promover el estructuralismo y así neutralizar a los escritores y críticos

La lucha contra estos visos idealistas (que se observaba con mayor fuerza en los contradictores de la Revolución, como Mario Vargas Llosa), se percibía también en la denominación de "novela del lenguaje" con la que, entre otros, Emir Rodríguez Monegal pretendía agrupar parte de la llamada nueva novela latinoamericana. En concomitancia con el descontento con Rodríguez Monegal (de quien se decía había fundado la revista *Mundo Nuevo* en París, con apoyo de la CIA para desmantelar los logros culturales de las publicaciones afines a la revolución (Gilman, 2003, 121 a 130)), se le criticaba absolutizar sus ejercicios desde un cerrado inmanentismo, en el que no cabían los problemas sociales.

latinoamericanos que escribían para ser leídos por la crítica europea (Benedetti, 1977, 150).

De lo apuntado se puede establecer entonces lo siguiente: para estar con el pueblo, los estudios literarios latinoamericanos crearon un campo de lucha contra lo que se llamaba el idealismo de las oligarquías y las burguesías que, afines o no al imperio, habían usado la crítica para su conveniencia. Una historiografía de falso tinte nacional y unos enfoques concentrados en los aspectos formales de la obra eran, junto con sus consecuencias y quienes los implementaban, los blancos del ataque.

#### 2.3. Géneros en contra y en favor del pueblo

Los dardos también se dispararon contra la literatura que ahogaba y silenciaba la emergencia de lo popular ¿Cuáles eran esos movimientos literarios observados con sospecha? Dos de las corrientes en las que se divisaba una acción certera de las élites latinoamericanas fueron el romanticismo y el modernismo. Sobre este último había un especial recelo, en tanto se consideraba que, con el favor de las élites urbanas, los escritores del modernismo habían edulcorado las relaciones sociales, recluidos en el sonoro discurrir de la palabra pero alejados de la comprensión históricosocial. Incluso cuando dentro de sus obras se hacía referencia a vetas populares, como el indígena, el objetivo no era otro que el trabajo estético (esto es, ficticio y sofístico) con la consecuente figuración de una falsa identidad nacional.

El modernismo, afirmaba Rama, "se inserta en lo que Halperin Donghi llamará el pacto neocolonial" (1974, 100), y su periodo fuerte estaría entre 1880 y 1930. Sus representantes eran proclives a la imitación de los modelos europeos y, al tanto de una recepción eficiente de la Modernidad, despreciaban sus vínculos con las problemáticas locales. Lo políticamente correcto –como lo fue en las facetas más radicales– era rechazar el modernismo de plano y erigir otras corrientes como legítimamente latinoamericanas.

Una de las expresiones que, según los intelectuales de la literatura afines a la izquierda, condensaban las verdades del continente, fue el



realismo, cuya presencia era de una invaluable importancia: los escritores adscritos a él se habían adentrado en las regiones latinoamericanas para descubrir las injusticias hechas sobre los oprimidos y revelaban las feroces consecuencias de un imperialismo que dejaba al margen del desarrollo a grandes masas de la población. De alguna manera, se hacían a un lado criterios como los del embellecimiento del lenguaje a favor de una estética del efecto que, manipulada por ciertos marxistas, pretendía enarbolar las reivindicaciones de clase. Es en este sentido que el realismo liquidaba la "herencia colonial" (Losada, 1996, 236) y, junto con el realismo mágico, fortalecían la constitución de una cultura nacional popular.

Basado en estos planteamientos, se trazaron fronteras muy rígidas: el modernismo y algunos de quienes bebían de sus logros apoyados en la experimentación o la preocupación extrema por el lenguaje, nacían en las ciudades y no les preocupaba el pueblo; el realismo y el realismo mágico emergían de las regiones y su lucha rescataba los marginados. Consecuentemente, las listas de escritores combatidos o aceptados bajo esta perspectiva tenía unos límites bien establecidos: entre los primeros se encontraban Jorge Luis Borges, Juan Carlos Onetti, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Mario Vargas Llosa y Manuel Puig; en la otra orilla, entre los escritores nacionales populares estaban Alejo Carpentier, Augusto Roa Bastos, José María Arguedas, Juan Rulfo, Gabriel García Márquez.

Esa rigidez, que algunos llevaron al extremo de la persecución política, fue puesta en tela de juicio con el concepto de "transculturación". Con dicho concepto Ángel Rama marcó un camino para solucionar de manera flexible las relaciones entre la literatura generada en las naciones cosmopolitas, las urbes y las afines con las regiones. En este sentido, su ánimo fue el de comprender que en el modernismo transculturador (Rama, 1982, 341-343) había una fusión armónica de cosmovisiones, engendradas en el universo cultural extranjero y el local. Esa fusión implicaba que, especialmente en la nueva narrativa latinoamericana (esto es, el denominado *boom* y su repertorio de escritores afines), afloraban trazos de las técnicas de escritura foráneas al tiempo que los temas y la sintaxis de las obras se remitían a las regiones.



Rama encontró en la transculturación la mediación de las rígidas oposiciones que desde otras visiones hacían carrera. Ese punto medio veía con recelo tanto la experimentación individualista que no se articulaba con los problemas nacional-populares, como el apego a los temas tradicionales cuyo conservadurismo podría llevar al ostracismo del continente entero, en tanto no permitía el diálogo con la civilización occidental. Allí no cabían Jorge Luis Borges ni Eduardo Mallea, así como tampoco el regionalismo de comienzos del siglo XX, que aunque no era rechazado por Rama, era visto más como un antecedente sin el éxito de la nueva parrativa

El llamado de Ángel Rama fue claro en el sentido de huir de los estereotipos: no era posible confinar a los escritores de las ciudades más desarrolladas de América Latina a ser meros cuadros de la reacción al servicio de las élites internas y externas; tampoco se podía afirmar que los nacidos en las regiones y que se referían a ellas en sus obras, eran ejemplos de fuerzas revolucionarias, descolonizadas o anti-imperialistas. Era necesario un acercamiento más detallado, no solo al conjunto de las obras de un escritor, sino también a factores propios de la vida literaria, como los mecanismos editoriales, en los que el mismo Rama había recalado en "El boom en perspectiva" de 1980.

En conclusión, el signo con el que funcionan los estudios literarios entre 1970 y 1990 se tiñó en ocasiones de radicalismos y esquematismos paralizantes, mediante los cuales se llegó, en las versiones más comprometidas, a algunas simplificaciones. En últimas, estar con el pueblo pudo haber sido lo políticamente correcto, pero fue un riesgo que por momentos se pagó con acercamientos tendenciosos, refractarios a discusiones de tipo científico, entregados a un compromiso ideológico, y comprensible bajo el furor revolucionario.

El parcial olvido de los aportes de intelectuales como Pedro Henríquez Ureña en representación de los historiadores y críticos de la literatura del pasado, el señalamiento a formas de abordaje que pudieron haber ampliado el espectro de la ciencia literaria, el recelo frente a géneros literarios de vital importancia para la comprensión de la cultura latinoamericana y a algunos escritores en quienes se hizo hincapié posteriormente, fueron desajustes que se intentaron reponer a la luz de enfoques diferentes, como el de Gutiérrez.



# 3. El diálogo entre Gutiérrez y los estudios literarios latinoamericanos alrededor de la relación literatura y sociedad

Al compás del estallido de la narrativa latinoamericana en las décadas de 1960 y 1970, la figura del investigador literario gravitó tal vez con mayor fuerza que en épocas pasadas, en tanto se le observaba como un verdadero intelectual que "desempeñándose originalmente como crítico literario se proyectó como figura pública legitimado por su capacidad para interpretar con un método y un arsenal conceptual sofisticados los textos literarios, y darles una significación social, cultural y eventualmente política" (Aguilar, 2010, 685). La visibilidad que obtuvo la disciplina por vía de este compromiso con las condiciones sociales vivió, sin embargo, el riesgo de recalar en el apasionamiento. Así, en las versiones más radicales del marxismo se negó la posibilidad de un intercambio con fuentes (críticas y literarias) que no vieran en el socialismo o una forma similar de gobierno, el remedio a las desigualdades e injusticias latentes.

El diálogo de Gutiérrez con los estudios literarios latinoamericanos alrededor de la relación entre literatura y sociedad (acentuado hacia la década de 1970) fue precisamente la inconformidad con la ideologización en la que se movía la disciplina. Según su entendimiento, especialmente los defensores del marxismo habían disfrazado una disputa ideológica con una vestimenta científica (1977a, 3). Por consiguiente, invitaba a una apreciación filosófica de las relaciones entre la literatura y la sociedad que no supeditara los hallazgos a la adhesión a un socialismo rígido o flexible.

En este sentido, aprehendía el marxismo, no como una doctrina política, sino como un cuerpo filosófico cuyos conceptos principales habían nacido en la inversión de Hegel por Marx. Así, el manejo de las herramientas marxistas no implicaba la fidelidad a un programa de un partido político sino el encuentro de explicaciones sobre el continente, de lo que había sido y estaba siendo, a la luz de un diálogo con conceptos filosóficos.

De allí, por ejemplo, su desazón frente a la manera como se focalizaba la mixtura entre las condiciones materiales y las formaciones del espíritu. Para él, la génesis de los errores en esta materia era una profunda

distorsión de Marx, fraguada a comienzos del siglo XX por el marxismo vulgar (1975a, 13), (1983c, 604), que asimilaba la teoría del reflejo de Lenin. En términos generales, dicha teoría planteaba una ligazón causal desde la base a la superestructura y consecuentemente llevaba a comprender la literatura como un discurso determinado mecánicamente por los cambios en los vínculos sociales e incluso económicos. Esta vía había sido transitada por Lucien Goldmann en su concepto central de homologías entre estructuras, y por Georg Lukács en el de mimesis. En ambos casos, y en quienes los retomaron en América Latina, se establecían "grandes relaciones entre un fenómeno económico y un movimiento literario o una obra artística, pero esas grandes relaciones resultan especulaciones" (1981a, 133).

Para desatar esos lazos rígidos, Gutiérrez enfatizó en el concepto de institución. Esta opción nace no solo del descontento con el proceder de, entre otros, Alejandro Losada, Françoise Perus, Rodríguez Puertolas (a quienes critica con diversos matices en los textos de 1983c y 1989a) sino por la dedicación a Walter Benjamin en 1974, quien cambia el panorama epistemológico del profesor colombiano, cultivado con anterioridad alrededor de la figura de Georg Lukács.

Benjamin muestra una salida a la cuestión de la mediación entre la base y la superestructura, que en términos filosóficos no había podido concretar Marx. Así, para evitar ir de la economía o de la sociedad directamente a la literatura, esta última debía entenderse como una institución dentro de otras instituciones. Las ideologías no pasaban con diafanidad de los modos de producción a la conciencia, y el problema debía verse de otra manera: los significados de una obra y su anclaje en la sociedad se transformaban cuando hacían escala en los factores de la institución, que eran, entre otros, la enseñanza en las universidades, la difusión en bibliotecas, la recepción de la crítica.

Este panorama no era de tránsito sencillo. Al estudiar la literatura como una institución se rompía con las tendencias del marxismo leninismo, pero al mismo tiempo se exigía a las universidades latinoamericanas una tarea para la cual no estaban preparadas. No había un archivo organizado de documentos que permitiera hacer evaluaciones del pasado, ni estudios sobre temas básicos como la secularización, así como tampoco estaban



establecidos grupos interdisciplinarios, que asumieran el reto de articular las diferentes instituciones que conformaban la cultura.

Habida cuenta de los inconvenientes presentados, encarar la literatura desde esta perspectiva no parecía ser una opción llamativa, aunque Gutiérrez se mantuvo firme, y en diálogo con una dupla de lectores especializados con la que tuvo simpatías en este sentido. Se conecta en especial con quienes se convirtieron en sus hitos o en compañeros del mundo de la publicación, y la inclusión en su universo teórico es uno de los pasajes más importantes para describir algunas de sus afinidades electivas. Fueron Ángel Rama y Pedro Henríquez Ureña quienes en América Latina se destacaron como sus interlocutores alrededor de la institución como eje de la mediación entre literatura y sociedad.

Aunque en el primer caso no hay un desarrollo extenso de la cuestión, en el artículo "Ángel Rama: nobleza y pasión" (1984d), Gutiérrez hace un recorrido por lo más valioso del crítico uruguayo y concluye que, en términos generales, uno de sus grandes logros fue la puesta en primer plano de la vida literaria (435). Probablemente pensaba en el ensayo de Ángel Rama titulado "El boom en perspectiva" (1980) que mostraba un camino alrededor de la reflexión sobre factores de la institución como las editoriales y la crítica especializada.

Recurriendo a fuentes no habituales, como las cifras de ventas de los autores del *boom* de la literatura latinoamericana, Ángel Rama llega a conclusiones certeras sobre el impacto de los narradores del continente, entre ellas, la presión por publicar, que en algunas oportunidades llevó a la elaboración de obras de segundo nivel. De igual forma, Rama adelanta polémicas sobre si el remezón de esa nueva narrativa se debió a una particular situación política, a la creación de un mercado dentro y fuera de América Latina, o a la propia virtud de los escritores. Pese a su profundidad, ni siquiera el mismo Rama prosiguió esa senda de explicación de la vida literaria, no solo en términos críticos sino también teóricos.

Sin embargo, implícitamente, para Gutiérrez, Ángel Rama vigoriza una alta tradición de estudios cuyo fundamento se encuentra en Pedro Henríquez Ureña. En dos ensayos de la década de 1980 el intelectual dominicano aparece como un referente directo en las discusiones sobre la mediación. Henríquez se destaca por su aporte a la literatura latinoamericana, en especial porque eran sus adelantos reflexivos los que servían de norte para una empresa de ese tipo en la década señalada. En consecuencia "lo sustancial del esbozo [del dominicano] es la forma como Pedro Henríquez Ureña establece la relación entre fenómenos sociales y literatura y vida literaria y el carácter dialéctico que da a esta relación" (Gutiérrez, 1984e, 69).

Como era costumbre en el pensador colombiano, las coordenadas se encontraban, en este caso, familiarizando el humanismo moderno de Pedro Henríquez Ureña y el marxismo depurado de Walter Benjamin. Ambos abrían una brecha no solo a las teorías del reflejo, sino que, afines al concepto de sistema del romanticismo alemán, esbozaban la cultura como un todo que debía ser interrelacionado en cada una de sus porciones.

Tanto Rama como Henríquez y Benjamin sugirieron el estudio de la institución, que no fue del todo afortunado en Gutiérrez. Tal vez el intento de aplicación más cercano en este sentido lo constituya fragmentos del libro *Temas y problemas de una historia social de la literatura latinoamericana* (1989). En él, y particularmente cuando aborda la literatura de la Colonia, intenta poner en práctica una sociología de la literatura, esto es, la exploración de la institución y sus factores.

Según su entender, el análisis de la literatura de la Colonia "debe renunciar inicialmente a la valoración estética" y contribuir a explicar por qué había tantos poetas en ese periodo (1989, 46). Pese a que la pregunta desplaza el acento hacia problemas que no podían ser resueltos con una evaluación textual, no se explora teniendo en cuenta los factores de la institución. Contaba con los avances de Ernesto Quesada en *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, que sondeaba algunos rasgos de la legislación, el comercio de libros y la enseñanza, pero no acudió a ese trabajo para el desarrollo de su interpretación. En contraposición, toma el camino de los supuestos histórico-culturales y con base en el concepto de "Estado idílico" hegeliano, da explicación a la numerosidad de poetas en la Colonia.

Al parecer, en este caso, el autor de Temas y problemas de una historia social de la literatura latinoamericana llegó a una encrucijada: teóricamente

siguió una ruta (la sociología de la literatura) que consideraba la mejor opción para romper con el esquematismo del marxismo leninismo, pero no pudo aterrizar sus constructos en ejercicios de crítica o historia literaria fundados en el concepto de institución. Infortunadamente se encontró siempre con las barreras propias de la organización del material y los grupos de investigación en América Latina, lo que no se cansa de señalar en el libro referenciado.

No obstante, su afán de teorización en materia del problema de la mediación estuvo emparentado con Ángel Rama y Pedro Henríquez Ureña, y al mismo tiempo pudo ser un motivador de los realizados por Carlos Rincón<sup>7</sup> y Beatriz Sarlo<sup>8</sup>. Se puede decir que, en esta materia, Gutiérrez es un bastión tristemente olvidado de los estudios literarios latinoamericanos e incluso de los contemporáneos Estudios Culturales.

Otro de los ejes en los que se afincan grandes diferencias con los estudios literarios de 1970 a 1990 es en el mapeo de América Latina y su literatura. Bajo el influjo de la teoría de la dependencia, algunos de los más significativos intelectuales de la literatura hacia la época afirmaron que los desarrollos del capitalismo no se podían dilucidar de manera integrada. Afianzados en esta perspectiva intentaron diversas particiones del territorio americano, a la vez que insistieron, en algunos casos, en la formulación de teorías propias que dieran cuenta de las particularidades de una sociedad y unas culturas con procesos originales.

Gutiérrez avistaba nuestro territorio de manera distinta y este es uno de los pilares en el distanciamiento con sus pares académicos en los años posteriores a 1970. En su libro *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955), el investigador colombiano venía trabajando sobre la inserción del

El libro *Literatura/sociedad* (1983) de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano registra un cambio en el manejo de las fuentes marxistas. En dicho libro ya no se somete la recepción de las tesis de Marx a la ejecución del programa del socialismo. De hecho, los autores profesan su crítica a la teoría de la dependencia (87) y, como en Gutiérrez, tratan de encontrar las salidas a la teoría del reflejo en ejes como el campo intelectual, las instituciones y el lector. Algunos de estos últimos temas son desarrollados críticamente por Beatriz Sarlo en el libro *El imperio de los sentimientos* (1985).



<sup>7</sup> Carlos Rincón también tiene como punto de partida la superación de las teorías del reflejo perceptibles en Goldmann y Lukács (1978, 82) y su propósito es ir más allá de estos enfoques desde la teoría de la recepción. Sin embargo, cuando se refiere a la recepción no puede despojarse de sus prejuicios frente a la lucha de clases, al sugerir que su análisis depende de las cercanías o rechazos de la ideología dominante. De alguna manera, Rincón politizó la propuesta de Jauss.

continente, como un todo, en el ámbito de la Modernidad europea. Las características de esa inserción se teorizan hacia la década de 1980 con base en Marx y Hobsbawn, de quienes retoma la tesis de la unificación del mundo (1981a, 130), y sus conclusiones, en términos generales, confluyeron en la comprensión del devenir latinoamericano como un proceso propio de la expansión del capitalismo, las formas de vida burguesa y la Modernidad.

Contra lo que planteaban los teóricos de la dependencia, Gutiérrez afirmaba que se podía lamentar la tendencia homogeneizadora de la burguesía pero no ignorarla (1981a, 130). Era imprescindible concebir el continente como un bloque (aunque con voces disímiles) alrededor de algunos de los supuestos histórico-culturales de la Modernidad, consolidada como mentalidad englobante en la economía, la educación, la política, el arte.

Con este gesto, no fundaba sus cogitaciones sobre un racismo encubierto, así como tampoco fue un vulgar vocero del eurocentrismo: lamentaba la angostura de visiones que, desde algunos simuladores latinoamericanos de refinamiento y formación, hizo carrera frente a la hibridez, pero entendía que la marcha de la historia era irreversible. Había que asumir lo mejor del relato moderno heredado y que, de alguna manera, nos cohesionaba.

Importa recordar la afinidad explícita, en este caso y nuevamente, con Pedro Henríquez Ureña. De él recoge un programa ético-literario para el continente en su totalidad, que recusa una posible fragmentación de América Latina. En este sentido, a diferencia de quienes como Walter Mignolo (1996) y Alejandro Losada (1981), sugieren que el investigador dominicano asume un idealismo proclive a las clases hegemónicas que han marginado algunas voces (como los indígenas y los negros), Gutiérrez insiste que fue precisamente en el esfuerzo de intelectuales como Henríquez donde comenzó a incorporarse la reflexión sobre esos oprimidos, solo que esas especificidades debían "ser colocadas en el contexto histórico general de la expansión del capitalismo y de la sociedad burguesa" (1983c, 612).

Tal vez una de las huellas más polémicas en el autor de *Modernismo* sea la aspiración por una síntesis y articulación de todas las variables sociales alrededor del impulso de la Modernidad, pero es un esfuerzo



que pretendía establecer un diálogo entre diferentes formas de ver y alejarse de posiciones dogmáticas que se decantaran en nuevos racismos invertidos. Veía en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña los ejemplos de intelectuales que con su dedicación trazaban el mapa de una gran patria de la justicia (América Latina), una suerte de crisol en el que todas las creaciones culturales y sociales confluyeran en la armónica posibilidad de la disputa racional.

Así, a diferencia de los intentos de fragmentación de una historia literaria en múltiples renglones y diversas periodizaciones, que defendieron varios estudiosos, el camino debía ser la unidad, la consideración de la Magna Patria como un bloque. En este sentido, como había anunciado en 1955, "la inteligencia en América" tenía "por naturaleza una labor unificadora" (Gutiérrez, 1955a, 15) en la que, a partir de las síntesis se erigieran sociedades más justas. Tal había sido el propósito de Pedro Henríquez, quien superó la visión sobre los estados nacionales, las regiones o las comarcas culturales, y presentaba un intento de comprensión de las letras americanas en un marco universal.

Por estos motivos, en cuanto a la periodización de las unidades literarias y culturales, Gutiérrez no buscaba comprender los intervalos propios de cada uno de los sistemas literarios existentes en Latinoamérica, capítulo que se tornó irresoluble en los estudiosos de la literatura basados en una compartimentación del espacio americano y sus culturas. La búsqueda de momentos de ruptura en el ensayista colombiano enlazaba a Hegel y Henríquez Ureña quienes, evitando determinismos, comprendían que la modificación de la literatura estaba íntimamente ligada al nacimiento de una mentalidad.

En este punto, Gutiérrez se acerca a varios de los estudiosos de la literatura de la época en el sentido de ubicar el problema en planos histórico-sociales. Sin embargo, las cercanías no iban más allá porque para él los cambios eran más culturales y mentales que políticos: el parte aguas no era la crisis del orbe colonial, ni el tránsito al socialismo (como fue para muchos de sus pares intelectuales), sino la vía que conducía de la Antigüedad a la Modernidad.

Sin embargo, sus llamados no fueron del todo fructíferos: la vía de la fragmentación del territorio siguió su rumbo aunque las preguntas sobre

la unión de los diversos sistemas literarios no parece haber sido respondida con eficiencia. Los quiebres se determinaron a partir de escuelas literarias o formatos tradicionales (Colonia, Independencia, Modernismo...) y no se pensó tampoco en el impacto de la institución literaria sobre la periodización. En el reverso dejó problematizados esos temas aunque para varios de ellos no tuvo extensos desarrollos de aplicación, en especial historiográficos, lo que tal vez marginó un poco sus propuestas.

Un tercer eje polémico con los intelectuales de la literatura en el intervalo de 1970 a 1990 fue el de los enfoques de análisis utilizados. Como se especificó líneas atrás, varios de los protagonistas de la disciplina (Cornejo, 1982) (Losada, 1981) (Rama, 1982) justificaron su proceder defendiendo una función beligerante de su quehacer con los textos, a favor de la igualdad y la emancipación del pueblo. En este sentido, se observó con reserva las historias literarias nacionales construidas en el pasado, así como la puesta en práctica de perspectivas inmanentes de acercamiento a las obras literarias.

En ambos casos se denunciaba una abierta o clandestina connivencia con las élites dominantes que trabajan para sus propios rendimientos o para los de potencias extranjeras colonizadoras. De allí había resultado una falsa identidad nacional alrededor de la cultura del blanco que escribía en castellano, o un silencio frente a los gobiernos autoritarios que no estaban seducidos por una revisión que pusiera en riesgo sus privilegios de clase.

Alejado de los apegos de corte político ideológico, Gutiérrez transitaba un andarivel diferente, en una trayectoria personal que lo llevó a ver los problemas al amparo de un lente alternativo. Bajo estos parámetros, la base de su enfoque se remonta a 1957 con el artículo "Friedrich Schlegel y la fundamentación de la hermenéutica" en el que, entre otras cuestiones, comprende la hermenéutica como interpretación de los sentidos profundos a los que ha llegado la formación del ser humano, esto es, como filosofía de la filología.

La hermenéutica engloba un trabajo de taller con los textos y el ascenso a lo más inteligente que ha producido la civilización, de suerte que la interpretación es la "revelación del sentido del mundo" (Gutiérrez, 1957, 266). Esta senda se puede seguir en el libro *Nietzsche y la filología* 



clásica (1966) en el que, como colofón a sus reflexiones sobre las diversas funciones de la filología que decanta Nietzsche (filosofía de la historia, filosofía del lenguaje, ética y estética), parece asumir la invitación que el mismo autor alemán hizo a sus lectores: "la de que se le lea como lee un filólogo, la de que sepan leer entre líneas" (1997, 86).

Comprometido con esta reconsideración de la filología, auscultó las diferentes corrientes críticas que se ponderaban especialmente en Alemania. A las dos grandes perspectivas que identifica en su ensayo "Eduardo Cote Lamus, salvación del recuerdo" (1953b), esto es, la estilística y la filosófica, suma una tercera hacia 1965 en "Problemas y método de la crítica literaria" y es la del "sentido histórico" (1965b, 323), social y culturalmente hablando. El entramado de las tres aristas (lo filosófico, lo formal, lo histórico social y cultural) se puede distinguir en casi todos sus artículos aunque es evidente que luego de 1970 la estrategia delineada en 1965, "apuntar a la fórmula: estructura formal y sentido histórico" (Gutiérrez, 1965b, 323), parece imponerse. En cualquiera de los casos, su compromiso fue siempre con la crítica, esto es, la indagación profunda y racional, la interrogación constante y la huida del lugar común.

Esa crítica era sofocada, en otros escenarios, con la asunción del estructuralismo y el neoestructuralismo, pero ese "olvido del pasado", traducido en 1989 al amparo de una frase de la obra *Cien años de soledad* como la "peste del olvido" (1989, 94), no solo corría por cuenta de las modas formalistas (denominadas "neofilologías" en el epílogo a *Nietzsche y la filología clásica* de 1997) sino de los bastiones de la posición marxistaleninista. Estos últimos veían con desconfianza a los críticos e historiadores de la literatura que no hubieran estado en el pasado con el pueblo y que además hubieran desdeñado las variadas culturas en beneficio de una concepción europeizante que consideraba a América Latina como un solo bloque subdesarrollado.

Aquí hay una distancia profunda con sus contemporáneos: como los más representativos intelectuales de la literatura en América Latina entre 1970 y 1990, Gutiérrez asume que los estudios literarios no pueden ser desprendidos de sus contextos histórico-sociales y asigna a ellos un valor político importante, pero a diferencia de sus pares, esa politización no se reduce a la adhesión a un marxismo que, directa o indirectamente,

tiene su base en la lucha de clases y en el triunfo del socialismo. Así, por ejemplo, mientras algunos de sus compañeros de época observaban con recelo las corrientes inmanentes porque ellas ocultaban las aspiraciones y voces de los oprimidos en beneficio de la cultura de las élites, el polemista colombiano enjuiciaba dichas corrientes por no revelar los problemas del ser humano en general.

De acuerdo con lo manifestado, se pueden divisar diferencias sustanciales entre Gutiérrez y quienes lo acompañaron en la consolidación de la disciplina en América Latina entre 1970 y 1990. Mientras el compromiso del primero es con la lectura que recurra a una elevada concepción de la filología, su contraparte prefería pensar en la interpretación literaria involucrada en un proceso de cambio que condujera al establecimiento de formas de gobierno que prometían la igualdad y la justicia social. Eso no significa que Gutiérrez rompiera con la "pasión intelectual por un mundo más justo" (1963, 131) sino que ese mundo llegaría con la afinación de los mecanismos que permitieran a las sociedades latinoamericanas ser cada día más inquisitivas y racionales y resolver sus conflictos bajo la égida de la argumentación y no con base en las pasiones.

Fue precisamente ese apasionamiento teñido de una ideologización extrema, el que marginó sus invitaciones a pensar detenidamente sobre la teorización de la literatura y la sociedad: la inclusión de América Latina en la tradición moderna, la indagación en la institución literaria, el compromiso con una filología que profundizara en los conflictos más elevados de la humanidad, el rescate de la experiencia vital por encima de la fidelidad a un programa político, fueron, tal vez, poco atendidos.

# Capítulo 2

## **EL MODERNISMO**



#### El modernismo en Rafael Gutiérrez Girardot

Cuando Gutiérrez asume la pregunta sobre el modernismo, en el artículo "Problemas de una historia social del modernismo" (1981), acumulaba razones de tipo científico para involucrarse en los avances de la discusión en América Latina. El título del texto mencionado plantea precisamente un escenario polémico frente a un fenómeno que, para él, se había analizado "precariamente" (1981a, 128), en tanto en América Latina se le descargaba de sus implicaciones histórico-sociales o era asumido con un marxismo radical y empobrecedor.

Tal como lo presentó en la "Advertencia" a su libro *Modernismo* (1983), la utilización de la palabra sin el artículo "él" buscaba mantener "la referencia a la conocida designación de *el* modernismo, pero abarca también la caracterización del "Modernismo" o de la "Modernidad", con la que hoy se trata de dilucidar la compleja literatura europea de fin de siglo" (Gutiérrez, 1983a, 19). Así, el modernismo es el momento inicial de la Modernidad literaria para América Latina, que se extendía incluso hasta el siglo XX. Por eso, si bien sus esfuerzos iban encaminados a explorar los años entre 1880 y 1910, sus elucubraciones, en el caso específico de América Latina, no se agotaban en ese periodo. En tanto pertenecían al mismo proceso, las categorías exploradas para el modernismo se extendían hasta escritores con producción en la década de 19809.

<sup>9</sup> Esta es la razón para que este texto no se centre explícitamente en las reflexiones realizadas en el libro Modernismo y se adentre también en la lectura hecha a escritores que concretan la modernidad en la literatura.

Para encarar el fenómeno, Gutiérrez parte de las tesis hegelianas del fin del arte, que empiezan a ser integradas a su repertorio hacia 1964, en el artículo "La estética de George Lukács", pero toman una forma a la que recurrirá constantemente desde "Hegel y la literatura" (1970). Allí, luego de explicitar algunas de las consecuencias de la ambigüedad de la palabra "fin", indica que de lo que trata no es tanto de la superación del arte por medio de la filosofía, como habitualmente se ha leído en la *Estética*, sino que el fin del arte se puede comprender como "un contexto históricosocial, que se percibe de manera clara ante todo en la literatura" (1970, 182).

¿De qué se trataba ese contexto? Significaba el advenimiento de la era de la prosa, esto es, la consolidación de la sociedad burguesa. En diálogo con Hegel, delinea algunos ejes centrales de la forma de vida de esa nueva sociedad: la racionalización de las explicaciones de los fenómenos y las relaciones humanas, que deriva, entre otras cosas, en la división del trabajo y en la superación de los mitos y las supersticiones; la acentuación de los intereses individuales que lleva a la escisión de la existencia y la consideración de los seres humanos como medios y no como fines; el afán de lucro, por el cual solo gravitan en la sociedad las esferas prácticas sobre las que se pueden construir riquezas; y la concentración en las preocupaciones cotidianas más que en las ideas elevadas.

En concomitancia con el establecimiento de esos supuestos históricosociales de la vida burguesa, la pregunta que mueve los hilos de los análisis de Gutiérrez domina su panorama intelectual entrada la década de 1960: "¿Qué sucede con el arte tras el fin del arte?" (1981a, 126). Dicho de otro modo, si el fin del arte indicaba el fin de una forma de hacer literatura para una sociedad que había fenecido, y que había sido reemplazada por la burguesía ¿qué acontecería en adelante con la palabra poética?

Teniendo en cuenta ese movimiento que realiza a las tesis hegelianas desde una perspectiva filosófica a una histórico-social, y acudiendo a la homología entre los procesos de Europa e Hispanoamérica, el modernismo como Modernidad literaria puede ser indagado, a su vez, a partir de múltiples preguntas, que superan las categorías formales o las características de escuela ¿Cómo se comportan el arte y el artista frente a una racionalidad galopante, propia de la sociedad burguesa? ¿Cuál es su



papel y su finalidad en el marco de la división del trabajo? ¿Cuáles son las relaciones de la literatura con otras esferas de la cultura?

# 1.1. La racionalización como presupuesto del modernismo

La racionalización de las ocupaciones humanas es uno de los puntales de la comprensión de la mentalidad burguesa y el fundamento para entender la Modernidad en general. El intelectual colombiano retoma este fenómeno para explorar, de la mano de los pensadores de la época de Goethe, las consecuencias de diversa índole de este cambio de valores en la esfera de la literatura. En este sentido, y como lo han advertido algunos estudiosos del romanticismo y de las ideas de Hegel<sup>10</sup>, Gutiérrez hace énfasis en un problema fundamental: la preocupación de los artistas, desde el siglo XVIII especialmente, por la arrolladora presencia del espíritu analítico, responsable de la fragmentación del mundo y su descomposición en pequeñas piezas que impedían observar el todo. Al crisol griego en el que la armonía y la totalidad eran perceptibles, se oponía la Modernidad, que tendía a dividir tanto las áreas del saber como del trabajo.

Al tenor de esta corriente analítica, la jerarquización de las profesiones fue el trasfondo de la estructura económico social de las sociedades occidentales. En tanto el afán del dinero era uno de los ejes del proyecto burgués, la escala de valoración de las disciplinas tenía como criterio fundamental privilegiar aquellas que fueran productivas en términos monetarios, lo que arrinconó a quienes se entregaban a las denominadas ciencias humanas, ciencias sociales y al arte. Así, para comprender el modernismo, Gutiérrez retoma la marginación del artista y del arte en una sociedad que ya no cuenta con sus creaciones. Este fue un motivo al que había accedido en 1957 en su ensayo "Literatura y sociedad: a propósito de una crítica", a la luz de Nietzsche, pero se desarrolla en toda su dimensión como resultado de la interpretación del fin del arte.

En "Hegel y la literatura", aparece por primera vez articulada la posición del arte y el artista frente a la división del trabajo que, desde la perspectiva



<sup>10</sup> Entre ellos, para este caso en particular, se puede revisar los textos de Daniel Innerarity (1993), Rudiger Safranski (2009) y Diego Sánchez Meca (2013).

hegeliana, se denominaba "escisión", pero es en el libro *Modernismo* donde se determinan sus consecuencias. Por ejemplo, algunas narraciones hispanoamericanas de fin de siglo XIX se dedicaron a relievar los vicios de la sociedad burguesa; así mismo, Gutiérrez pone de presente cómo esta nueva situación dio un impulso fuerte a las llamadas novelas de artista que reflexionaban sobre el devenir del escritor; también hace relevante el hecho de que en algunas obras de Rubén Darío o, para Europa, de Hugo Von Homfmannsthal, se describe el deterioro social del creador, quien es tratado de manera despreciable.

Esta mirada sobre el artista en el fin del arte fue nuclear en Gutiérrez, pero paralelamente al tema de la marginación del escritor, ponía de presente, en varios de sus ensayos, otro rasgo de la Modernidad literaria que fue tal vez para él más definitivo a la hora de establecer sus criterios. En un aparte de *Modernismo* afirma que, frente a la sociedad burguesa "el artista reaccionó con un gesto romántico. Rechazó la sociedad burguesa que lo marginaba y al mismo tiempo reflexionó sobre su situación en esa sociedad" (1983a, 54). ¿Cuáles son las consecuencias de este impulso reflexivo?

Para resolver este interrogante, y teniendo en cuenta que Gutiérrez ubica su génesis en el primer romanticismo alemán, es necesario volver al fin del arte como una disputa entre labores del espíritu, y particularmente entre literatura y filosofía. En este sentido, en su *Estética* Hegel había sugerido que, toda vez que la literatura no podía expresar las ideas más elevadas en una nueva época del ser humano, aquella era absorbida por la filosofía. El ensayista colombiano nunca se pronunció abiertamente sobre estas afirmaciones y las interpretaciones a las que lo habían llevado, pero es evidente que su perspectiva, en este caso, iba en una dirección divergente a la planteada por Hegel, en tanto consideraba que la literatura era central en el conocimiento del ser humano. Es probable que las exégesis realizadas sobre este particular hayan sido influidas por su revisión de los textos de Martin Heidegger.



En uno de los pocos datos de su trayectoria intelectual que tienen gravitación en la comprensión de Gutiérrez, es sabido que entre 1953 y 1955 asistió a las sesiones con Heidegger. Del filósofo alemán retoma su preocupación por el empalme entre filosofía y literatura, condensada

especialmente en los estudios sobre Holderlin y Nietzsche, pero es tal vez en el artículo "El origen de la obra de arte" (1950), en donde encontró un sendero de sustancial importancia para sus disquisiciones.

En el "Epílogo" de dicho artículo, Heidegger recuerda que ha partido de las tesis hegelianas del fin del arte y afirma que "sigue abierta la pregunta de si el arte sigue siendo todavía un modo esencial y necesario en el que acontece la verdad" (2010, 58). Su texto ha intentado dar algunos pasos en esta dirección y lleva a la conclusión de que el arte es, en efecto, el espacio donde se vive la verdad. En la obra se descubre la "esencia general de las cosas" (2010, 26), se accede a la verdad como "desocultamiento" (2010, 37) y, consecuentemente, el poema funda la verdad (2010, 54). A partir de la crisis de la filosofía y de las ciencias humanas en general, Heidegger retorna a la literatura como modelo de conocimiento, en una franca inversión de Hegel y concediéndole un peso emblemático al trabajo creativo con la palabra.

Si la literatura explora la "esencia general de las cosas" entonces su carácter reflexivo se potencia y en ella se enlazan con profusión la palabra poética y la indagación filosófica. Esa articulación es semejante al programa de los tempranos románticos alemanes. En palabras de Antonio Gutiérrez Pozo, "la propuesta heideggeriana supondría entonces la supresión de la escisión entre arte y filosofía, y su resultado sería el pensar, el pensar poético, un pensar donde razón y poesía alcanzarían una convivencia pacífica, y donde el ideal romántico de la intuición intelectual volvería a tomar cuerpo" (2003, 178). Con este puente entre Heidegger y los románticos, la supresión de la escisión entre arte y filosofía se convirtió, en Gutiérrez, en un programa para la literatura de nuestros tiempos, y su protagonista fundamental era Frederich Schlegel, "el padre romántico de la literatura moderna" (1983c, 608).

El recordado fragmento 116 de los escritos de Schlegel para la revista Athenaeum confirma la insistencia de un proyecto de poesía universal progresiva cuyo destino es, entre otras cosas, "poner en contacto la poesía con la filosofía" (Schlegel, 2009, 81). La idea había gravitado en Sobre el estudio de la poesía griega, uno de los primeros textos histórico-críticos que reflexiona sobre la Modernidad, y en el que Schlegel afirma: "la tendencia de la mayor parte de las obras literarias modernas más excelentes y más



famosas es filosófica" (Schlegel, 1996, 76). Tampoco se puede olvidar la *Conversación sobre la poesía* (1800), en donde, entre otras cosas, Schlegel recuerda a Platón y a Tácito como modelos del paso de la poesía a la filosofía y viceversa.

En Friedrich Schlegel encuentra Gutiérrez un camino para el modernismo literario: el de la unidad cognoscitiva entre literatura y filosofía, el de la vuelta a la consideración de la literatura como la cantera de las ideas más elevadas que había producido la humanidad. Era, como se colige de los artículos de 1965, "Walter Benjamin. Posibilidad y realidad de una filosofía poética" (1965c) y "Sobre el fin de la filosofía" (1965a) el camino que podía encontrar el intelecto en medio de los fines del arte y de la filosofía.

El fin del arte había obligado a reflexionar al artista acerca del papel de sus creaciones en medio de una sociedad en la que era marginado, por ser improductivo económicamente. Por su parte, desde Hegel, la filosofía se había considerado como producto específico de una época y, a diferencia de los griegos, ya no se podían construir esquemas que trascendieran todas las etapas del ser humano<sup>11</sup>. La literatura requería densidad reflexiva mientras que la filosofía formulaba temporales formas de comprender, era una ficción modelada en conceptos.

La salida para la inteligencia, luego de la crisis de las esferas del pensamiento occidental (la religión, como se verá más adelante, también tendrá su papel en esta ecuación) era la cercanía entre filosofía y literatura. Fue en Schlegel (por vía de Heidegger) y no en Hegel y su propuesta de superación del arte por la filosofía, en los románticos y no en el antiromanticismo del autor de la *Estética*, en donde Gutiérrez construyó algunos de sus puntales frente al modernismo, esto es, de lo que sucedía a la literatura luego del fin del arte.

La situación descrita tuvo varias consecuencias, entre ellas, la exigencia de formación excelsa en el escritor. El autor estudiado concentra esta exigencia en la figura del "poeta doctus" que ya en 1957 se definía como

<sup>11</sup> A este respecto, Habermas cita a Arnold Ruge para recordar que "La filosofía de Hegel es la primera en declarar que toda filosofía no es otra cosa que pensamiento de su tiempo, y también es la primera que se ha reconocido a sí misma como tal pensamiento de su tiempo" (Habermas, 2011, 63).

"el tipo de poeta crítico, de la poesía que busca los caminos para llegar a dialogar con la metafísica, y de la poesía que, en fin, en la reflexión sobre sí misma, conoce sus posibilidades" (1957, 268). Esta figura va tomando forma hasta que en 1975 y con el acercamiento de las categorías hegelianas al proceso histórico social, afirma que el "poeta doctus" es, por antonomasia, el "poeta de la era mundial de la prosa" (1975b, 93).

Para el caso de Hispanoamérica, desde el modernismo este tipo de poeta tiene sus nombres propios: está en el intento de explicación del rol del artista en *De sobremesa* (1925) de José Asunción Silva; se encuentra en Antonio Machado quien es ejemplo de la fusión de poeta y filósofo (1969a, 14); aparece en Rubén Darío, quien elaboró su propia imagen del "poeta doctus" en el libro *Los raros* (1896) se convirtió en modelo de trabajo disciplinado con el lenguaje y pensó al artista en medio de la sociedad burguesa en cuentos como "Azul"; se concibe, ya entrada la década de 1920, en la "lucidez histórica" de Jorge Guillén y alumbra el "escepticismo esencial" de Jorge Luis Borges; se renueva más adelante en Fernando Charry Lara y en los últimos años del siglo XX con Jorge Volpi. En todos ellos, la reflexión precede y en ocasiones se escenifica en la propia obra de arte.

Con la imagen del "poeta doctus", nuestro pensador literario teje varias de sus ideas: delinea un programa de un tipo de escritor necesario para la era de la prosa, esto es, el escritor reflexivo desde cuya inteligencia se piensen las formas poéticas, siempre en constante devenir, pero también que indague en una sociedad que ha vivido el fin del arte, de la filosofía y de la religión; así mismo, retorna a la concepción del primer romanticismo alemán y especialmente de Friedrich Schlegel, que implicaba la imbricación de todos los saberes (literatura, filosofía, teoría, crítica) alrededor de la palabra poética, esa "poesía universal" con la que se pretendía retomar la armonía y la unidad perdida.

Ese tipo de escritor tiene un espacio específico para su emergencia, y es el de las ciudades. En un diálogo con José Luis Romero y George Simmel, Gutiérrez plantea que las urbes son fundamentales para el surgimiento de la reflexión artística. En especial cuando se refiere a los fenómenos del continente americano, recupera las características principales de las "ciudades burguesas" (2010) planteadas por José Luis Romero. El lujo y la posibilidad de renovación de la arquitectura, el ascenso social y los sitios



de encuentro de la inteligencia, contrastan con las "ciudades patricias" y dan una nueva dinámica al devenir del individuo. El ritmo veloz de la vida en estas nuevas metrópolis les da a ellas, desde George Simmel, un carácter intelectualista (Gutiérrez, 1983b, 94).

De esta forma, si Gutiérrez retoma la vida urbana como uno de los supuestos histórico-culturales del modernismo, lo hace para articular ese nuevo espacio en el que se desenvuelve la burguesía con el espíritu del creador luego del fin del arte. Ciudad y reflexión, intensificación de la vida de los nervios y "poeta doctus", convergen en el proceso que vive Hispanoamérica desde finales del siglo XIX. La urbe –tal como lo entendió Walter Benjamin en sus estudios sobre Baudelaire (1972)–, se convirtió en el centro de la reflexión, en un proceso que América Latina debería afrontar críticamente.

Por último, acudiendo a la ambigüedad del vocablo "prosaico", el ensayista nacional afirmaba, en un ensayo de 1975 poco discutido, que cuando Hegel se refería a la era de la prosa significaba que "la literatura se ha vuelto cada vez más prosaica, esto es, o bien intelectual, o bien trivial" (1975c, 42). Si bien es cierto Gutiérrez no desdeñaba el papel que tenía la trivialidad para la literatura (da cuenta de ello, por ejemplo, el ensayo "Un caso complejo" (1968), donde el estímulo del análisis es la obra de Julio Flórez), su énfasis estuvo en la compresión del prosaísmo como reflexión.

Así, si dentro de la experiencia vital de la burguesía, que para Hispanoamérica había comenzado hacia finales del siglo XIX, no cabía ya el arte, entonces este tenía unos programas determinados: reflexionar y exponer la marginación del escritor; fortalecer el cruce entre literatura y filosofía e invitar al artista a consolidar una formación íntegra; expresar en la obra de arte lo intrincado del ser humano en una era en que los principios de la filosofía, el arte y la religión habían llegado a su fin.

#### 1.2. El arte frente al nihilismo y la secularización

Uno de los supuestos histórico-culturales que con mayor insistencia trabajó Gutiérrez en lo concerniente al modernismo fue el de la secularización. La denominación, que fugazmente había aparecido en

"Nota sobre Hegel" (1956), se robustece luego de 1981 cuando la integra a la discusión del fenómeno del modernismo tanto en América Latina como en occidente. El concepto es comprendido de manera más amplia si se tiene en cuenta lo que afirmó en el artículo "Gottfried Benn: intelectualismo y nihilismo" (1985): la secularización es "otra forma de nihilismo" (Gutiérrez, 1985a, 268), que ha adquirido un matiz diferente en el seno de la sociología. Este hilo conductor entre nihilismo y secularización, invita a una revisión de la manera como asumió el rol del arte en un estado de la humanidad en que la experiencia vital de la burguesía se imponía, un escenario con el que se enfrentaron tanto los primeros románticos alemanes, como Hegel y Nietzsche.

Para esta aprehensión del nihilismo, el intelectual colombiano se apoya en las dilucidaciones de su maestro Martín Heidegger, quien plantea la cuestión en el artículo "La frase de Nietzsche: Dios ha muerto" (2010). Para Heidegger la frase no es ninguna declaración de ateísmo sino la transformación de todos los valores que regían la existencia y que, con la entrada en una nueva etapa, resultan inservibles, dejando al ser humano en situación de orfandad. Heidegger expresa esta idea de la siguiente manera:

según la interpretación de Nietzsche, el nihilismo es siempre una historia en la que se trata de los valores, la institución de valores, la desvalorización de valores, la inversión de valores, la nueva instauración de valores y, finalmente y, sobre todo, de la disposición, con otra manera de valorar, del principio de toda instauración de valores (2010, 169).

Y, a renglón seguido indica que lo que es comprendido como valor son "las metas supremas, los fundamentos y principios de lo ente, los ideales y lo suprasensible, Dios y los dioses" (2010, 169).

Con esta aproximación a Heidegger como puente a Nietzsche, Gutiérrez se propone entender, en un principio, el fenómeno históricosocial del advenimiento de la burguesía desde una ubicación filosóficoreligiosa. Interpretada de esa forma, la muerte de Dios significa la pérdida de validez de todos los criterios que había formulado la filosofía y la religión y la convicción de que el género humano había entrado en un periodo en el que, a causa de esa situación, se encontraba con la nada. Desde el siglo XVIII el nihilismo se imponía y retaba a la filosofía, la religión y el arte.



¿Cómo se expresa e incluso cómo se supera esa nada en la literatura? Gutiérrez sigue la senda del concepto de ironía schlegeliana, así como también, de la mano de Nietzsche, el encuentro de una justificación estética a la existencia. En primer lugar, la ironía es una forma de "nihilismo especulativo" (Gutiérrez, 1985a, 268) que tendrá su desarrollo más elevado en la literatura. Las particularidades de la ironía en nuestro autor son afines con las que se han determinado para este concepto desde exégesis posteriores <sup>12</sup>: la ironía revela el caos, la unión de los contrarios, lo paradójico; la ironía es la matriz del devenir permanente del pensamiento y las formas de expresarlo; con la ironía se traman los juegos de ideas y sentimientos en un proceso de constante negación en que el ejercicio bufonesco cobra importancia; en la ironía, en últimas, hay búsqueda de la verdad pero no su posesión.

Si bien es cierto en la década de 1980 el uso del concepto de ironía se ha morigerado en Gutiérrez, el diálogo con sus características permanece como motivación permanente. De hecho, los análisis que había realizado en décadas previas, alrededor de escritores que se convertían en pilares de la Modernidad en América Latina –especialmente Jorge Luis Borges y Antonio Machado– tienen una fuerte influencia de las propuestas de Friedrich Schlegel sobre la ironía.

Pero fue tal vez mucho más constante la presencia, ya entrada la década de 1970, de la justificación estética de la existencia sugerida por Nietzsche. El argumento con que trabaja desde 1955 surge del "Ensayo de autocrítica", añadido por el filósofo alemán a su libro *El nacimiento de la tragedia* hacia 1886. En él afirma Nietzsche que "el arte es la última actividad metafísica del hombre" (2012, 38), una frase que, acudiendo a la paráfrasis, Gutiérrez transformaba para asegurar que "el arte era la última actividad metafísica dentro del nihilismo europeo" (1955b, 76; 1959b, 30). Con esta variante hace énfasis en una concepción del arte similar a la hallada en "El más antiguo programa sistemático del idealismo alemán" [1795] la cual ve a la literatura como una particular doctrina de la salvación.



Por lo pronto vale recordar que la frase de Nietzsche generó diversas polémicas, de las cuales el profesor colombiano tenía entendimiento

<sup>12</sup> Ver al respecto, los acercamientos de Diego Sánchez Meca (2013), Rosario Casas Dupuy (1999), Eduardo Enríquez (2010), Daniel Inerarity (1993), y Domingo Hernández (2002).

pleno. Tal vez la principal de ellas llevaba a la pregunta por las verdaderas aspiraciones del autor de *El nacimiento de la tragedia*: si era Nietzsche quien se enfrentaba a la metafísica occidental ¿por qué entonces trataba de instaurar al arte precisamente como actividad metafísica? La respuesta fue seguida desde los postulados de Heidegger. El arte se erige como tarea fundamental del ser humano porque es él quien observa la existencia como ilusión, pero esa ilusión es "más metafísica," que la voluntad de verdad, de realidad, de ser" (Heidegger, 2000, 79). Gutiérrez comprende así, con Heidegger, que el arte era "el contramovimiento del nihilismo" (2000, 78), que la nada en la que había quedado la creación luego de la pérdida de validez de los criterios de la religión y de la filosofía, era expresada (y superada) en la voluntad de engaño propia del arte y especialmente de la literatura.

Esa confirmación no generaba angustia, sino más bien permitía la lúdica con las ideas y los esquemas provisionales. En el arte se juega a ser hombre, pero son las ideas religiosas y filosóficas los elementos de ese juego (Gutiérrez, 1959c, 4) y a partir de esa dinámica el arte es "sustituto de la religión". En sintonía con los primeros románticos alemanes, en el nihilismo, propio de la Modernidad, el arte se revela como una nueva mitología en la que el juego con las ilusiones de verdad plantea un reto a la inteligencia y da sentido a una vida enfrentada a la muerte de Dios.

Luego de la década de 1970 aproximadamente, cuando da un giro a su perspectiva y suma a sus conocimientos literarios y filosóficos una preocupación histórico-social, el problema del nihilismo y su presencia en la literatura se decanta en la cuestión de la secularización y cómo ella impacta la creación estética con la palabra. La secularización tiene por eje central la liberación del dominio de los principios de la iglesia católica y un ingreso en la exploración y reflexión sobre temas profanos. Nihilismo y secularización se comprendían como dos conceptos articulados cuyo signo común era la pérdida de validez de la religión.

¿Desde cuándo aparecía el fenómeno en América Latina? La desmiraculización se había puesto en marcha en el continente con la Modernidad, que ingresó con la burguesía, y que tenía en el modernismo de finales del siglo XIX su momento de inicio. Poetas como Rubén Darío, Ramón López Velarde y quienes les siguieron en esta línea, César Vallejo



y Jorge Luis Borges, experimentaron la secularización, y sus obras estaban nutridas de sus consecuencias.

Esta afectación fue evidente en algunos temas que suscitaron el interés de Gutiérrez: el empleo de signos religiosos para representar eventos profanos es abordado en César Vallejo (1988a) y José Enrique Rodó (1984c); los códigos de un erotismo ambiguo y atormentado tienen cabida en Ramón López Velarde (1984b) y Rubén Darío; el efecto anti-dogmático de la racionalización de las ocupaciones humanas es abordado en Andrés Bello (1982a), uno de quienes abrieron la puerta a la Modernidad en América Latina; la búsqueda de una nueva totalidad perdida, cuyo enlace con las concepciones románticas de la fragmentación es evidente, se revela en César Vallejo y Jorge Luis Borges (1983a) (1988b).

La diversidad de motivos y análisis en los que se resuelve la secularización iluminan la pregunta que se encuentra en el trasfondo y que el investigador colombiano asedia desde el modernismo: ¿qué sucede en la cultura y la literatura de América Latina una vez los valores fundamentales de la iglesia católica han entrado en crisis?: profanidad, erotismo, duda frente a los dogmas, deseo de unidad. Estos temas pretendían remover las bases conceptuales con las que sus pares intelectuales habían abordado el modernismo y en especial a los estudiosos de la literatura que habían aceptado las tesis de los dos espíritus (el 98 masculino, y el modernismo femenino), o no dimensionaron que el modernismo no era simplemente un problema de escuela o de estilo, sino la expresión de un proceso que tenía al capitalismo y la burguesía como proponentes.

En ese proceso, la secularización era inevitable y desde el modernismo la literatura había asumido varias formas: la de justificar estéticamente la existencia considerando las ideas religiosas (y filosóficas) como ideas maravillosas, y jugando con ellas en la creación; la de ser vehículo de conflictos que, en una sociedad conservadora y adherida fuertemente al catolicismo, se habían evadido. Así, específicamente en el marco de un parentesco entre literatura y religión, para Gutiérrez el modernismo proyectaba a la literatura de América Latina dos caminos: filosóficamente, aquella se convertía casi en una doctrina de la salvación; sociológicamente era el filón para establecer una crítica a la cultura y la sociedad del continente.



### Acercamientos al modernismo en los estudios literarios latinoamericanos luego de 1970

Los acercamientos al modernismo de estudiosos de la literatura del continente luego de 1970 fueron afectados por perspectivas académicas y espacios de enunciación diferentes (particularmente España y América Latina). En décadas precedentes habían sido fructíferos los análisis formales (Max Henríquez Ureña, 1954), concepciones psicoclínicas (como aquellas que asumieron la tesis de la degeneración de Max Nordau (1895) para referirse a los decadentes modernistas) e incluso algunas tímidamente sociológicas: Federico de Onís (1955) y Juan Ramón Jiménez (1959). Dichas perspectivas imprimieron cierta confusión en el escenario crítico pero a la vez mostraban lo espinoso que era encontrar la última palabra sobre el tema.

En medio de este prisma, el problema central del modernismo era desbrozar caminos que superaran interpretaciones formales, sobre las cuales se habían pergeñado, en la mayoría de los casos, abiertas o soterradas descalificaciones. Pese a que se valoraba el esfuerzo de los modernistas por superar el descuido lingüístico de los románticos latinoamericanos, el preciosismo fue más un motivo de censura por el que se descabalaba al modernismo de sus posibilidades ético-sociales y se le condenaba a ser otro pobre producto más del continente (especialmente en su disputa con la Generación del 98) o a revelar la faceta más conservadora y reaccionaria de un arte finisecular que no estaba con el pueblo.

En este sentido, en el panorama académico de los estudios literarios latinoamericanos luego de 1970 era tal vez más visible –aunque no fue la más influyente– la disputa entre el modernismo y la generación del 98, como la llamara Guillermo Díaz Plaja en 1965. Era una disputa fortalecida desde 1913 (Blasco, 1993, 16) aunque vivió su auge en las décadas de 1950 y 1960. Los principales adalides de la controversia fueron españoles, quienes tomaron armas a favor de una delimitación precisa entre ambos movimientos.

Fue Pedro Salinas en "Modernismo y 98 o el conflicto entre dos espíritus" quien invitaba a trazar una frontera firme sobre los dos espíritus,

como él los llamaba, tanto en términos geográficos como axiológicos. La división "modernismo americano vs 98 español" no hubiera despertado polémica si a ella no le hubiera sumado Salinas la afirmación de que mientras el modernismo expresaba "conceptos superficiales", los hombres del 98 eran "los analizadores, los meditadores" (1974, 26-27). De estas cogitaciones a la xenofobia había un paso: a América Latina correspondía el juego vacuo con las formas, mientras que en España se fraguaban las reflexiones gravitantes.

Guillermo Díaz Plaja en su conocido libro *Modernismo frente a 98* (1951) asumía estas elucubraciones, en especial las que orientaban el modernismo hacia un esteticismo vacío y en el 98 sembraban un sentido político. A pesar de que Díaz Plaja no era tan rígido en la ubicación de los movimientos a uno u otro lado del Atlántico, la oposición estuvo afectada no solo por esa suerte de superioridad ibérica que se deseaba implantar, sino por un develado sexismo que impulsó sus reflexiones. Así, mientras el modernismo era femíneo –esto es, sensible, estético, entregado a los regodeos de la forma y casi imposibilitado para afrontar con hondura los problemas del ser humano-, el 98 era viril, es decir, metafísico, profundo, pensante.

En términos generales, por vía de una descalificación sumaria del modernismo, hacia la época se tendió a su negación, como sucedió con el estudio de Pedro Laín Entralgo (1955) e incluso con las afirmaciones que en 1965 hiciera Díaz Plaja. De acuerdo con su parecer, y retomando ideas de una década propicia a sus polémicas, Díaz aseguraba que "el modernismo, como moda, ya pasó, mientras que el Noventa y Ocho, como problemática subsiste" (1965, 409). La de Díaz Plaja era una reacción a los interrogantes realizados hacia la época por varias voces que apuntaban a un hecho fundamental: esas visiones en que se erigían dos bandos, creaban falsas disyuntivas e imprecisiones en las listas y además perdían de vista el hecho de que tanto modernismo como 98 eran fenómenos característicos de una época de transformaciones sociales.

Aunque alimentaban el panorama general sobre el que se asentaban los estudios de la literatura entre 1970 y 1990, la discusión sobre el modernismo y el 98 quedó relegada a un segundo plano, invocada tal vez solo para recordar errores del pasado. Es probable que esa presencia diluida

de una refriega que en la mayoría de los casos había sido abanderada por la crítica española, obedeciera al agotamiento en la acumulación de los reparos o al cambio de perspectivas que se venía cosechando en América Latina.

Los senderos tomados fueron diferentes. Por ejemplo, la inclusión de posturas marxistas en el análisis del modernismo desde la intelectualidad latinoamericana acumulaba una historia que se remontaba especialmente al libro *Balance y liquidación del 900* (1941) de Luis Alberto Sánchez. En esta propuesta se condensaban los pruritos principales que, de acuerdo con José Aricó (1985), movilizaban el pensamiento marxista de América Latina<sup>13</sup>

Fueron algunos de estos puntales los que determinaron la visión de Luis Alberto Sánchez sobre el modernismo. Por un lado, el culto al individualismo (1941,16) y la ejecución de un "formalismo decadente" (1941, 21) impedía un compromiso con el pueblo por parte de los escritores modernistas a quienes de paso se les acusaba de colaborar con las oligarquías y, en general, con las élites gobernantes, en una actitud aristocrática que negaba la posibilidad de instalar democracias reales. Por el otro, el modernismo era un aliado del imperialismo y si daba muestras de oponerse a la cultura de Estados Unidos –como lo hicieron en algún momento Rubén Darío y José Enrique Rodó– era tan solo porque "lo yankee era lo grosero, lo material, lo inmediato" (Sánchez, 1941, 42) y no porque –como lo deseaban los marxistas– se criticara la explotación de los países.

Las antinomias del *Balance* siguen la misma línea de acción de un marxismo ortodoxo: el carácter evasivo del modernismo que revelaba la floritura formal se decantaba en posiciones idealistas y escépticas que negaban el realismo, este último sí permitía observar la lucha de los pueblos. Así mismo, la concentración de las figuras cimeras del modernismo en las ciudades, borraba la cultura de la vida campesina de la que se nutría el devenir social. Así las cosas, era necesario liquidar el modernismo, no solo

<sup>13</sup> Esos pruritos eran: "la idea... de la presencia en las naciones latinoamericanas de diferentes modos de producción que coexistían contradictoriamente... el conflicto con el imperialismo como el conflicto principal; la necesidad de un frente de clases; el objetivo de la creación de un Estado antiimperialista; la constitución política de las clases oprimidas; el reconocimiento de la debilidad congénita de las burguesías y la necesidad del capitalismo de Estado; la nacionalización de las tierras" (Aricó, 1985, 55).



por su esteticismo cómplice sino porque aun cuando los escritores habían asumido una postura ética, esta solo favorecía a las élites.

Estas premisas son recogidas por Juan Marinello en *Modernismo:* polémica y definición (1959). Aunque el mismo escritor cubano se encarga de desestimar su postura hacia una lucha de clases, las afirmaciones que realiza en este texto suelen delatar esa perspectiva. Retomando a Rodó, Marinello afirma que debido al regodeo en la forma, al intimismo y al aristocratismo modernista, dicho movimiento "capitaneado por Rubén Darío fue un fenómeno americano, aunque no en servicio de nuestros pueblos" (1959, 26).

La necesidad de recuperar a Martí como figura descollante del modernismo era para Marinello una exigencia ética enmarcada en su concepción de literatura como "expresión de la lucha social" (1959, 76). Bajo esta exigencia, el preciosismo modernista no era el mejor camino para encauzar la lucha por la reivindicación de los pueblos americanos que tenía en el imperialismo yankee el más acérrimo de sus enemigos. Marinello revitalizó la concepción de un modernismo anti-americanista (esto es, en contra de América Latina) porque negaba las aspiraciones de las clases emergentes, arrasaba con las culturas campesinas e indígenas y guardaba silencio frente a las exigencias norteamericanas. La corte de poetas que lideraba Rubén Darío era vista con malos ojos y sobre ellos recaían los mismos prejuicios que en el pasado había expuesto Luis Alberto Sánchez.

El periodo que preocupa en este trabajo –esto es, entre 1970 y 1990– tiene en Roberto Fernández Retamar y Françoise Perus a dos de los más importantes continuadores de la auscultación marxista sobre el modernismo. En ambos hay una escenificación del modernismo como el producto de la irrupción del capitalismo pero, como en Sánchez y Marinello, el signo de las evaluaciones sigue siendo negativo. Es especialmente Françoise Perus –que dedica sus análisis al modernismo en general y a Rubén Darío en particular–quien mejor expresa los trazos de este matiz.



En su libro *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo* (1976), Perus se concentra en las cuestiones de método, acentúa en la ilación no mecánica entre la base y la superestructura, y en el énfasis en la lucha de clases. Pese a que Perus insiste en que no se podía juzgar a Rubén

Darío y su grupo por sus contenidos políticos, al mismo tiempo asevera que no era factible interpretar su accionar prescindiendo de su condición de clase y, consecuentemente, del papel que habían jugado en la lucha por la emancipación de los pobres. Algunas de las conclusiones a las que llega la crítica es que los modernistas tuvieron una falsa reacción contra el cosmos regido por el dinero y que la hostilidad de los artistas no era un síntoma de evasión sino el camino natural de los cortesanos venidos a menos que soñaban con paraísos artificiales, en donde su espíritu aristocrático pudiera ser reconocido.

El libro de Perus daba continuidad a las exégesis marxistas puestas en marcha desde 1941 por Luis Alberto Sánchez, con la gran diferencia de que, en un continente afectado por la Revolución Cubana, aquellas gozaban de una mayor cantidad de público. En estas propuestas existe el riesgo de la descalificación del modernismo en general, lo que fue, de alguna manera, un reactivo para otras visiones que, entre 1970 y 1990, imbricaron el modernismo con la Modernidad.

#### 2.1. El modernismo como época

Con su visión sobre el modernismo como "la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu" (1955, 76), Federico de Onís abrió una senda en la que el modernismo era complemento del espíritu de una época. Desde ese momento, aquellos que insistían en observar el modernismo como un movimiento entregado exclusivamente a la forma y sin ninguna repercusión ética, o aquellos que le imputaban ser aliado de las oligarquías, compartían tinglado con quienes iban más allá de esa concentración en los análisis del metro o de la lucha de clases.

Ubicar el modernismo como hijo de una época implicaba una apertura del rango de visión y consecuentemente un enfrentamiento con estructuras histórico-sociales que quisieron ser pensadas desde diferentes ángulos. Como era de esperarse, ante la expansión del objeto, una plétora de características pobló los estudios sobre el fenómeno: individualismo, cosmopolitismo, exotismo, originalidad, erotismo, misticismo, aristocratismo, irracionalismo, se incorporaron a esta lista. Todas ellas daban cuenta de lo que Iván Schulman y Evelyn Picón-



Gardfield nombraban, hacia 1984, como "una estética de facetas múltiples y contradictorias" (23) que, desperdigadas por el orbe intelectual, labraban la idea de una indefinición del movimiento.

Si bien no resolvieron del todo el inconveniente de la dispersión, entre 1970 y 1990 los estudios literarios latinoamericanos buscaron fórmulas que pudieran dar cuenta del modernismo como un fenómeno estético de la mano de desarrollos histórico-sociales en diálogo con la Modernidad europea. Su propósito no solo era una reacción frente al callejón que dejaban los análisis formales o incluso los acercamientos de quienes insistían en la disputa entre modernismo y 98, sino también un intento de comprensión del modernismo lejos de la ortodoxia marxista. Por esta razón, las perspectivas estuvieron animadas por el intercambio con el pensamiento europeo y norteamericano y suscitaron nuevas hipótesis. Las voces de Ángel Rama, Octavio Paz, Iván Schulman y Rafael Gutiérrez estuvieron en la vanguardia de la crítica y, en algunos casos, sus aportes llegan hasta nuestros días.

Uno de los asuntos que adquirió grosor hacia la época fue el del artista en medio de la sociedad burguesa moderna. A él ya se había acercado Iván Schulman en 1966 (85) con el objetivo de desmontar la idea del escritor modernista como prototipo de un individuo evasivo, al que solo le fascinaba el regodeo en las formas, pero fue Ángel Rama quien ubicó la discusión dentro de un enfoque socio-histórico.

Recurriendo a Pedro Henríquez Ureña, quien en 1949 se había referido con lucidez al modernismo, Rama circunscribe el "subjetivismo económico, la división del trabajo, la racionalidad de la producción, la concepción de objeto económico y las leyes de circulación del mercado" (1970, 24) dentro del proceso de universalización capitalista, al que se veía expuesto América Latina desde 1880. Para Rama, la apreciación sobre el poeta modernista no podía estar desligada de una transformación en el sistema de valores por vía de la burguesía.



Lo fundamental era el problema de la división del trabajo y sus efectos sobre la creación artística. Dado que el capitalismo funcionaba con un espíritu analítico en el que imperaba la producción de dinero, la creación artística fue confinada a un segundo plano, apreciada, en el mejor de

los casos, como un objeto suntuoso, de pobre valor efectivo. Era en esos pliegues de una situación económica y social nueva, dominada por el ansia del dinero y no por el deleite en las cuestiones del pensamiento y la belleza, en donde Rama apreciaba la mutua hostilidad entre el artista y su sociedad, y de paso daba explicación a comportamientos como la bohemia y el llamado decadentismo, a la luz de una conducta retadora de los escritores frente a los valores de una burguesía arrolladora. El evasionismo con el que tanto se había despotricado de los poetas modernistas mutaba, desde esta consideración, en un ademán beligerante que, aunque no se refería a los dolores del pueblo, intentaba dar explicación a una situación en la que navegaba América Latina desde finales del siglo XIX.

Pensar y expresar el problema del artista en épocas difíciles para su profesión se convirtió en "el tema por antonomasia" (Rama, 1970, 62) del modernismo. Desde aquí Rama abrió una brecha que especialmente llevará Gutiérrez hasta sus profundas consecuencias y en la que la situación del artista y sus reacciones frente al cambio son fundamentales para el entendimiento de la literatura moderna.

Desde otro frente, Octavio Paz también amplió el espectro reflexivo sobre el modernismo en su libro Los hijos del limo (1974). Su magisterio se sintió no tanto en el tema del artista sino en la consideración del arte modernista como propiciador de la crítica. Asumiendo un ángulo que dialogaba con la filosofía y la literatura europeas, Octavio Paz se refería al ejercicio crítico como uno de los puntales del modernismo. Tal ejercicio no sólo era el normal resultado del espíritu de los tiempos, del cual la literatura no se podía desligar, sino que traía como consecuencia la constante interrogación sobre la época misma, sobre el ser de la literatura, sus formas y sus contenidos. Paz daba ingreso en América Latina a uno de los problemas centrales de la Modernidad en Europa, en que la razón instrumental se imponía y espetaba al poeta a una reacción. El impacto que tuvieron las propuestas de Octavio Paz fue evidente luego de 1974 y se fortaleció su alusión a la crítica como el arma con que los escritores modernistas hacían frente a una importancia perdida.

Como una derivación insoslayable, la centralidad de la crítica en el modernismo iba aparejada a una explicación sobre las transformaciones de la literatura. Aunque Paz parece recurrir más a explicaciones míticas



y no histórico-sociales o filosóficas –como cuando afirma que "el culto a lo nuevo aparece de manera cíclica" (1974, 17)–, la lógica de la "tradición de la ruptura" está atada a la interrogación sobre los procedimientos literarios. Para Paz, la explicación del advenimiento de múltiples corrientes literarias que se superponían es concomitante con la época moderna y su fundamento: el cambio (1974, 34). El modernismo era el primer gran paso en la construcción de una literatura en constante devenir, en la que ya no se miraba hacia el tiempo perfecto del cristianismo, "la eternidad" (1974, 28), sino hacia un futuro de variadas posibilidades, de un sinfín de senderos que se bifurcaban, para decirlo en palabras de Jorge Luis Borges.

Uno de esos senderos, en especial en términos temáticos, fue la emergencia del erotismo. En este caso, desde 1971 Jean Franco recordaba que en los modernistas se hallaba una sexualidad cargada de ambigüedad (48) y un diálogo íntimo entre sensualidad y religión (52). Pese a que no llevó su acercamiento a un plano en el que se fundamentaran mejor las causas "extra-literarias" (15), como lo advertía en la introducción del libro *La cultura moderna en América Latina*, llamaba la atención sobre el posible talante díscolo de los escritores modernistas, por vía de una actitud profana.

Algunos textos de Rubén Darío y Ramón López Velarde pudieron haber sido motivadores de estas disquisiciones a las que ya se habían acercado, con un tono más bien descriptivo, Ricardo Gullón (1963) y Rafael Ferreres (1971a). Sorprendía en los modernistas el trabajo sensual del lenguaje y la exposición refinada de las relaciones sexuales, desligados de los principios cristianos y de la doble moral burguesa que se escandalizaba en público por el placer que disfrutaba en privado. Por esta razón, en ciertos lectores de épocas anteriores a este estudio, el modernismo era considerado como inmoral, un movimiento en el que no se respetaba la pureza religiosa, entregado a sugerencias formales y carnales.

Fue Ángel Rama quien en *Las máscaras democráticas del modernismo* de 1985 dio un paso más allá en la comprensión del erotismo modernista. De acuerdo con su apreciación, el tema del erotismo en los escritores finiseculares daba cuenta de la insatisfacción frente a los silencios promulgados por la iglesia católica (1985, 96). Con esta apreciación, Rama comprendía que el caudal axiológico y hasta político de los poetas

modernistas tenía extensiones que involucraban la fe de los pueblos de América Latina. En otras palabras, el crítico uruguayo advertía que el diálogo con la Modernidad europea no solo se daba por vía de una exploración del papel del poeta en la sociedad burguesa y en el ejercicio de la razón crítica, sino también poniendo en entredicho los principios de la religión católica.

Esta suerte de liberación de las amarras del cuerpo era retadora: en la estética de Rubén Darío y sus seguidores, había un "reconocimiento del derecho erótico de la mujer" y la "sustitución de la 'vestal intacta' por la 'faunesca antigua'" (Rama, 1985, 98). La liberación erótica permitía la emergencia de la mujer fatal pero también ponía en primer plano a escritoras como Delmira Agustini. Lejos del sexismo chato promulgado por Guillermo Díaz Plaja (para quien lo femíneo era sinónimo de sentimentalidad y casi de estupidez), la apreciación de Rama sobre el tema del erotismo en general y de la mujer en particular comprendía estos dos universos como un intento de transformación de los valores religiosos que con el advenimiento de la Modernidad comenzaban a perder fuerza.

Los motivos aquí estudiados constituyeron, entre 1970 y 1990, el preámbulo de los juicios sobre el modernismo con base en una consideración epocal del fenómeno, como había sido sugerida desde Federico de Onís: el papel del artista en la sociedad burguesa, la crítica y sus injerencias en el cambio de la tradición literaria, el erotismo, daban cuenta de una decantación de los temas bajo la égida de nuevas perspectivas.

Listas agotadoras como las presentadas por Edmundo García en 1955, en las que el modernismo se desperdigaba en cosmopolitismo, exotismo, individualismo, esteticismo, pesimismo, escepticismo, amoralismo, aislamiento, melancolía, (a las que se podía sumar las que en 1942 había implementado Manuel Díaz: el culto a la naturaleza y el misticismo (Díaz, 1971)) fueron exploradas buscando un mayor sentido de unidad, lo cual no quiere decir que entre 1970 y 1990 no hubiera estudiosos que se perdieran en los laberintos de las clasificaciones.

A eso se le debe adicionar que, si bien algunas características pasaron a un segundo plano (el aislamiento y la melancolía, por ejemplo) debido a la imposibilidad de ponerlas en un universo teórico que diera cuenta de ellas o a que no expresaban las particularidades del modernismo, trataron



de ser reemplazadas desde nuevas categorías, que por lo regular obedecían a la terminología que la ciencia contemporánea iba creando. Se percibe en especial en Iván Schulman y Evelyn Picón, en su visita a David Lodge (Picón,1983, 27), a Umberto Eco con el concepto de obra abierta (Picón, 1983, 67), a Roland Barthes y su propuesta de "intermitencia seductora" del texto (Picón, 1983, 74), a Matei Callinescu y su distinción entre Modernidad social y Modernidad literaria (Schulman, 1966, 15)<sup>14</sup>.

Lo más importante del estudio sobre el modernismo luego de 1970 es no solo el intento de agrupamiento de las materias a tratar, sino la apertura al discernimiento sobre la Modernidad literaria en América Latina, que luego se acentuará con el crecimiento del llamado *boom* de la literatura del continente. Esa apertura –que logró huir de las tendencias formales, de la disputa entre modernismo y 98, y del marxismo ortodoxo– ha mantenido viva esa discusión de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

# 3. Aportes de Gutiérrez a los estudios literarios latinoamericanos en la interpretación del modernismo entre 1970 y 1990

Desde 1975, en el artículo "Antonio Machado 1875-1975", se hace visible la inconformidad de Gutiérrez frente a los repertorios teóricos, críticos e históricos, gravitantes hacia la fecha en los estudios literarios latinoamericanos sobre el modernismo. Basado en esa inconformidad y en la acumulación de un saber que abrevaba en la filosofía, la sociología y por supuesto en las investigaciones literarias, construirá su propuesta alrededor del fenómeno estético-social iniciado hacia finales del siglo XIX en América

<sup>14</sup> Tal vez en el caso de Iván Schulman se nota un mayor deseo de interpretar el modernismo desde categorías muy actuales. En 2002, sus acercamientos al modernismo apuntan a observarlo como un fenómeno de descolonización, y a su vez como "un arco de continuidad engendrado por el poscolonialismo" (14). En su afán por definir el modernismo desde una perspectiva posmoderna (15) y de encontrar su vigencia en nuestros días, desconoce lo realizado en décadas anteriores por los estudios literarios latinoamericanos (28), puebla sus textos con términos al uso (otredad, renegociar, reimaginar (30-31), deconstruir, contrahegemónicas, neocolonizado) y llega a exégesis arriesgadas como, por ejemplo, la que ubica a Rodó y Martí como precursores de la posmodernidad (20-21).



Latina. Sus señalamientos son reiterativos –esa suerte de insistencias con la que pretendía afectar a la intelectualidad latinoamericana– y se desperdigan en ensayos de los años entre 1970 y 1990.

Una de las perspectivas de abordaje al modernismo más criticadas por nuestro ensayista fue, sin lugar a dudas, la realizada en las décadas de 1950 y 1960 por un sector de la academia española, especialmente por Guillermo Díaz Plaja y Pedro Salinas. En ellos encontrará la fuente de maniqueísmos que harán carrera en varios estudiosos, así como hipótesis "disparatadas" (Gutiérrez, 1975b, 90) que desviarán la verdadera polémica. Con cierta pugnacidad, asegura que en ambos españoles hay un intento de revitalización de la superioridad peninsular perdida, en el caso de Díaz Plaja como promoción de la propaganda franquista (1983c).

Así mismo, considera científicamente falsa la teoría de los dos espíritus –el femíneo para el modernismo, el masculino para el 98–, que traducía, de igual forma, una posición política en la que se menospreciaba el aporte latinoamericano (1981a), (1986), (1983c). A estas dos proposiciones fallidas sumaba su interrogación frente a la sostenibilidad de la teoría de las generaciones, abanderada por José Ortega y Gasset para los países de lengua española (1983c).

Probablemente como ningún otro investigador de la literatura latinoamericana hacia el periodo estudiado, Gutiérrez haya reiterado con tanta asiduidad su recelo frente a visiones que ponían en disputa a América y España. Esa prevención se comprende si se le observa a la luz de su interrogación al pensamiento español, surgida en él luego de sus estudios de la filosofía alemana en 1953. Veía en la tradición de intelectuales de la península una suerte de posición premoderna que impedía la absorción de los contrarios en cualquier acercamiento a los fenómenos humanos. Como herencia letal, eran ese tipo de actitudes de algunos críticos literarios españoles, ancladas en perspectivas dogmáticas, similares a las que padecía un sector de los estudios literarios latinoamericanos bajo la mampara del marxismo, cuando observaban el modernismo.

En este sentido, no ocultó su disconformidad con las tesis de Juan Marinello sobre el anti-americanismo de Darío y la esencia popular de Martí (1986). En esa misma línea, atacaba a Françoise Perus, a quien con



tono pendenciero llamó en 1989 "la revolucionaria Madama Francisca de Perus" y para quien "todo lo no marxista leninista, abreviado catequísticamente, es científicamente falso y moralmente reprobable" (Gutiérrez, 1989, 24).

El habitual sarcasmo de su prosa no puede ocultar que su pretensión era poner en tela de juicio los avances hechos desde lo que él denominaba un "marxismo abreviado" (Gutiérrez, 1989, 15), salpicados por un rígido esquema de la lucha de clases. Tanto Marinello como Perus habían agotado esta vía en su apreciación del modernismo. En ellos, los escritores que no expresaran los dolores del pueblo y aparecieran como los aliados de las clases dominantes eran juzgados por ir en contravía del proyecto de la Magna Patria o entregados al patíbulo de la Revolución Cubana.

Estos enfoques fueron los más criticados por el polemista estudiado, aunque con el mismo tono también apuntó a la esterilidad de las clasificaciones de los modernismos de acuerdo con su ubicación geográfica, la obsesión por hallar fundadores (en una clara interrogación frente al proceder de Manuel Pedro González (1974)) y los devaneos filológicos que no sobrepasaban los análisis formales (Gutiérrez, 1981a). Ellos habían trazado caminos erráticos que revelaban complejos de superioridad y una velada xenofobia, la asimilación de corrientes de pensamiento orientadas más hacia la lucha política que hacia la evaluación estética, o la negación del examen del modernismo más allá de la inmanencia de las obras.

El aporte de Gutiérrez, con el cual se desmarcó de sus contemporáneos, se centró en una cuestión epistemológica y metodológica: para él, el modernismo se debía comprender en el marco de un proceso históricosocial, el de la Modernidad, que había afectado el mundo entero y que tenía como sujeto principal a la burguesía y sus valores. Si bien Ángel Rama se acercó a esta experiencia en su libro de 1970, Gutiérrez profundizó el hecho de que en tanto existían homologías entre los problemas que planteó la Modernidad en Europa e Hispanoamérica, habría que ubicar el modernismo en el radar de occidente.

Era imperativo recuperar miradas hechas por los filósofos y sociólogos europeos, en un diálogo que partiera de una asimilación crítica que convocaba las voces de, entre otros, Schlegel, Nietzsche, Heidegger, Weber y

Marx. Por esta vía, no solo invitó a dar un carácter universal a un fenómeno latinoamericano, sino que trató de dar un sentido de unidad a la reflexión sobre el modernismo que en algunos casos se desgastó en la descripción de múltiples categorías sobre las cuales no se identificaba un tronco común.

Su punto de partida fue el encuentro de un hilo conductor entre algunas tesis de Hegel y de Marx alrededor del capitalismo y la Modernidad. Estos últimos fenómenos fueron aupados por la sociedad burguesa que Hegel llamó era prosaica y que tenía como efecto el fin del arte (1976a, 335). En libros como la *Filosofía del derecho, Estética* o las *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, Hegel pretendió, entre otras cosas, pensar la sociedad nacida al calor de la reforma protestante y la Revolución Francesa. Era la sociedad burguesa, que propalaba nuevos valores, entre los que se hallaban el afán de lucro y de enriquecimiento, el egoísmo y la mezquindad, la división del trabajo y la especialización de las disciplinas, la consideración del ser humano no como un fin sino como un medio, la confianza en la razón como facultad que podría emancipar a la civilización.

Centrado en la inversión de Hegel, Marx había apuntalado un contenido más al fenómeno del capitalismo burgués, que en "Problemas de una historia social del modernismo" (1981a) Gutiérrez recoge para sustentar sus argumentos: el de la unificación del mundo. En esta vía, la apreciación heterodoxa realizada sobre el *Manifiesto comunista* (1848) pretende alejarse del dogma marxista de la época, contra el que se mantuvo en combate.

Por eso desdeña todo lo que en el *Manifiesto comunista* Marx y Engels dilucidan sobre la lucha de clases o la formación del proletariado, y en lugar de ello focaliza en la universalización, planteada por los pensadores alemanes de la siguiente forma: "en lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas" (Marx, Engels, 2007, 159-160) [1848]<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Con su habitual penetración para encontrar puentes intelectuales, Gutiérrez introduce a Eric Hobsbawn como el pensador que dio mayor forma a estas suscitaciones del *Manifiesto*, en especial en su libro *La era del capital* (2010). Gutiérrez engloba la propuesta de Hobsbawn alrededor de la "unificación del mundo": este último comprende la universalización de la producción material e intelectual, concretada en fenómenos como la industria, los viajes, las comunicaciones, la



Con estas ideas, las tesis del fin del arte de Hegel eran susceptibles de ser retomadas para Hispanoamérica, que hacia finales del siglo XIX sentía los rigores del fortalecimiento del capitalismo. Como los procesos en Europa e Hispanoamérica eran similares, las réplicas también podrían serlo, con la condición de que no se plantearan calcos desproporcionados que violentaran las realidades latinoamericanas.

La Modernidad en América Latina constituía así una totalidad y una realidad, de la que no se podía escapar con planteamientos que clamaban por su descolonización e independencia y que en los casos más extremos observaban el modernismo como una técnica foránea. Por el contrario, el modernismo no era un movimiento que enarbolaba las armas del colonizador (es decir, no era sensato tildarlo de afrancesado), ni tampoco un emisario del imperialismo, sino el primer intento de Hispanoamérica para ponerse al día frente a una problemática universal –el florecimiento de la mentalidad burguesa-, que en Europa se venía presentando con unas décadas de anticipación.

En ese sentido, fue el entendimiento de la situación del artista una de las mayores afinidades entre Gutiérrez y Ángel Rama, aunque el primero nunca se refirió específicamente a esas coincidencias. En el libro *Rubén Darío y el modernismo* (1970), el crítico uruguayo abrió una perspectiva que supuso un cambio en la valoración de los poetas hispanoamericanos finiseculares. Basado en los argumentos de Pedro Henríquez Ureña (1949) sobre la división del trabajo en la Modernidad, la especialización de las disciplinas y la pérdida de gravitación de las profesiones que no generaran dinero, el poeta "abandona... la multiplicidad de funciones que justificaban y explicaban, más allá de la excelencia artística posible de sus obras, su lugar en la vida social y su papel histórico dentro de una determinada comunidad tradicional" (Rama, 1970, 45).

Rama vislumbra el fenómeno de marginación del poeta modernista como consecuencia de la universalización del capitalismo y su sistema de valores: sus comportamientos excéntricos, algunos cuentos en clave simbólica e incluso su refinamiento en el lenguaje, eran síntomas de rebeldía ante una sociedad que no necesitaba de la inteligencia creadora.



Así mismo, concepciones como la religión del arte a la que fueron proclives, eran signos de la redefinición de las funciones de la literatura que la burguesía pedía implícitamente (1970, 46).

Las similitudes con Ángel Rama en este caso son apabullantes y se podría decir que hay una deuda grande de Gutiérrez para con el intelectual uruguayo. Sin embargo, las diferencias también son apreciables, en especial en cuestiones de perspectiva: ambas asignan un peso importante a las interpretaciones histórico-sociales pero los marcos en los que se mueven son diferentes.

Sin los pruritos frente al pensamiento europeo –que, desde una adhesión a las teorías de la dependencia afectaron tangencialmente a Rama-, Gutiérrez no solo ubicaba el modernismo integrado a un proceso ecuménico, sino que acudía con decisión a categorías emanadas de la ciencia europea para comprender la marginación del artista. En este sentido, la propuesta hegeliana sobre el fin del arte (comprendido no como el fin del periodo artístico, sino como el fin de una manera de concebir la literatura) y sus consecuencias, así como el intento de recuperación de una mitología de la razón a través del arte, encuadraban el modernismo en otros niveles. De alguna manera, y sin menospreciar lo hecho por Rama, la penetración del ensayista colombiano en el tema del arte y el artista en la era de la prosa pretendía introducir el diálogo abierto y crítico con el pensamiento europeo y de esta forma continuar la tradición de Bello, Martí, Henríquez Ureña o Reyes, entre otros.

A eso se debe sumar que Gutiérrez explicitó tal vez con mayor detalle las formas como fue tratado el artista en el modernismo hispanoamericano y recabó con intensidad en que una de las respuestas de los escritores fue la reflexión sobre su propia labor. Así, y como se ampliará en líneas posteriores, el análisis del arte en medio de la era de la prosa erigió como exigencia fundamental para el escritor una formación lo suficientemente amplia como para interrogar críticamente su propio lenguaje y su sociedad.

En este caso hay un acercamiento a Octavio Paz y sus continuadores (Yurkievich, 1976, 48) (Schulman y Picón-Gardfield, 1983, 26) (Roggiano, 1987, 49), en tanto la crítica era uno de los asuntos axiales en la propuesta del ensayista y poeta mejicano, con quien, como es sabido por los



especialistas, Gutiérrez mantuvo profundas diferencias. Pero es grande la distancia frente a la explicación del modernismo hecha por Octavio Paz en *Los hijos del limo* de 1974, en especial con la cuestión de la crítica.

Pese a que Paz recurre tímidamente a Friederich Schlegel (Paz, 1974, 65), su concepción de crítica se enraíza más en el romanticismo francés que en el alemán, y hace énfasis en categorías que lo llevan a comprender la "tradición de la ruptura" de los modernistas como un ejercicio en el que imperan "la imaginación y la sensibilidad" (Paz, 1974, 128). El ensayista mejicano planteó una homología entre los románticos europeos y los modernistas hispanoamericanos (1974, 126), pero esa reacción a la razón práctica lo lleva a desdeñar la razón crítica y a ponerlo todo en planos sobrenaturales.

Su particular comprensión de la ironía como "gusto por lo sacrílego y la blasfemia, amor por lo extraño y lo grotesco, alianza entre lo cotidiano y lo sobrenatural" (1974, 65), el hecho de que la visión analógica –la otra cara del arte moderno junto con la ironía– se decante en el ocultismo (1974,128), son signos de que Paz pensaba más en que la reacción de la Modernidad se fundaba en características casi irracionales que en la crítica desde el pensamiento. Este hecho no le permitió llevar hasta las últimas consecuencias la exigencia que tenía el poeta moderno en medio de la sociedad capitalista, esto es, la constante reflexión.

En este sentido, si bien Gutiérrez entendió el ademán del artista en la era de la prosa como un "gesto romántico" (1983a, 59), no era el romanticismo francés al que acudía, sino al primer romanticismo alemán, liderado por Friedrich Schlegel. En Schlegel, la íntima unión entre poesía y filosofía, entre creación y crítica –condensada en su concepción de "poesía universal progresiva" del fragmento 116 (Schlegel, 2009, 81)–, era el camino que quedaba a algunas esferas de la cultura en una época regida por las inclinaciones egoístas, en donde el arte, la filosofía y la religión eran desplazados a un segundo plano, así como una exigencia para todo creador moderno.

Aquí radica una de las grandes diferencias y -por qué no decirloaportes del ensayista nacional a la indagación del modernismo: en su seno se funda no solo la visión de la marginalidad del poeta -que había sido encarada, desde diferentes perspectivas, por Ángel Rama (1970), Octavio Paz (1974), Iván Schulman (1966 y 1987), Françoise Perus (1976) – sino que se fortalece la idea de que el "poeta doctus" es la figura literaria por antonomasia de la Modernidad. El modernismo fue el primer momento en el proceso de consolidación de ese tipo de poeta, cuya arma principal es la reflexión crítica, más que las actitudes provenientes de la irracionalidad.

Con estos presupuestos, circunscribía a una tradición moderna a grandes ensayistas finiseculares como José Martí y Manuel González Prada, a poetas y narradores como Rubén Darío y Antonio Machado, y se enfrentaba a algunos hitos de comienzos del siglo XX en los que no encontraba esa disposición a la reflexión y sí al sentimentalismo o al efectismo político (como Gabriela Mistral o Pablo Neruda). Ni la lucidez de Rama o las propuestas de Octavio Paz –dos de las voces más importantes en el periodo entre 1970 y 1990 en los estudios literarios latinoamericanos sobre el modernismo–, ni algunos de quienes dialogaron con ellos (Yurkievich, (1976), Roggiano (1987), Bella (1987)), defendieron el modernismo como un momento en la vivencia hispanoamericana en la que se consolida la imagen del "poeta doctus", como lo hizo Gutiérrez.

Sus compañeros intelectuales de la época tampoco asumieron el problema del cambio en la literatura como lo pensó el profesor colombiano. El modelo que tuvo mayor preponderancia, pero en un sentido diferente al formulado por el intelectual estudiado en este libro, fue el que Octavio Paz englobó bajo la etiqueta de la "tradición de la ruptura" y del cual se sirvieron algunos estudiosos como Iván Schulman, Evelyn Picón-Gardfield (1983) y Alfredo Roggiano (1987). Aunque Paz hace énfasis en que "la época moderna es la primera que exalta el cambio" (1974, 34), sus explicaciones no asumen perspectivas histórico-sociales, y se centran casi en una concepción arquetípica de las revoluciones.

A la ambigüedad de la frase "en la historia de la poesía de Occidente el culto a lo nuevo, el amor por las novedades, aparece con una regularidad que no me atrevo a llamar cíclica, pero que tampoco es casual" (Paz, 1974, 17), suma el crítico mejicano elucubraciones que rozan el esquematismo, como las que indican que el tiempo cristiano es la eternidad y el moderno es el futuro transformable (28), o que "la historia de las revoluciones



poéticas de la edad moderna ha sido el diálogo entre analogía e ironía" (1974, 208).

En este último caso, Paz retoma el concepto de ironía como manifestación que pone en entredicho cualquier posibilidad de armonía y gusta de la contradicción constante, mientras la analogía concibe la vida como ritmo en el que todo se corresponde (1974, 95). Así, mientras que la primera fractura las convicciones del ser humano y da cuenta de una unidad perdida, la segunda religa sus inquietudes, es la "ciencia de las correspondencias" (1974, 107), que vuelve habitable nuestra morada.

En contraposición a este diseño, Gutiérrez consideraba que el cambio en el proceso de la literatura, especialmente desde el modernismo, se debía ubicar más en un contexto histórico en el que, con la racionalización de las relaciones sociales, la división del trabajo y la escisión, el arte queda descolocado y ya no puede expresar las ideas más altas de la humanidad, tal como sucedía con los griegos.

En medio de la prosa del mundo, el arte "pierde su función de expresar los 'más altos menesteres del espíritu' y queda libre de seguir perfeccionándose y avanzando" (1970, 183). Retomando la ambigüedad de la palabra fin, su interpretación implica una finalidad singular, en la que, a diferencia de la estética clásica, la literatura moderna vive momentos de transformación constante. En consecuencia, el cambio era ubicable en una ruptura de época y de mentalidades, no en etéreos conceptos de ironía y alegoría 16.

El modernismo es, para Hispanoamérica, ese momento inicial en el que se introduce la noción de cambio fundada en una situación histórico-social concreta (la revuelta de valores de toda la sociedad occidental). Los diferentes "ismos" no se podían entender como escuelas

<sup>16</sup> En este sentido, la interpretación de la ironía como la expuso Friedrich Schlegel, refuerza el proceso de cambio que sufre el arte ante la consolidación de la era de la prosa. Para Gutiérrez, la ironía no era, como lo planteó Octavio Paz, un "gusto por lo sacrílego y la blasfemia, (el) amor por lo extraño y lo grotesco, (la) alianza entre lo cotidiano y lo sobrenatural" (1974, 65), sino la experiencia del devenir a la que se exponía la literatura en una época en la que la sujeción a las normas y la armonía en general había declinado. La ironía era una forma de "nihilismo especulativo" con la que el ser humano juega con las ideas en un mundo en el que se han derrumbado todas las certezas. Ese juego le da dinámica al pensamiento y la creación literaria, esto es, lo provee de una "eterna agilidad".



aisladas sino como pertenecientes a una totalidad que se constituían en contestaciones a la Modernidad, y polemizaban a la vez con las respuestas que se habían dado.

A la situación del artista y la noción de cambio se suma la polémica alrededor del distanciamiento con el catolicismo en el modernismo, lo cual se decanta en la exposición del erotismo. Como ya se ha indicado en este texto, fue Ángel Rama quien ubicó la emergencia de un sensualismo religioso en la literatura hispanoamericana de fin del siglo XIX y comienzos del XX, como una liberación de los silencios frente al cuerpo, que había impuesto la religión católica.

En esa misma estela, Gutiérrez retoma el concepto de secularización. En Hispanoamérica, habían experimentado la secularización, entre otros, escritores como Rubén Darío, José Enrique Rodó, Ramón López Velarde, pero también César Vallejo y Jorge Luis Borges. A través de ellos se derruían los principios de la religión católica que con la Contrarreforma permanecían firmes en todos los países de lengua española.

Con el concepto de secularización, el investigador colombiano articulaba el erotismo modernista al proceso mundial, y a la vez recordaba las insuficiencias de los estudios alrededor de un aspecto que para él era de suma importancia: la vigencia o pérdida de validez de los principios de la iglesia católica en América Latina. En esa ruta, observó el fenómeno con lente singular: vislumbró el problema de la secularización como otra forma del nihilismo, y a la expresión poética como resolución a un estado de la humanidad definido por la paulatina ingravidez de las ideas que habían determinado el rumbo de la civilización occidental hacia el siglo XIX.

Era en el modernismo donde se había iniciado en firme la secularización, con la consecuente emergencia de la concepción de la religión del arte, que no significaba una marcha eufórica, en el sentido de una resolución a los problemas de la humanidad (y que Paz englobó bajo la categoría de la analogía), sino que comprendía la literatura como el espacio en el que, como lo había expresado Jorge Luis Borges, las ideas de la religión y la filosofía debían ser tratadas como ficción, un tentador Aleph en donde se jugaba a plantear esquemas temporales de entendimiento de la humanidad.



Con lo dicho, se debe reiterar los que pueden llegar a ser los grandes aportes del repertorio de Gutiérrez alrededor del modernismo: por un lado, la exigencia de ubicar el problema en un marco histórico social amplio, que conectara la aventura hispanoamericana con la europea. En tanto esa conexión afectaba también la perspectiva, asimiló críticamente el pensamiento devenido del antiguo continente –especialmente el alemánque abordó las consecuencias del cambio de valores propiciado por la coronación de la burguesía. Los diálogos con Hegel, Marx, Schlegel, Weber, Nietzsche, entre otros, no son muestras de un envanecimiento vacuo sino de su decisión por establecer un intercambio digno de las exigencias hegelianas a las que él fue afecto, esto es, a una concepción de ciencia que involucrara la teoría rigurosa, la nitidez conceptual, la inteligibilidad y la coherencia (1982a, 16).

En ese acercamiento, no pretendió violentar las realidades de América Latina pero tampoco aislar su comprensión desconectándola de lo construido en Europa. Su propósito era un reto porque en las décadas entre 1970 y 1990 los pruritos sobre la originalidad e independencia del continente parecían indicar que la descolonización solo se conseguía con la negación del pensamiento occidental y la construcción de teorías propias.

De igual manera, Gutiérrez logró darle orden a la dispersión que imperaba en los estudios literarios sobre el modernismo. Sin arruinar la natural abundancia de una época y una corriente ricas en significaciones, concentró sus argumentos (en especial en la forma de los supuestos histórico-culturales) alrededor de un tronco común, esto es, el paso de la Antigüedad a la Modernidad. Sus aportes en este sentido van más allá de lo estrictamente literario y se ubican en el plano de un intento de explicación de la cultura latinoamericana desde la exploración del modernismo.



#### Capítulo 3

#### LA RECEPCIÓN DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA DEL SIGLO XX



## La ubicación de Rafael Gutiérrez Girardot en el contexto de la recepción

Para comprender la recepción de la literatura latinoamericana del siglo XX realizada por Gutiérrez entre las décadas de 1970 y 1990, es imprescindible encarar la imagen que tenía del continente y la perspectiva desde donde proponía estudiarlo. Por esta vía, no solo se puede recuperar con mayor fidelidad un pensamiento literario que, como el suyo, involucró diversas áreas, sino también avizorar las diferencias que estableció con sus pares académicos, en una época de disputas por la identidad de América Latina y el papel de la literatura y la crítica en la construcción continental.

Su punto de partida son las discusiones en torno al tema de América Latina en el siglo XX, susceptibles de leer en el ensayo sobre la obra de José Luis Romero. Pensando el horizonte en que se hallaba el intelectual argentino, Gutiérrez afirmaba que

la obra escrita por José Luis Romero se inició en una época en que el indigenismo, las influencias de Ortega y Gasset y las suscitaciones de Keysserling y Spengler, la renovación de los estudios filosóficos y diversas corrientes nacionalistas desataron de nuevo la reflexión sobre la identidad histórica y cultural de América y la situaron en el terreno de la interpretación supuestamente filosófica: es el segundo cuarto del siglo presente (1982b, 224).

Con esta circunscripción de Romero dentro del panorama intelectual hispanoamericano, define de igual manera el pasado sobre el que erigirá su propia voz. Los renglones frente a los que se distancia se pueden agrupar,



en términos generales, en dos grandes ámbitos: por un lado, el indigenismo que, de acuerdo con su parecer, recalaba en riesgosos telurismos, una tendencia que posteriormente criticará también en los realismos mágicos y maravillosos; por otro lado se encontraba la recepción de José Ortega y Gasset que había impulsado movimientos nacionalistas o un americanismo animado por su rechazo a los avances europeos. En este último caso, descubrir qué es América Latina en su originalidad, y además reducir el foco a la concreción de la argentinidad, la peruanidad, la colombianidad, etc., era una muestra del lastre de la controversia sobre la región y negaba el hecho de que, desde Marx y Engels en su *Manifiesto comunista* [1848], todas estas particularidades correspondían a un proceso mayúsculo: el de la integración.

Tanto el telurismo como los nacionalismos eran resultado de desaciertos en la perspectiva que, reunidos, sumaban una total confusión a la pregunta por el ser de América. Algunas de las argumentaciones dadas por intelectuales como José Luis Romero, desde un enfoque histórico-social que no se preocupaba por la originalidad latinoamericana como ruptura definitiva con Europa, fueron el modelo del ensayista colombiano, quien circunscribirá sus cogitaciones en el marco de una filosofía de la historia.

El panorama de la discusión sobre la literatura latinoamericana entre 1970 y 1990 tiene unos pliegues adicionales a los delineados para ese segundo cuarto del siglo XX. En primer lugar, y como lo afirma Michael Lowy, la Revolución Cubana imprimió una nueva vitalidad al marxismo en América Latina (1980, 19) y definió algunos derroteros políticos, ideológicos e incluso estéticos, soportados en ocasiones en posturas dogmáticas. La literatura y sus estudios no estuvieron exentos de esa influencia. Así mismo, la emergencia del llamado *boom* de la literatura latinoamericana concitó la atención de la crítica, deslumbrada por la vorágine de éxitos de las obras locales.

Frente a estos dos últimos fenómenos, Gutiérrez asumió una posición heterodoxa. Ante la consideración del marxismo como una estructura ideológica, una teoría sociopolítica o una doctrina económica, y en sintonía con lo ocurrido durante la década de 1960 (Guadarrama, 1997, 363), trató de rescatar el marxismo como filosofía. Ello implicaba establecer un puente entre Hegel y Marx –que tenía grandes antecedentes en libros

como El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista (1963) de Georg Lukács, y Marx y la filosofía (1971) de Karl Korsh– y desestabilizar así los imperativos marxistas que asumían un trámite causal entre la base y la superestructura. Así, se enfrentaba a tópicos defendidos por algunos intelectuales de la literatura de la época en torno a temas como el peso de la economía en la conciencia de los seres humanos, la lucha de clases, el anti-imperialismo y el anti-capitalismo.

En el caso del llamado *boom*, y como se ampliará posteriormente, se opuso no solo a la tendencia de algunos de los escritores y críticos a negar la historia de la literatura latinoamericana con base en el elogio desmedido de la nueva novela del continente, sino también, y pensando en el realismo mágico y el realismo maravilloso, a esa inclinación por lo telúrico e irracional que revitalizaba una significación de América como lugar exótico, casi estéril para los logros del entendimiento y más proclive a los hechos insólitos.

Con estos antecedentes, en la recepción de la literatura latinoamericana y su concomitante concepción de América Latina, se distingue en Gutiérrez la impronta de la filosofía de la historia hegeliana que aparece implícitamente hacia 1955 en el libro *La imagen de América en Alfonso Reyes*, pero que se robustece en la década de 1970. En este recogimiento crítico alrededor de las tesis de Hegel, nutrido con exámenes de la historia social latinoamericana –como los del propio José Luis Romero–, es importante observar, en primera instancia, las perspectivas que no retomó, por un convencimiento de tipo ético o científico.

#### 1.1. Las opciones de la filosofía de la historia puestas en tela de juicio

En este caso particular, Heidegger no fue afín con sus pretensiones, pese a que el pensador alemán abrigó problemas filosóficos alrededor de la historia. En el libro *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955) hay una referencia directa a las posibilidades de desarrollo de los axiomas heideggerianos, aunque Gutiérrez no superpuso allí la filosofía a la historia, sino que asumió la categoría de "imagen" para sustentar el



hecho de que en Reyes "la esencia de la imagen consiste en hacer ver algo" (1955a, 5) y recordar, consecuentemente, la penetración de la poesía en el descubrimiento de la verdad. Aun así, la asunción de la categoría "imagen" no implicó una adhesión irrestricta a Heidegger, lo que tal vez lo hubiera conducido a una dilucidación de lo que es América Latina en términos ontológicos.

Además del pensador alemán, en el panorama de sus preocupaciones también se encontraba el marxismo. Aunque Marx no había esbozado una filosofía de la historia como tal, la inversión que realiza sobre Hegel, en términos de anteponer el ser a la conciencia, había sido el inicio de una nueva observación sobre la marcha de la civilización. En este sentido, en Marx, era la actividad humana sensible la que determinaba el curso de los acontecimientos y no, como en Hegel, el movimiento del pensamiento que se pensaba a sí mismo y que consideraba que en ese ejercicio de la razón la humanidad se iba perfeccionando.

Como lo afirma Eduardo Vázquez, para la filosofía materialista derivada de Marx era inaceptable "la dialéctica... como automovimiento del pensamiento" (2013, 120), así como tampoco se admitía que existe un fin ya establecido para la humanidad, esto es, que el espíritu sea autoconsciente, que se haga cada día más libre de las condiciones materiales de la existencia y que se desenvuelva en el tiempo. Cimentado en estas premisas y negaciones, y teniendo en cuenta las diferentes etapas del marxismo en el continente (filosófica, política y luego económica) (Cruz, 1991, 117), se crearon unos particulares desarrollos de esta filosofía de la historia.

Recordemos algunos de ellos: en el marco del marxismo revolucionario, en América Latina se discutieron y se defendieron con denuedo las hipótesis sobre el etapismo<sup>17</sup>, se creyó en la lucha de clases como modelo de transformación, y se determinó que el capitalismo era aliado del imperialismo, dos fuerzas que llevaban a la dependencia y al subdesarrollo. Los sesgos a los que llevaron estas ideas en América Latina en el periodo entre 1970 y 1990 tienen varias aristas en el plano literario y cultural:

El etapismo comprendía la historia como la sucesión estricta de momentos imprescindibles ("comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo" (Massardo, 2010, 51)). Pero el hecho de que la marcha de la historia tuviera unas etapas definidas de antemano, era una franca negación del propio materialismo porque trazaba para aquella un fin establecido, y se retornaba al modelo hegeliano en que la historia se hacía con arreglo a fines.

el anti-intelectualismo (estudiado con profusión por Claudia Gilman (2003)), la explicación de los procesos literarios partiendo de mecánicas determinaciones económicas, y la condena a movimientos como el modernismo, por defender (así se entendía), con su asepsia esteticista, a las aristocracias y al poder extranjero.

La recusación de esta recepción del marxismo es llevada a cabo por Gutiérrez atendiendo básicamente a preguntas filosóficas. Según su apreciación, el problema fundamental era el de la experiencia, que en Hegel se podía resolver argumentando que ella "es lo que le acontece y lo que hace la conciencia para llegar a sí misma, es un camino" (1977a, 11). En Hegel, el espíritu se pensaba a sí mismo y en la superación de cada una de sus etapas se establecía una continuidad en busca de la perfectibilidad humana.

Pero una explicación de la experiencia no podía aprehenderse una vez se invertía el proceso hegeliano, tal como hizo Marx. Ni este último, ni sus epígonos, respondieron al interrogante sobre los mecanismos materiales mediante los cuales la humanidad pasa del ser a la conciencia o, en palabras de Eduardo Vázquez, no se podía "demostrar cómo lo infinito surge de lo finito, cómo los seres finitos, en su actividad, originan lo universal y cómo esto universal una vez surgido adquiere su autonomía" (2013, 128).

Sin resolver estos cuestionamientos, Gutiérrez consideraba que era imposible continuar en el camino del marxismo en términos de un proyecto común para América Latina y su literatura y, como sucedió con el modernismo, apelaba a una prosa combativa cada vez que se enfrentaba a las posiciones ortodoxas de la época. Con este panorama, se comprenden las invectivas contra Adolfo Sánchez Vázquez, Françoise Perus y Alejandro Losada, por ejemplo.

En ese camino por la filosofía de la historia, el ensayista colombiano también estudió a Walter Benjamin en la década de 1960 aunque fue selectivo en la escogencia de interrogantes delineados por el filósofo alemán. En su diálogo deja en claro su discordia con la posibilidad de asumir una filosofía de la historia que, con Benjamin, sirviera como motivación para encarar a América Latina. Así, en 1965 observaba que:



A diferencia de la dialéctica hegeliana, la de Benjamin no es el recorrido del camino de la experiencia o de un proceso, sino la provocación del abrupto contraste, en el que la cosa misma, independiente de la conciencia, adquiere su más definido perfil: el de la imagen, el de la alegoría o el de la idea, concebida monadológicamente (Gutiérrez, 1965c, 73).

El abrupto contraste y la ruptura intempestiva la vislumbró Benjamin en "Sobre el concepto de historia" (conocido también como "Tesis sobre la filosofía de la historia"), en el que afirmó, entre otras cosas, que "sólo como imagen que relampaguea en el instante de su cognoscibilidad para no ser vista ya más, puede el pretérito ser aferrado" (2009, 41). En Benjamin, la historia se poblaba de recuperaciones casi epifánicas del pasado, en un ejercicio que retaba la noción de continuidad cronológica, propia tanto de Marx como de Hegel.

Era precisamente esa figuración la que lo distanciaba de Gutiérrez, quien consideraba que América Latina debía ser concebida como un proceso cuyas etapas estaban definidas por grandes bloques que tenían continuidad y en los que había un esfuerzo por superar, con el entendimiento, los lastres de la lengua española que no estaba preparada para afrontar y provocar la duda y la crítica constante.

Para entender la "Magna Patria" era imprescindible conocer su inteligencia, sus nociones y sus diálogos, y de esta manera discernir cómo esa conciencia (encarnada en intelectuales como Reyes, Henríquez, González Prada, José Luis Romero) había sido revolucionaria, en el sentido de mostrar nuevas sendas al espíritu latinoamericano. Sin desacreditar su agudeza, Benjamin no permitía la reconstrucción de ese pasado hacia la perfectibilidad por vía de la exigencia del entendimiento.

La revisión de América Latina y su literatura suponía entonces distanciarse del matiz ontológico de Heidegger, polemizar con un marxismo que crecía en América Latina bajo el signo de lo político y de lo económico, y ponderar la posibilidad de una historia, no como espiral aleatoria, sino como un proceso de constante perfectibilidad. Leer lo que fue y lo que es en clave hegeliana –teniendo como fuente fundamental a la literatura– se presentaba como el camino más idóneo para lograr



la comprensión de la imagen de América, ejercer una crítica constante sobre sus etapas y modelos y, consecuentemente, mostrar caminos hacia la emancipación.

### 1.2. La filosofía de la historia de Hegel y la literatura latinoamericana

La recepción de Hegel por parte de Gutiérrez aparece entre 1955 y 1956, en el libro *La imagen de América en Alfonso Reyes* y en el artículo "Nota sobre Hegel", y se desplegará durante toda su trayectoria intelectual. El filósofo alemán motivó discusiones sobre la sociología de la literatura y temas derivados, como los del fin del arte y el problema de la periodización, así como la noción de literatura como engaño en el que brilla la verdad, que tendrá continuidad en Nietzsche y Heidegger.

A esas deudas, se suma la afinidad de Gutiérrez con los postulados de la filosofía de la historia hegeliana. En primer lugar porque en Hegel la historia es un proceso que lleva a cabo el espíritu y en el cual el pensamiento se piensa a sí mismo para conocerse. Este devenir está afectado por una teleología: el fin era llegar a la emancipación frente a las energías naturales, por medio de un ejercicio racional que crecía en la medida en que el ser humano pensaba lo pensado. Era en este sentido que Hegel afirmaba que "el progreso se define como una serie de fases por las que atraviesa la conciencia" (2001, 131) y ponderaba las sociedades que habían alcanzado los niveles más elevados en la reflexión sobre sí mismas.

Hegel invita a considerar su análisis en el marco de la dicotomía entre Naturaleza e Historia, que deriva a su vez en la oposición entre irracionalismo y racionalidad. En el centro de este proceso está el ser racional, que busca refinar la conceptualización de la existencia en instituciones como el derecho, la moral, la religión, la ciencia y las artes. Estudiar con detenimiento lo que estas esferas habían construido, era el comienzo más adecuado para comprender al ser humano, pero además significaba la posibilidad de transformarlo a partir de la búsqueda de nuevos derroteros. Con este proceder, Hegel mostraba un camino metodológico a quien lo leyera: reconocer e interpretar los escenarios en que el espíritu se revelaba,



esto es, postular los "supuestos" (Hegel, 2001, 65) que rigen las sociedades, era una tarea de primer orden.

Gutiérrez retomó de Hegel esa interpretación histórica, ir hacia un progreso aupado por la reflexión, con etapas en las que se distinguía la mejoría del ser humano basada en su alejamiento de la toma de decisiones con arreglo a los sentimientos, las emociones y la irracionalidad. En nuestro continente, y sin menospreciar sus posibilidades estéticas, la literatura era la prueba de ese ejercicio de análisis, en cuyo seno se hallaban claves del devenir propio. La centralidad de la literatura en el conocimiento del ser humano en general y de las sociedades latinoamericanas en particular iba compaginada al concepto de utopía, que si bien no aparece en el universo hegeliano, se puede entender como una de sus derivaciones.

Para Gutiérrez y tal como lo expresó al hablar de Andrés Bello, cumplir la utopía de América significaba "pensar por propia cuenta" (1982a, 21). Esto no conducía a romper con el proyecto europeo, como efecto de una pretendida independencia, sino a que la inteligencia latinoamericana diera continuidad a los logros de la intelectualidad del orbe y a la vez ampliara el espectro de indagaciones sobre los países de lengua española o nacidas en ellos. Bajo la utopía se conminaba así a América Latina a ir emancipándose del vigor de la Naturaleza, a dilucidar su propia marcha y así lograr su autonomía, circunscrita siempre en el marco del discurrir universal.

Estas concepciones alrededor del pensamiento y su despliegue en diferentes esferas no debían quedarse en el plano de la especulación. En una ponencia leída en el encuentro de estudiosos de la literatura en Campignas (1983), Gutiérrez afirmaba, acaso con la esperanza de revitalizar el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, que el intelectual dominicano era revolucionario, no a la manera como consideraba la revolución el marxismo ortodoxo –esto es, con la acción, que permitía transformar las condiciones histórico-sociales- sino porque al pensar de forma diferente se le estaban mostrando rumbos aleatorios a las sociedades. La impronta hegeliana se percibe con claridad no solo aquí sino en casi la totalidad de su pensamiento literario. Bajo su égida, se recuerda que los conceptos y en general todas las construcciones de la conciencia pueden afectar directamente a los seres humanos.



En conclusión, para ser fiel a sus imperativos éticos, la recepción de la literatura latinoamericana por Gutiérrez estuvo fundamentada en Hegel y de él recoge algunos aspectos principales: una teleología, que significa una ruta hacia la normalidad reflexiva; la huida de los irracionalismos; la necesidad de la revolución en el pensamiento y la concreción de lo pensado en la vida material. En esta ruta, Hispanoamérica tenía que enfrentarse con su propio devenir, desteñido por la savia contrareformista de la madre patria.

## 1.3. La afectación de los estudios literarios por una mentalidad española premoderna

La visión de España sufre un giro drástico especialmente a partir de 1959 con *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación* donde observa con desagrado y sospecha la herencia de la mentalidad peninsular. Si, previo a esta ruptura, defendía la "vividura hispánica" (Gutiérrez, 1953b) o continuaba con una línea que afirmaba los valores hispánicos en contra del materialismo sajón (1955c), es en el libro sobre Borges donde se inicia la recusación y crítica a las limitaciones de la forma de pensar española.

En este caso su proceder implica la exploración de un proceso histórico en dos vertientes: por un lado, la imposibilidad de España para acceder a las discusiones de la Modernidad europea y su concomitante retraso en el cultivo de la reflexión alejada de los dogmas y con peso cosmopolita; por el otro, la convicción de que algunos de los males de América Latina se generaban en la incapacidad por resarcirse de esta incómoda herencia y la consecuente negativa a circunscribir el destino del continente en marcos universales y racionales.

Así, en el desarrollo de su revisión a Jorge Luis Borges, se refiere a España como país "medieval" (Gutiérrez, 1959a, 25) y contrareformista (1961, 124) mientras que décadas más tarde, en su ensayo "Sobre la crítica y su carencia en las Españas" (1982) y parafraseando una afirmación hecha por Hegel en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, la Madre Patria es el país en que impera la "astucia de la teología" (1982c, 26) esto es, donde todo deriva finalmente en una explicación divina de los acontecimientos.



Las líneas generales de esta mentalidad en la que Gutiérrez encuadra a España, supone varias fórmulas de resolución de los problemas humanos: el dogmatismo, por ejemplo, que acepta y defiende como verdad revelada las opiniones afines a conveniencias de quien las defiende; una consideración maniquea de la existencia (en la que no cabe la absorción de los contrarios); el afán de definir todo y eludir la pregunta por los procesos; la imposibilidad de transformar los rumbos del hombre porque todo está reglado por la palabra divina; un rechazo tácito al diálogo con perspectivas diferentes al categuismo de turno.

Estas maneras de encarar la realidad no se reducen a la religión católica, sino que permean la sociedad española y a las ex colonias en general y, con algunas excepciones, dictaminan los caminos de las esferas del arte, la ciencia y la política. Por ejemplo, la recepción de la literatura latinoamericana de muchos de sus pares intelectuales padecía de algunos de estos lastres, y paulatinamente llegará a la conclusión de que "análisis sociológicos y sociosicológicos de la fe" podrían dar cuenta de "por qué se ha deformado la crítica" en "las españas" (Gutiérrez, 1982c, 97).

Una de las figuras que mostraban ese camino anti-moderno en América Latina era José Ortega y Gasset con quien sostuvo un pulso académico –y acaso parricida– en especial a partir de la década de 1980. A propósito de sus relaciones conflictivas, en 1987 Rubén Sierra Mejía sugería que existía cierto anacronismo en la disputa promovida por Gutiérrez luego de una evidente pérdida de influencia del ensayista español. Tal vez se pueda comprender esa insistencia en desnudar la labilidad del autor de *España invertebrada*, si se le mira a la luz de lo que significó Ortega y Gasset en términos de modelo de trabajo científico para los latinoamericanos.

Gutiérrez coincide con un sector de la intelectualidad continental en que el pensador del Escorial fue una figura destacada en toda la primera mitad del siglo XX en América Latina, pero al mismo tiempo revitaliza los interrogantes –que se tornan casi en acusaciones– hechas por Patricio Canto (1958) y Eduardo Nicol (1961): la postura política de Ortega y Gasset (afín a la conservación del status quo); su prosa elusiva y su incapacidad para formular y desarrollar bien los problemas; el hecho de que aprovechara el desconocimiento de la filosofía europea que tenían muchos de los latinoamericanos que lo veneraron sin poder confrontarlo. Pero tal vez en



donde Gutiérrez da un paso adelante en el examen de Ortega y Gasset es en la consideración del filósofo peninsular como resultado del proceso en contra de la Modernidad y, a la vez, como puente entre esa mentalidad y América Latina, que recibió ese peso muerto con entusiasmo.

Los documentos publicados hacia la década de 1980 con motivo del centenario del nacimiento de Ortega y Gasset trajinan varios de esos aspectos aunque en dos de ellos, "Pidiendo un Ortega desde adentro" (1980b) y "El problema de la inmortalidad de Ortega" (1980c), se hace énfasis en que "su ensayismo no solamente sofocó [en América Latina] la posibilidad de un pensamiento coherente, fundado científicamente y por lo tanto creativo, sino que abrió las puertas a una retórica de la simulación" (1980b, 208).

De sus líneas se colige que hay varias carencias en el universo orteguiano: el deficiente trabajo con las fuentes, la incapacidad para perfilar bien los problemas, la egolatría (que lo lleva a suponer que se ha adelantado a todo), su carácter aristocrático, e incluso la ingenuidad de querer construir un sistema filosófico cuando ya no era viable. Ellas son el resultado, no tanto de una deliberada decisión de Ortega, sino de las limitaciones culturales que lo llevaron a acercarse a "la filosofía alemana con medios o modelos intelectuales católico-escolásticos" (Gutiérrez, 1980b, 210)<sup>18</sup>.

Con todo y que hizo reconocimiento a su labor de divulgador, es evidente que el autor de "Pidiendo un Ortega desde adentro" dedicó sus interpretaciones sobre Ortega y Gasset a señalar los vicios en sus hábitos mentales, más que a observar las virtudes en términos de una fortificación de la filosofía continental. En ese camino, la gravitación de esas imperfecciones que no permitían acercarse a la duda y a la crítica, propias de una herencia aceitada en la Contrarreforma, no solo afectó a Ortega y Gasset y sus continuadores en el plano del ensayo –como Octavio

<sup>18</sup> Sin embargo, Gutiérrez no esconde el hecho de que a pesar de las fisuras en el pensamiento de Ortega, su labor fue un intento por acercar a Hispanoamérica a los altos representantes de la filosofía europea, en forma tanto de una preocupación editorial materializada en la *Revista de Occidente*, como desde la cátedra, que permitió la emergencia de la figura de Xavier Zubiri. Por esa razón "Ortega no fue un filósofo sistemático, sino un mediador de filosofía, un traductor en el más prístino sentido de la palabra, que como tal hizo posible el que la filosofía dejara de ser dogma en los países de lengua española y adquiriera lo que Francisco Romero llamó, en 1940, la normalidad filosófica" (1981c, 80).



Paz– sino que doblegó a los estudiosos de la literatura del momento. La recepción de la literatura latinoamericana que profesaban sus pares intelectuales estaba condicionada, según Gutiérrez, por los lastres de un pasado lleno de taras anti modernas, evidenciados en el presente, por ejemplo, en el dogmatismo marxista o en la miopía nacionalista de quienes siguieron las tesis de la teoría de la dependencia.

En todos ellos descollaba su incapacidad para la discusión con perspectivas europeas, lo que perpetuaba la Colonia (Gutiérrez, 1989, 89) y hacía de la literatura y sus estudios una fuente de folclorismos que, en búsqueda de la originalidad, se acercaban peligrosamente al telurismo exotista e irracional. El "circunstancialismo y el perspectivismo" (Medin, 1994, 171) de José Ortega y Gasset y sus derivaciones en las propuestas que buscaban lo propio como oposición radical a lo ajeno (europeo), labraron ese camino que evitaba la confrontación con otras literaturas y con perspectivas críticas.

Esa suerte de ostracismo no constituía la única consecuencia de la corriente en contra de la Modernidad. Si, por un lado, se creó una barrera frente a las ideas heterodoxas provenientes de otras latitudes, la asunción acrítica de lo extranjero era también síntoma de ese tipo de pensamiento anti-moderno. En este último caso, y atacando siempre la herencia del genio peninsular, Gutiérrez fustigaba la aceptación lacaya y simuladora, que no ahondaba en las fuentes históricas e incluso políticas de las teorías literarias, en especial las surgidas con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Así, es conocida su prevención contra el formalismo, el estructuralismo y posestructuralismo, corrientes que veía como el resultado de la necesidad de silenciar un pasado reciente –el de la segunda guerra mundial- anegado en el exterminio de millones de seres humanos.

Es por esa razón que, manteniendo a Ortega como el modelo de hábitos mentales simuladores de ciencia, el ensayista colombiano afirmaba que se debía "pedir a cada adalid de las modas: al feligrés de la filosofía analítica inglesa (arrogante no por lo que produce, sino por lo que profesa), al abanderado de Barthes y Derrida, al jusfilósofo que comercia con seudomatemáticas y gestos elitistas, que revise y ponga en tela de juicio al Ortega y Gasset que lleva adentro" (Gutiérrez, 1980b, 212). Con este tono, sus polémicas se convertían en un llamado a los estudios literarios

latinoamericanos para discutir las lecciones europeas, en órbitas en las que imperara el esfuerzo del concepto y el entendimiento de los procesos históricos y no la imitación burda, la discontinuidad y el arrobamiento en la forma, que impedía columbrar la utopía.

De España se heredó una tradición con tendencia al dogmatismo y a la impostura y esa mentalidad se había tornado ubicua en casi todas las esferas del conocimiento. Derrotar al Ortega y Gasset que cada intelectual llevaba dentro era acercarse a las incertidumbres con las armas del juicio y no de la fe, del entendimiento y no de la emoción. Como programa cultural, la postura de Gutiérrez frente a la mentalidad española significaba ahondar en los conceptos y metodologías (algunos de los cuales se asumían sin ninguna crítica, simplemente porque traían la aureola de la ciencia europea) y auscultar con sensatez tanto los problemas continentales como los universales.

## 2. Algunos tópicos de los estudios literarios latinoamericanos frente a la nueva narrativa

La década de 1970 representa, para un renglón de los estudios literarios latinoamericanos, el reto de dar espesor a la interpretación sobre el fenómeno del auge de la narrativa. Para comprender un volumen de obras que había emergido en años anteriores, llamando la atención de lectores en diferentes latitudes, se utilizaban categorías como "nueva novela latinoamericana", "boom", "realismo mágico" o "realismo maravilloso". Aunque con desarrollos independientes, todas estas denominaciones partían de un corpus surgido aproximadamente en 1935, con la publicación de la *Historia Universal de la infamia* de Jorge Luis Borges.

En el ámbito crítico son significativas las voces de John Brushwood y Ángel Rama, quienes entendieron que la nueva novela y el *boom* eran dos aspectos de un mismo fenómeno, esto es, el de la madurez de la ficción en América Latina (Rama, 1982,263- 264) (Rama, 1981, 9). Así mismo, en apreciaciones como las de Castellet (1969, 37) y Halperin Donghi (1981, 146) (investido temporalmente como crítico literario), uno de los núcleos



de la nueva novela era el realismo mágico. Más allá de los compartimentos estancos, estos estudiosos invitaban a cuestionar la producción reciente en el marco de un momento específico de la literatura y la cultura latinoamericanas así como a la luz del cruce de varias coordenadas histórico-sociales.

Sin entrar en pormenores sobre la calidad de las piezas publicadas o la injerencia de las editoriales del momento –dos temas que alentaron fuertes discusiones– es evidente que la proyección de algunos novelistas en la década de 1960 fungió como detonante para poner en primera línea la literatura latinoamericana, que había sido percibida como un producto imitativo de los movimientos europeos, cuando no se leía como expresión del exotismo de un espacio inhóspito. El llamado *boom* –vilipendiado por algunos que lo vieron como una estrategia comercial o como la resurrección de una "mafia" intelectual (Benedetti, 1977, 41) (Fernández, 1971, 143)–sirvió, pese a los reparos, como un espejo retrovisor que hacía visible obras olvidadas por la crítica.

Esa mirada en la que se recogía la exitosa narrativa del siglo XX en Latinoamérica, tuvo sus propias causas, explicitadas por varios investigadores en su momento: Julio Ortega (1968, 9) ubicó el fenómeno en un plano netamente literario y aseguró que la ostensible dimensión de la novela latinoamericana era un correlato de la decadencia de la novela de Europa. Con una visión más compleja, para Emir Rodríguez Monegal (1969, 17) los factores del *boom* eran más numerosos: la migración de intelectuales españoles debido a la guerra civil; la explosión demográfica en América Latina que, junto con una paulatina alfabetización, amplió el número potencial de lectores; la intención de las empresas del libro españolas por copar el mercado de las antiguas colonias; la Revolución Cubana, que implementó una política cultural continental como estrategia para contrarrestar el bloqueo de los Estados Unidos (Rodríguez, 1972, 3-5).

En varios de estos acercamientos se percibía un cambio radical en el número de personas atraídas por la narrativa del continente. En efecto, hacia la segunda mitad del siglo XX se creó una base que, como lo planteó el propio Emir Rodríguez (1969, 13), pasó de un desprecio por el escritor local a un acercamiento febril a sus producciones. El fenómeno despertó a lectores no especializados y a aquellos que iban a las obras



con herramientas más sofisticadas, estos últimos fueron cobrando una importancia inusitada.

Así, los estudios sobre la literatura de América Latina se diversificaron y no escaparon a los juicios hechos en diferentes riveras. Escritores como David Viñas (1981) o Jorge Aguilar Mora (1981) indicaron, respectivamente, que había una tendencia apologética cuando se miraba el *boom* y que la nueva narrativa era una "generación sin críticos" (Aguilar, 241) lo que abría el paso para la intervención de los escritores en exégesis profundas. De igual modo, hacia el final de esa década, y con evidente tono polémico, Tomás Escajadillo insistía en que "no pocos de los más difundidos artículos y trabajos sobre la novela hispanoamericana de las últimas dos décadas han pecado, por partes iguales, de desinformación, petulancia y frivolidad" (1987, 140).

Pese a esas dudas, el *boom* de la literatura generó una "época dorada" de los estudios literarios, en tanto las piezas literarias y sus investigaciones podrían mostrar el curso de América Latina basadas en sus finas interpretaciones. Este hecho creó tensiones adicionales para los críticos, historiadores y teóricos de la literatura, a quienes, en un momento de alta injerencia de los movimientos de izquierda, se juzgaba con un maniqueísmo asfixiante: o era partidario del arte puro o estaba comprometido; o creía en la liberación de los países o trabajaba para las causas imperialistas<sup>19</sup>. Una evaluación que fuera en contravía de lo que indicaba el imaginario promovido por la Revolución Cubana, podría hacer sospechar del real compromiso de los estudiosos de la literatura con el proyecto continental que surgía.

A esos inconvenientes se sumaba el hecho de que aún no estaban bien afinadas las herramientas críticas para encarar los nuevos problemas. Con el *boom* se entendió que las investigaciones no se reducían al estudio de la obra literaria en su inmanencia y que era necesario interrogar los circuitos de producción y recepción en su totalidad. La literatura involucraba factores

<sup>19</sup> Este hecho se debe a que, como lo observó Jaime Mejía Duque, desde un comienzo se trazó una continuidad entre la Revolución Cubana y la escritura de ficción, al margen de que esta última ya no estuviera sometida a los imperativos del realismo. Así, los narradores "aparecían como trasponiendo la revolución a una praxis literaria presumiblemente maestra o arquetípica" (Mejía, 1974, 133). Gran parte del texto de Mejía se concentra en esta unión, que se tornó tirante a partir del caso Padilla en donde el propio Mejía ve el final del boom.



que estaban "por fuera" de su rango, como las editoriales, las revistas, la difusión oficial, las redes intelectuales, entre otros, que no habían entrado en la consideración habitual de quienes se preocupaban por la creación artística en la palabra.

En este sentido, para el caso de América Latina fueron importantes las voces que, con un fuerte matiz teórico, impelían a condensar metodologías apropiadas para encarar dichos circuitos. Tanto Gutiérrez Girardot (recurriendo a Walter Benjamin) (1975a), como Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (más proclives a las suscitaciones de Raymond Williams) (1983), se internaron en el problema de la institución literaria. En el ámbito crítico, se deben resaltar los textos "El boom en perspectiva" (1980) de Ángel Rama y El imperio de los sentimientos (1985) de Beatriz Sarlo, que mostraron la senda de análisis de fuentes diferentes pero complementarias a la obra.

La recepción de esa narrativa del segundo y tercer cuarto del siglo XX tuvo entonces motivaciones y derivaciones que fueron más allá de lo estrictamente literario, para internarse en lo cultural, lo político, e incluso lo económico, y presionó a un mayor esfuerzo por poner al día los fundamentos epistemológicos de una disciplina que, para algunos, era aún frágil. De allí surgieron polémicas sobre el escritor, los lectores, la tradición literaria, las relaciones entre las esferas de la cultura y la sociedad, todo enmarcado en la pregunta sobre el devenir de América Latina, que se impuso con fervor en los círculos intelectuales.

#### 2.1. Rasgos identitarios de la literatura

La expansión de los lectores, sumada a la búsqueda de identidad cultural –que según Fernando Aínsa (1986, 41) resume las aspiraciones de África, Asia y América Latina luego de la Segunda Guerra Mundial – produjo una presión a creadores y críticos por encontrar lo que se denominó, en su momento, la novela total. Dicho tipo de novela fue vista bajo un prisma polifacético: ella era "índice, imagen" y hasta "presentimiento de las transformaciones" sociales (Harss, 1966, 41); con ella se buscaba diagnosticar el continente e impugnar el poder (Bendetti, 1977, 37) o



integrar ideas opuestas hacia la época, como las de regionalismo y ciudad o ficción y verdad (Ortega, 1968).

Los años entre 1970 y 1990 estuvieron impregnados de esa convicción de que "para los latinoamericanos, la literatura es el lugar del reconocimiento" (Yurkievich, 1986, 4), en tanto allí se hallaban, definían y transformaban las variantes del pensar y el sentir de una comunidad, desde sus ritos y costumbres, hasta las más elevadas herencias intelectuales. La aspiración a crear y discernir las "summas novelescas" (Aínsa, 1986, 142) deslindaba entonces el mero ejercicio estético para constituirse en una empresa social, de alto vuelo en las decisiones de nuestra América.

Las relaciones entre pensamiento y acción se fortalecieron y se vislumbró que "definir de una determinada manera la identidad cultural iberoamericana significa... disponerse a actuar a fin de defender, y en lo posible imponer, dicha definición" (Dorra, 1986, 48). Por esa razón, en la literatura de la época se jugaba no solo el feliz y definitivo ingreso de América Latina como protagonista del entramado universal, sino la posibilidad de hacer visibles voces que habían sido marginadas, como los indígenas y los negros.

Para lograr esa visibilización fueron clave tanto el "realismo maravilloso" como el "realismo mágico" que se convirtieron en categorías mediante las cuales se podía comprender la identidad del ser latinoamericano, en una total afinidad con las hipótesis sobre su configuración mestiza. El puente entre literatura, cultura e incluso política se inspiró, durante un tramo de la primera y de la segunda mitad del siglo XX, en estas convenciones literarias<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Parte de estas visiones se habían fraguado en la década de 1950. Así, desde una prosa que se acerca a la exageración, Alejo Carpentier señalaba, fundado en ejemplos de la vida cotidiana, que "nuestra naturaleza es indómita, como nuestra historia, que es la historia de lo real maravilloso y lo insólito en América" (2003, 150). La lista de referencias explícitas que realiza a continuación de esta afirmación no parece dejar duda que existe un referente en la naturaleza y las costumbres de nuestros países al que el narrador sólo debe acudir con los ojos de la fe y plasmar luego en su obra. Similar enfoque da Arturo Uslar Pietri al realismo mágico y sus representantes, quienes, de acuerdo con el escritor venezolano, tenían un misterioso mundo mestizo a su disposición (1996, 521). En ambos casos hubo una clara intención de postular una etiqueta que sirviera no solo para la comprensión de la literatura sino de la cultura y la sociedad: América Latina era real maravillosa o real mágica.



Ambas corrientes estaban en sintonía con el mestizaje que se convirtió en una seña identitaria de los pueblos americanos. Si bajo enfoques trajinados – tales como la dicotomía sarmientina de civilización o barbarie, el hispanismo o el panamericanismo— se pretendía recortar la injerencia de un sector de la población imponiendo los principios de otra, con el mestizaje, anclado en las producciones de la nueva novela latinoamericana y particularmente en los realismos maravilloso o mágico, se concretaría una real síntesis.

Con todo, y tal como lo afirma Miguel Rojas Mix, el mestizaje latinoamericano afincaba su peculiaridad en el aporte indígena (1991, 266). Era esta una nueva manera de observar al indígena (tema siempre presente, por negación o por afirmación), en lo tocante a las cuestiones de la conformación de la identidad nacional y continental. La literatura del realismo mágico y del realismo maravilloso buscaba una nueva integración que superara el uso pintoresco del indio, modelado por corrientes como el romanticismo o el modernismo, así como también su construcción como ser oprimido que debía ser redimido en el arte y en el campo social. El agotamiento tanto del idealismo como de la actitud paternalista en el que habían derivado el romanticismo y el modernismo, invitaba a una reconsideración de las ordenadas para encarar el problema.

Frente a esto, en la nueva narrativa, y para el caso específico de la recuperación del indígena, se toman dos grandes decisiones: la asunción del mito y la integración de una sintaxis propia de esas culturas en la armazón general de los textos. En el primero de los casos, se siguió el camino trazado por Alejo Carpentier, que inunda la reflexión crítica especialmente sobre la novelística del realismo mágico y maravilloso. La vuelta a las fuentes ancestrales era resultado de la visita a las bases de la América mestiza que habían sido defenestradas por los proyectos nacionales excluyentes.

Además, con esta apertura hacia el mito, y tal como lo expresó Graciela Maturo (1979), se revalidaba una senda diferente de alcanzar la verdad, alejada del racionalismo europeo. La decadencia de occidente –sazonada en las dos guerras mundiales– traía aparejada la ruina del conocimiento que la Modernidad había cultivado. Así, en lugar de insistir en la posibilidad de mejora de los principios modernos, se optó por la vuelta a las fuentes



primitivas, incontaminadas con el aparente paso del ser humano hacia la perfectibilidad racional.

En concomitancia con esta emergencia del mito como tema y como base para la construcción novelesca, y en una reacción apenas natural frente al regionalismo de comienzos del siglo XX, se pusieron en marcha estrategias de escritura diferentes. Ángel Rama entiende con agudeza que los transculturadores –entre quienes se encontraban casi todas las obras del realismo maravilloso y mágico– dejan a un lado el uso de los "lenguajes dialectales, rurales o urbanos y desde luego de las lenguas indígenas" (1982, 212) y "acentúan la atención por las formas sintácticas peculiares y aun por la modulaciones supresegmentales" (1982, 213). Con este movimiento, se presenciaba una imbricación más efectiva entre el escritor y lo indígena en tanto hablar de este último suponía la interiorización de ciertas lógicas desplegadas en el lenguaje.

Hacia la época, estas dos salidas (el uso del mito y de recursos sintácticos particulares) sirvieron como válvulas de escape a la cuestión de la inserción del indígena en la representación narrativa. Sin embargo, ver lo indígena con ojos no indígenas fue, en aquellas décadas de 1970 y 1980, una barrera de difícil superación o, en todo caso, sobrepasada solo por algunos escritores del realismo maravilloso y del realismo mágico, y por estudiosos de la talla de Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar. La integración del indio a las imágenes nacionales se dejó como interrogante para el futuro, sustentada sobre la base de una pregunta general ¿Cómo interpretar las culturas nativas con una utilería occidental?

Al margen de esta inquietud, que parece aún no despejarse, la aventura de los escritores por la América mestiza –denominación que posteriormente entrará en crisis bajo las categorías de "transculturación" de Ángel Rama y "totalidad heterogénea" de Antonio Cornejo Polar– invitaba al conocimiento, no solo de los mitos de los indígenas sino, en general, de las culturas locales. Ese viaje a la América profunda constituyó también la visita a trazas de vida que se alejaban de las explicaciones racionales. Por esta vía, se presentía la fundición de

superpone realidades de diferentes orígenes –indígena, colonial español, barroco criollo, africano, europeo inmigrante y tantos otros– en una especie de collage donde el conjunto no ha 'integrado' suficientemente las partes, todo puede ser cómodamente cubierto con el adjetivo de 'mágico' o 'maravilloso' (Aínsa, 1986, 139).

El exotismo al que Aínsa se refiere, iba aparejado al telurismo, a la sujeción de los personajes y los hechos al oculto fervor de la Naturaleza, materializado en los ritos y mitos ancestrales. Tal tendencia constituía un reto pero la presencia del telurismo y sus implicaciones en la nueva novela latinoamericana y sus núcleos centrales (el realismo mágico y el realismo maravilloso) no fue gravitante en las reflexiones de los más importantes intelectuales de la literatura entre 1970 y 1990, acaso porque se consideró que había quedado atrás con el regionalismo.

Fue nuevamente Ángel Rama quien en 1981 admitió el peso del telurismo en esa literatura latinoamericana del momento, pero a la vez intentó trazar una diferencia entre la recurrencia a la Naturaleza en la literatura del presente y en la del pasado. Rama no desmentía el hecho de que los realismos mágico y maravilloso estuvieran bebiendo en las canteras terrígenas pero aseveraba que las intenciones y procedimientos eran diferentes en las obras contemporáneas. En ellas se vivía la desintegración de la dicotomía Historia/Naturaleza en favor de la comprensión y alumbramiento, a través de la palabra y con recursos novedosos, de los mecanismos internos de culturas que habían quedado al margen de la Modernidad. Como lo expresó en el mismo texto, el éxito de la nueva novela estaba en la aparición del arcaísmo mezclado con la tecnificación narrativa (1982, 333).

Sin embargo, crecía la sospecha de ir en un camino riesgoso, y las posturas que aplaudían lo terrígeno generaban interrogantes. Si al telurismo regionalista se le habían imputado cargos que veían en él una presencia desmedida de la Naturaleza, era posible que la activación de fuentes tomadas de las zonas rurales, propias de la nueva narrativa, estuviera reviviendo cierta modelación del hombre latinoamericano atado a los efluvios de esa Naturaleza.

Raúl Dorra expresaba en 1985 cómo en América, por vía del realismo mágico, se tendió a exaltar la magia, los contrastes, lo insólito, lo primitivo

y lo pintoresco, es decir, el "espectáculo de todos los excesos" que no era sino "la confirmación de viejos temas y viejas retóricas" (1986, 51), y se preguntaba si en las raíces de esa tendencia no se revivía el exotismo con el que los europeos habían visto el nuevo mundo durante muchos años. ¿Éramos tan ontológicamente maravillosos y mágicos? ¿Nos habíamos apartado, especialmente en términos histórico-culturales, de las representaciones realizadas por el regionalismo en el comienzo del siglo XX?¿Qué consecuencias tendría para la formación de identidad –e incluso para desarrollos en el plano político– no desprendernos de los aluviones de la tierra? Fue un llamado que no tuvo resonancia y se percibió como irrelevante si se tenían en cuenta los frutos cosechados con el presente.

El problema del telurismo se hizo a un lado en medio de la euforia vivida por los logros y la nueva centralidad de América Latina, aunque pronto la alegría de un continente arcádico se vino abajo. Las dictaduras militares que se anclaron especialmente en el sur a partir de 1974, la radicalización de los cuadros políticos de la Revolución Cubana que animaba un dogmatismo cada vez más receloso de lo que no estuviera con el socialismo, el paulatino desconcierto de la teoría de la dependencia que, al decir de Halperin Donghi, planteó una revolución "más necesaria que posible" (1981, 164), pusieron en entredicho la imagen idílica (con todos sus derivados) vislumbrada por los realismos mágicos y maravillosos. Aun así, con su éxito devorador, el *boom* pareció borrar cualquier interrogación sobre la constitución exótica de algunas de las obras que lo conformaron, al tiempo que acaparó casi toda la atención de la crítica que sufrió, en muchos casos. del olvido voluntario.

#### 2.2. El silencio del pasado

Hacia finales de la década de 1960 aparecen juicios que, regularmente de manera implícita, proclamaban hacer tabula rasa frente al pasado literario y erigir a la nueva narrativa casi como el inicio de nuestras letras. Por ejemplo, Emir Rodríguez consideraba en 1972 que la nueva narrativa latinoamericana representaba "la mayoría de edad de las letras de América Latina" (18), lo que confirmaba una tendencia en ciertos escritores y críticos a desestimar el siglo XIX, aunque, como se verá líneas adelante, el



propio intelectual uruguayo había tratado de iluminar los antecedentes de esta narrativa.

Retomando polémicas de la década de 1950, en las que se clausuraba la continuidad del realismo y en general de las expresiones literarias que expresaban la Naturaleza como personaje principal, críticos y escritores como Emir Rodríguez o Carlos Fuentes estimaban, hacia 1969, que la producción actual indicaba un "tránsito de la antigua novela naturalista a la nueva novela diversificada" (Fuentes, 1969, 24). Por esta vía, hubo una demonización del realismo: su carácter panfletario o pedagógico, su descuido formal, su incapacidad para profundizar en el ser humano, su inconsistencia entre el lenguaje del narrador y el de los personajes.

Era necesario realizar un corte con esa forma de hacer literatura y en la euforia producida por los logros de García Márquez, Vargas Llosa o Cortázar, para solo nombrar algunos, la continuidad histórica se redujo a aproximadamente cuarenta años del siglo XX. Vale decir que hubo quienes respondieron a ese intento de desafiliación del realismo, en especial desde posiciones marxistas, en donde se le defendió y se acusó la falsa conciencia de los escritores cobijados por el éxito en ventas y en la crítica, aunque la actualidad de la nueva narrativa llevó a los marxistas, en este plano, al fracaso.

No fue únicamente el realismo el que sufrió una marginación. En *Los nuestros* de 1966, Luis Harss en colaboración con Bárbara Dohmann, indicaba que el ataque al lenguaje lleno de lugares comunes, entregado a viejas estructuras, corrió inicialmente por cuenta de los modernistas, pero solo en escritores como Borges o Carpentier se percibía una "heroica tentativa de hacer algo radicalmente nuevo" (Harss, 40). El crítico reconocía el modernismo como un gran antecedente, más para señalar su minoría de edad, que para establecerlo como momento válido en el proceso de asentamiento de nuestra expresión.

Sin embargo, y pese a las negaciones del realismo y el modernismo, los vasos comunicantes comenzaron a verificarse paulatinamente, a contrapelo de quienes estaban enceguecidos con la repentina importancia de la literatura latinoamericana. Rodríguez planteó que había básicamente dos pasadizos que conectaban el horizonte lejano con la situación de

la narrativa contemporánea: las condiciones de recepción de las voces ecuménicas, que contaba como máximos exponentes a Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes (1969, 18); y la reflexión sobre América Latina y los países que la conforman, que tuvo su momento de esplendor en el ensayo decimonónico (1969, 12-13). ¿Qué significaba cada uno de ellos?

Por un lado, tanto Borges como Reyes habían invitado a la intelectualidad latinoamericana a entablar un diálogo con la cultura europea en igualdad de condiciones. Ambos se convirtieron en un modelo de cosmopolitismo, cuyo espíritu había sido retomado por los escritores de la nueva narrativa latinoamericana, para quienes fue central enfatizar en el peso de los hitos de la novela norteamericana y europea. Estos últimos erigieron las figuras de William Faulkner, Franz Kafka o James Joyce, por ejemplo, como sus grandes maestros y de esta forma insistieron en su inclinación por el encuentro con la cultura universal.

Un caso similar, por lo menos en términos de la disposición de la literatura frente a la realidad histórico-social, fue el que se percibió en la reflexión sobre el devenir de América Latina. Así como el ensayo decimonónico tuvo la pretensión de ofrecer imágenes del continente, de igual manera sucedía con la narrativa de las décadas del boom, que constantemente se leyó como un discurso prendado de huellas de identidad. El ensayo del siglo XIX y la narrativa de mitad del XX fueron explorados no solo en su dimensión estética sino como autoridades en la construcción de la sociedad.

Si bien es cierto no son muchos los énfasis, estas proposiciones que tendían puentes servían como un llamado de atención a cierto esnobismo que borraba cualquier unión de la nueva narrativa con el pasado. Con algunas variantes, estas hipótesis tuvieron continuidad en Martin Stabb (1969), Jaques Leenhardt (1981), Ángel Rama (1982) y Antonio Cornejo (1982), y sirvieron como voces de alarma para la evidente pérdida de continuidad histórica que propició cierto parricidio generalizado.

Lo sustancial es que con estas pugnas se definía, más que una disputa estética, la construcción histórica interna: impedir el olvido de la riqueza de otros periodos y comprender la sociedad y la cultura americana como un proceso, en el que el pasado se iba integrando al presente. Lo nuevo de la nueva narrativa latinoamericana no podría significar el silenciamiento de la



historia aunque fue evidente un sibilino sentimiento de vergüenza frente a una pubertad vivida hacia el siglo XIX y comienzos del siglo XX.

# 3. La recepción de la literatura latinoamericana en Gutiérrez y la intelectualidad del continente

La unificación del mundo que habían previsto Marx y Engels en su *Manifiesto comunista*, no afectó exclusivamente la lectura sobre las raíces de la nueva novela latinoamericana sino que llevó a Gutiérrez a la discusión –hegeliana por cierto– sobre Naturaleza e Historia. El planteamiento se realiza explícitamente en 1985, pero se encontraba mucho antes en su panorama intelectual. Entre líneas ubica el problema en un contexto histórico de la siguiente manera: el proceso de universalización de las letras hispanoamericanas "tuvo en un principio un signo ambiguo" pues su iniciador, Andrés Bello, propuso la "consideración de la Naturaleza y de la vida rural como lo específicamente americano de esa literatura latinoamericana" (Gutiérrez, 1985b, 223). Con decisión asevera que fue Andrés Bello quien señaló el camino para "discutir la ciencia europea", aunque al mismo tiempo creó la imagen de que "América es ontológicamente Naturaleza" pero esta vez con signo positivo (1985b, 224).

Dicho esto, Gutiérrez recuerda la antigua dicotomía entre Historia y Naturaleza<sup>21</sup> que tuvo su nivel neurálgico en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia* [1833] de Hegel: el filósofo alemán alineó a América Latina en conexión directa con la Naturaleza, esto es, una sociedad en que las huellas del espíritu –del entendimiento y la razón– no habían alcanzado cumbres y el ser humano obedecía a las corrientes telúricas. Las evaluaciones del ensayista colombiano sobre la literatura latinoamericana del siglo XX están encadenadas a la dilucidación de los desarrollos de esa dicotomía que deriva en otras, no menos importantes: razón/irracionalidad, ciudad/campo, entendimiento/mito, reflexión/emoción.



<sup>21</sup> Esta discusión es seguida por Gutiérrez, en gran parte desde la lectura de Antonello Gerbi en su libro La disputa del nuevo mundo (1960).

La consideración de América como Naturaleza implicaba la depreciación de todo lo preformado por sus hombres y mujeres destacados que, a partir de Simón Bolívar, pasando por Sarmiento, Martí, Reyes, Henríquez Ureña y Borges, entre otros, había sido fundamental, no solo para las aspiraciones locales sino también para la posible comprensión que los europeos tuvieran de ellas. Por eso las voces que revitalizaban este mito de una América ontológicamente atada a la Naturaleza, como las de José Ortega y Gasset, Marcelino Menéndez Pelayo, e incluso el mismo Andrés Bello, fueron confrontadas por la pluma de Gutiérrez, porque era inaceptable para él que en el siglo XX se insistiera en proyectar imágenes que condenaban al continente al exotismo.

Retornar a los telurismos era negar que América Latina había ingresado definitivamente en la Modernidad. La vida de la hacienda, del terruño, confiaba sus ciclos a los poderes de la naturaleza y se mantenía ajena a los conflictos que aparecían en la era del capital, como la orfandad y la consecuente necesidad de reflexión nacida de la pérdida del paternalismo hacendario. En aquella vida, los ritmos eran condicionados por las emociones y no por la racionalidad que con la mentalidad burguesa se imponía desde el siglo XVII en Europa. Para Gutiérrez, aquella etapa ya había sido superada en América Latina y, enfundado en sus convicciones, no quedaba otro camino que seguir fortaleciendo la utopía de América, es decir, la posibilidad de que en un diálogo constante con la tradición occidental, llegáramos a pensar por nosotros mismos.

Dentro de este contexto, las obras de los realismos maravillosos y mágicos estaban afectadas por la fuerza de la tierra. En contravía de quienes pretendían olvidar el fuerte componente telúrico de estas expresiones, en 1978, y al abordar a José Eustasio Rivera, nuestro autor afirma que en los protagonistas de *La vorágine* hay un viaje de huida de la ciudad y el encuentro con el infierno verde (1978a, 889). A renglón seguido indica: "El topos del infierno verde experimentó una transformación y se convirtió en lo real maravilloso americano" (Gutiérrez, 1978a, 889).

El signo con el que se observaba la naturaleza se había invertido en los realismos mágico y maravilloso: ya no sugería la desesperanza y la imposibilidad de luchar contra ella, sino que era el lugar donde florecían hechos insólitos, extraños, mágicos, que dibujaban una imagen de



maravilla, un espacio en el que todo es gozosamente vivido. En el mismo texto que se viene citando, y en un tono de amarga ironía, Gutiérrez interrogaba esas idealizaciones, devoradas hacia la época por la realidad sociopolítica, y se preguntaba cómo aparecían los dictadores en esta arcadia realista mágica (1978a, 896). Aquí, como en varios de los asuntos en los que fue a contracorriente, no parece haber una resonancia amplia de estas inquietudes.

Tal vez quien mejor supo interpretar estas incertidumbres fue Tulio Halperin Dongui: entendiendo que la literatura se constituía en una dimensión importante de la cultura latinoamericana, y que el realismo maravilloso era central en ella, Halperin advirtió también el fútil espejismo de considerarnos una maravilla que brotaba de las fuerzas terrígenas. En una mirada retrospectiva acerca de las esperanzas puestas en la Revolución Cubana y el realismo maravilloso asegura que "podríamos decir que en esa narrativa, en que una realidad horrenda es tan gozosa y animadamente evocada, sobrevive entre nosotros el testimonio de lo que fue la Revolución Boba" (Halperin, 1981, 155). Para Halperin, el realismo maravilloso, e incluso todo el conjunto de la nueva novela latinoamericana, estaba enraizado en la esperanza de que se había alcanzado por fin la utopía.

En esa misma línea, para Gutiérrez la utopía no tenía el signo del refugio en la naturaleza de donde fluía lo mítico y lo mágico, sino en la posibilidad de perfección del ser humano por vía de la acentuación del entendimiento. La llegada de los hombres fuertes, de los dictadores, era el resultado de la formación de falsas expectativas alrededor de axiomas aparentes que negaban el hecho de que, en la dicotomía Naturaleza/Historia propugnada por Hegel, la escogencia de la primera como lo ontológicamente americano derivaba en el caos de la irracionalidad y la arbitrariedad. Por estos motivos el intelectual colombiano no se sumó a ese grupo de críticos que elogiaban lo maravilloso y mágico, y además veían en ello la originalidad continental<sup>22</sup>.



<sup>22</sup> Como muchas de sus convicciones, no dejó a un lado la crítica al realismo mágico y al realismo maravilloso (cuyos términos eran imprecisos, según su parecer) y la interrogación sobre la posibilidad de que el continente pudiera ser definido desde esas categorías. Así, en 1993 (a juzgar por la información de la traducción) se aleja de esa visión mítica al acercamiento a Cien años de soledad, y sostiene que "toda la obra de García Márquez representa variaciones con la historia y la sociedad colombiana" (2011, 232), y no, como se acostumbraba ver, con los fenómenos insólitos.

Fue una actitud polémica, continuada por Fernando Aínsa, quien en su libro sobre la identidad cultural de Iberoamérica en su literatura, no postula los realismos mágicos o maravillosos como los momentos eje del ser latinoamericano (1986, 139). Así mismo, Raúl Dorra aseveraba con dureza sobre el realismo mágico: "Cuando algún europeo insiste hoy con esa imagen [maravillosa e insólita] nos alzamos ante él para reputarlo de ignorante o perverso. Y sin embargo ¿no es la imagen que promueve entre nosotros y fuera de nosotros una de las corrientes literarias reputada a su vez como más representativa de nuestra identidad?" (Dorra, 1986, 51).

La asociación de la identidad latinoamericana con la Naturaleza alcanzó también al indigenismo. Gutiérrez adopta, frente al indígena, una posición que recupera de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. En su forma detallada, no se puede negar la existencia de los indígenas en la conformación de América Latina, pero sus maneras de comprender y vivir han sido derrotadas por la mentalidad burguesa. Por eso, asegura que "la sustancia institucional y cultural latinoamericana es europea. Las poblaciones indígenas y negras no han podido contribuir a la transformación de esa sustancia" (1977b, 52).

Aunque no precisó a qué se refería con "sustancia institucional y cultural", era evidente que involucraba el lenguaje, las artes, la religión, la política, la economía, la ciencia, que eran una herencia griega (en el sentido hegeliano de la *Estética*) y la más prolífica fuente en la que se formaban las cosmovisiones propias. Las únicas herramientas válidas para enfrentar la cuestión indígena eran las de la razón ilustrada y sus derivados, y todo intento de redimir esa comunidad bajo el abrigo de posturas paternalistas (que utilizaban métodos científicos o se empotraban en modelos políticos tomados de Marx, Gramcsi, etc.), se realizaban para satisfacer el deseo de primitivismo y para negarse a enfrentar los retos de la sociedad moderna.

Eran los ilustrados –Reyes o Henríquez– quienes "han sacado del olvido a los indígenas y negros" encuadrándolos "en un esbozo mayor de lo que podría ser la patria de la justicia" (Gutiérrez, 1977b, 53). Sin llegar a los excesos de la dicotomía civilización y barbarie, o a las trazas racistas que florecieron bajo la mampara del positivismo, el intelectual colombiano postulaba involucrar a los indígenas en la utopía de América, esto es, en el



proyecto de perfectibilidad de su sociedad dando cabida a la superación de los problemas por medio de la razón y del entendimiento.

En ciertos aspectos, Gutiérrez hermana estos principios con algunos de los más importantes estudiosos de la literatura. Se debe recordar, por ejemplo, a Antonio Cornejo quien advierte que su campo de acción era la literatura indigenista y que no se podía extender sus alcances "al universo indígena real" (1982, 44). Cornejo anticipa así que su enfoque sigue siendo occidental y que difícilmente se puede retratar con fidelidad una cultura ajena. Esta afinidad ideológica se refuerza en el uso de la categoría de totalidad contradictoria en la que el crítico peruano no desdeña el hecho de que las múltiples culturas que habitan el continente comparten una misma historia aunque no siempre viven las mismas temporalidades.

Sin embargo, a diferencia de Gutiérrez, Cornejo niega la posibilidad de síntesis finales alrededor de una cosmovisión e insiste en que se debe recordar constantemente las particularidades –llámense indígenas, negros, blancos – y establecer los conflictos de la imbricación cultural. La distancia entre aquel y Cornejo –quien es una de las figuras representativas de los repertorios críticos alrededor del estudio indígena entre 1970 y 1990 – se establece, por ejemplo, en la elección de los corpus de análisis literario: si en Gutiérrez el indígena era interpretado repasando las obras cultas, en Cornejo hay un contrapunteo entre producciones que provienen de los ilustrados y de la lengua nativa (1982, 19).

En el fondo se discutía acá, teniendo como eje el indígena y la literatura de o sobre él, la fractura de la Modernidad como proyecto posible. En nuestro autor, la defensa de la Modernidad se hizo explícita –impulsando el estudio de lo mejor pensado y escrito que llevaría el proceso de perfectibilidad a niveles elevados–, pero voces como las de Ángel Rama y, especialmente la de Antonio Cornejo Polar, preferían bocetar una región en la que diferentes lógicas se enfrentaran sin la sujeción a una teleología racional previamente construida. Para estos últimos, el lugar de los indígenas no estaba subsumido en uno más amplio, que era el de los ilustrados, sino que permanecía en pie de igualdad, con todo lo que significaba para la comprensión propia.

En medio de ese contrapunteo, la búsqueda del ser de América en el indigenismo era visto como un retorno a la vida pastoril (Gutiérrez,

1978a, 893), esto es, a la vida de las haciendas y a la íntima conexión con la naturaleza. Por este camino, Gutiérrez revitalizó la dicotomía ciudad/campo puesta al servicio de su concepción en contravía de cualquier telurismo emanado, en este caso, de los indigenismos. La dicotomía será ampliada con el aporte de George Simmel y desarrollada posteriortamente en 1983, cuando afirmará: "el carácter intelectualista de la vida anímica del hombre de la gran ciudad, se diferencia de la del hombre del pueblo y del campo en que este se funda más bien en el 'ánimo' y en las relaciones emocionales" (Gutiérrez, 2004, 112).

Bajo esta perspectiva, la búsqueda de identidad en la intrahistoria –es decir, en los espacios poblados por culturas como la indígena, en conexión íntima con la tierra– podría recalar en el elogio a las pasiones más que al intelecto. Por consiguiente, las comunidades ancestrales no se podían erigir como portaestandartes de la originalidad continental so pena de retornar al mito del buen salvaje y al irracionalismo.

Recogiendo sus recelos frente al realismo mágico, al realismo maravilloso y al indigenismo, cabe preguntarse ¿estas exégesis de Gutiérrez solo buscaban defender ciegamente unas convicciones intelectuales? ¿O era un afán de protagonismo y de ir en contra de la corriente? ¿Qué intención tenía el ataque al telurismo y a su derivación en el irracionalismo como lo propio americano? Una posible mirada a esos interrogantes surge del cambio de foco: en la crítica al refugio en la Naturaleza y la aceptación de las energías terrígenas se puede vislumbrar el desplazamiento de un componente social y estético a uno político.

Basado especialmente en la interpretación de Zeev Sternhell, Gutiérrez afirmaba que esa vuelta a la Naturaleza, además de impedir el normal funcionamiento de la sociedad latinoamericana hacia la utopía, abría las puertas al fascismo. En su estudio sobre El nacimiento de la ideología fascista, Sternhell se refiere al "nacionalismo tribal" (1994, 10) como una de las características principales del fascismo: "para garantizar la salvación de la nación es necesario dirigirse al pueblo, exaltar la energía primitiva, el vigor y la vitalidad que desprende el pueblo, no contaminado por el veneno racionalista e individualista" (1994, 12). El anti-intelectualismo surgido de esta perspectiva parecía ser afín a algunos promotores del indigenismo e incluso (sin proponérselo abiertamente) de los realismos mágicos y



maravillosos. Retomando esa voz, el ensayista colombiano advertía los riesgos que en términos políticos podría tener la confianza en los nuevos exotismos.

Entre 1976 y 1987 se acentúan sus llamados sobre esos riesgos: un fascismo encubierto puede estar poblando las líneas de Pablo Neruda, cuya poesía -y tal vez invocaba más, en este caso, el Canto general- impulsa un "culto a las fuerzas elementales de la naturaleza" (Gutiérrez, 1976b, 109), y en ella "la naturaleza es el pueblo" (Gutiérrez, 1976b, 109). Neruda, como los escritores indigenistas, es un "poeta cansado del encuentro con la historia" (Gutiérrez, 1976b, 109), esto es, evade los interrogantes de la Modernidad. También se refirió a la presencia del fascismo -por vía del telurismo y el irracionalismo-, en el indigenismo (1977b), en los defensores de lo real maravilloso (1978a), e incluso en la generación del 98 (1983b, 113) (1986, 24). En este último caso afirma que el indigenismo, "es tan irracional como la beatería de la supuesta generación del 98 ante el paisaje castellano, como la ideología alemana de la 'sangre y el terruño', como los 'regionalismos franceses', esto es, como las sentimentalidades que coadyuvaron ideológicamente al advenimiento de los fascismos" (1986, 24).

Las afinidades no eran coincidencias y respondían al hecho de que, de acuerdo con lo previsto por Marx y Engels, las posturas frente a la Modernidad eran homólogas en Europa y América Latina. Así como en el modernismo hispanoamericano se hallaban trazas de la reflexión sobre el papel del arte y el artista en la época moderna, que había ocupado a la filosofía desde Hegel, y el costumbrismo latinoamericano profesaba similares salidas a los románticos europeos del siglo XIX, así mismo el apego a la naturaleza como febril emanación que encamina a las sociedades, y que derivaba en anti-intelectualismo y fascismo, ya tenía sus antecedentes en naciones como Alemania y Francia.

La revisión de los más importantes repertorios críticos frente a la cuestión no se suman al debate sobre el telurismo: ni aquellos que continuaron la estela de Ángel Rama y Antonio Cornejo, ni quienes se aferraron al marxismo ortodoxo lo tuvieron en cuenta. Para Rama y Cornejo, por ejemplo, fue más importante reforzar la mixtura entre la cultura excéntrica y la central (que derivaba en otras mezclas como campo/



ciudad, unidad/diversidad), en la que ninguno de los discursos se imponía definitivamente<sup>23</sup>.

Para ninguna de estas últimas tendencias fueron importantes, como para Gutiérrez, los principios de la Modernidad, en la forma de la filosofía de la historia hegeliana y del marxismo entendido como filosofía. El proyecto de una perfectibilidad del ser humano teniendo como base el constante pensar de lo pensado, el apego a la racionalidad como la posibilidad de emancipación de la humanidad, el privilegio del intelecto como componente integrador, los riesgos de volver a la consideración de América como Naturaleza en una pálida confirmación de las tesis de Hegel, la necesidad de comprender –más allá del anti-imperialismo y el anticapitalismo– que existían homologías en la formulación y resolución de los problemas, no se tuvieron en cuenta o fueron paulatinamente desplazados por las necesidades de la hora.



<sup>23</sup> Hay que decir que esta postura tenía sus bemoles, por ejemplo en Ángel Rama (1982, 333), quien llegó a afirmar que el éxito de la nueva narrativa se centraba, más que en el acopio de técnicas modernas, en su arcaísmo.

## **CONCLUSIONES**



El pensamiento literario de Rafael Gutiérrez Girardot puede ser considerado como una reacción frente a algunos repertorios críticos entre 1970 y 1990, que se constituyeron en sus interlocutores directos o indirectos. En concreto, la referencia y amplio desarrollo de temas como la relación entre la literatura y la sociedad, el modernismo y la recepción de la literatura latinoamericana en el siglo XX, son comprensibles en el marco de su voluntad polémica frente al conjunto de ideas que se situaban en esferas diferentes a la suya. Fueron particularmente el marxismo y la (pos) modernidad, los dos grandes universos que preocuparon su pensamiento literario en los años estipulados.

En lo atinente al marxismo, en esta indagación se han expuesto algunas de las facetas más importantes de su pugilato con figuras de la época. La efervescencia con la que fue acogida la Revolución Cubana creó un campo de apropiación del marxismo en el que se le comprendió como doctrina política o económica y el primer movimiento de Gutiérrez fue situar el pensamiento de Marx en el ámbito filosófico y de esta manera seguir los intentos hechos por, entre otros, Georg Lukács (en sus primeras etapas), Karl Korsh y Walter Benjamin. Dicha recuperación, trataba de dar vida no solo a un enfoque novedoso de la revitalización de Marx, sino que de paso reanimaba la imagen de Hegel, que para la época había sufrido descabalamientos tanto en Europa como en América Latina.

Las consecuencias directas, en términos de su diálogo con la intelectualidad del continente, fueron la incomprensión o la negación tácita de la figura del intelectual colombiano, que impidió la puesta en abismo de sus postulados. Hacia la época, no hubo un estudio detenido de la forma



de abordar sus fuentes, y solo a finales de la década de 1980 e inicios de 1990 comienzan a aparecer, con relativa profusión, documentos sobre su pensamiento literario<sup>24</sup>. Aunque no es posible absolutizar su invisibilidad a su voluntad de ir a contracorriente del marxismo es indudable que este hecho marcó fuertemente su suerte divulgativa.

En esa colisión con los marxistas, hay tres ejes básicos de distanciamiento: el vínculo causal de la base a la superestructura; la lucha de clases como fundamento para la observación de las obras; y la idea de que existían unos desarrollos particulares del capitalismo en América Latina. Las sólidas conjeturas de Gutiérrez tomaron rumbos diferentes, como la centralidad de la dialéctica, en la que concrecen el ser y la conciencia (o la base y la superestructura), el llamado a la indagación en la institución, la implantación de la utopía en marcos alejados del poder del pueblo y cercanos a la capacidad de pensar por sí mismo, y la comprensión de los rasgos principales del modernismo y la literatura latinoamericana del siglo XX en el ámbito de la juntura del mundo por vía de la mentalidad burguesa.

Los riesgos que aparecieron sobre la marcha, en esta asunción no convencional del marxismo, se ubicaron en planos más científicos que políticos. Por ejemplo, en la cuestión de la institución, sus reflexiones no alcanzaron a formular un método de acercamiento que afinara la articulación de los factores (como los salones y la circulación en bibliotecas) y otras esferas de la cultura. De igual forma, su perspectiva, que se decanta en una confianza extrema en la razón, terminó siendo desplazada por corrientes contemporáneas del pensamiento y del análisis de la cultura.

Otro de los radios de acción que atraviesa su producción entre 1970 y 1990 fue su rechazo a los discursos comprendidos posteriormente en el marco de una crítica a la Modernidad. Aunque varios de los intelectuales de la época no pueden ser encasillados, sin trabajos previos, en el ámbito de lo posmoderno o lo poscolonial, algunos de los repertorios que los agrupan están en sintonía con estas nuevas corrientes, herederas de los cambios vividos hacia la segunda mitad del siglo XX.



<sup>4</sup> Los dos estudios que abren la puerta a la recensión del pensamiento literario de Gutiérrez son "Más que aproximativo, polémico" (1987) de Rubén Sierra Mejía y "Cuerda para rato" (1991) de Edgar O'Hara. Ambos son reseñas de libros y apuntan especialmente a la forma como encara el problema de la construcción de una historia de la literatura.

Uno de los rasgos sobresalientes en el magisterio del pensador que nos ha preocupado en este libro entre 1970 y 1990 es la concepción de ciencia del idealismo alemán como un todo que no debe ser fragmentado y, consecuentemente, la posibilidad de abordar el fenómeno literario a la luz de múltiples disciplinas. Al margen de cualquier aventurerismo intelectual, que está latente cuando se pretende involucrar conocimientos de diferentes esferas, mostró un camino en el que el rigor y la claridad metodológica y conceptual se impusieron frente a cualquier especulación sin fundamento.

Teniendo siempre como eje la literatura, la entrada y salida en áreas como la filosofía, la sociología y la filología le permitieron ofrecer horizontes diversificados de los fenómenos abordados. Un rápido recuento de su intención de burlar los límites de las disciplinas exponen su agudeza: un viaje que conecta la filosofía con la historia y la sociología se enraíza en sus acercamientos a las tesis hegelianas del fin del arte, y a las vivencias del nihilismo y la secularización; con el problema del telurismo y la irracionalidad, en sintonía con el fascismo, lleva sus inquietudes de un plano histórico-filosófico a uno político; con la institución plantea el paso de la discusión sobre la mediación, desde la filosofía a la cultura.

Su pensamiento literario es, entonces, un reto a huir de las especializaciones radicales pero al mismo tiempo de evadir la superficialidad que tienta a quien desea observar los textos desde variadas teorías. Con este proceder puso un listón elevado a los clientes de la articulación azarosa de especulaciones y metodologías, a aquellos que, arropados en una actualidad que no se preocupa por el esfuerzo del concepto, hacen la caricatura de la interdisciplinariedad, tomando a destajo nombres a la moda sin reparar en contradicciones o inconsistencias.

Con todo, su afán no fue ofrecer definiciones últimas sobre los fenómenos sino dilucidar los procesos englobados en torno a esas categorías. Para él fue imperativo ir a las fuentes principales y hacer una revisión histórica de las ideas, una selección de sus mejores continuaciones y un intento de apropiación novedosa de ese desarrollo. Con este proceder, en el que se buscan lazos familiares, fortalece su convicción de que el trabajo histórico, que aprecie los giros drásticos o las aprehensiones bien pensadas, es de suma conveniencia para los estudios literarios latinoamericanos.



Esa férrea voluntad científica se entiende si se le ubica en el contexto de la segunda mitad del siglo XX en que la sociedad occidental comenzaba a verse afectada por un total escepticismo frente a los paradigmas modernos. Así, en el ámbito específico de la ciencia literaria, tanto los formalismos como los posestructuralismos ingresaban riesgosamente en el concierto académico latinoamericano. Con estas migraciones de teorías literarias, cuya aprehensión padeció en ocasiones de esnobismo, viajaban contingentes de ideas que atacaban la Modernidad y que traían como armas principales, de acuerdo con Gutiérrez, la concentración en la forma y la discontinuidad. Con ellas no se pensaba en la "revisión radical de los conceptos fundamentales" sino en la articulación caótica de categorías, e incluso, en las versiones más extremas de la posmodernidad, en el amalgamiento de intuiciones modeladas en un lenguaje ininteligible. Pero, ¿era eso lo más apropiado para los estudios literarios latinoamericanos?

Si bien el capitalismo había logrado el arraigo de ciertas ideas ¿era necesario asumir las derrotas del pensamiento europeo luego de la Segunda Guerra Mundial y pulverizar definitivamente los proyectos de la Modernidad racional? Los acercamientos rigurosos a la concordancia entre la literatura y la sociedad, el modernismo y la recepción de la literatura latinoamericana del siglo XX, que en esta indagación se han puesto de relieve, son una muestra de que fue a contracorriente de lo sucedido en la segunda mitad del siglo XX en occidente y continuó confiando en que la labor crítica latinoamericana estaba ligada a una concepción histórica del ser humano y las disciplinas que lo abordaban.

Otro ámbito en el que se siente el enfrentamiento con los puntales de la (pos)modernidad es en su apego a algunos principios de la filosofía de la historia hegeliana, en el que se integran conceptos tan importantes dentro de su trayectoria como los de poeta doctus, la utopía, la dicotomía naturaleza/historia y el carácter intelectualista de las ciudades frente a las vivencias muelles y casi petrificadas del campo. Estas categorías tenían como hilo articulador, en Gutiérrez, su concepción teleológica del devenir humano, cuyo fin principal era la perfección de las sociedades por vía de un constante ejercicio de la razón.

El encuadramiento de su pensamiento literario en este radio explica por qué varias de las nociones que utilizó eran no solo descriptivas sino también programáticas: el poeta doctus era por antonomasia el escritor en la época de la mentalidad burguesa y además se convertía en la figura ejemplar. Con él, se desenmascaraban los simuladores de literatos entregados a una experimentación vacía o quienes acudían a las pasiones y los sentimientos para despertar adhesiones. La utopía se presentaba, así mismo, como perspectiva alternativa a cualquier intento de vulgar politización del arte que le exigía doblegarse ante los imperativos de un partido. La preferencia por la Historia en lugar de la Naturaleza era la huida a lo telúrico y la proyección de América Latina más allá de cualquier exotismo.

Entre 1970 y 1990, periodo en el que algunos poetas eran alabados por cantar al continente enarbolando abiertas o tácitas tendencias políticas, o por lograr un efecto melifluo en sus lectores, un momento en que los proyectos políticos estuvieron atados al marxismo (hasta cuando se impusieron las dictaduras), y los realismos mágicos y maravillosos traducían una supuesta identidad del ser latinoamericano, recurrir a imperativos filosóficos del talante de los utilizados por el ensayista colombiano significaba convidar al rival en la polémica intelectual o granjearse desprecios que lo llevaran a la marginación.

Si bien es cierto le sobraron fuerzas para la disputa, su postura a contracorriente no era una decisión que alimentara la pura vanidad arrogante, sino la creencia firme en que ese era el mejor camino para el continente. Porque había heredado de sus maestros la imagen del lector de la literatura como intelectual, esto es, como un lector especializado que superaba los límites de la ciencia literaria para proyectarse a otras esferas, como la de la elucubración cultural y sociológica, e incluso la propia política.

En este orden de ideas, además de las revisiones en el plano literario, sus reflexiones apuntaban hacia otros objetivos: por ejemplo, de la profundización en el modernismo resurgía la crítica al franquismo español; de la revisión en los enfoques mágicos y maravillosos veía crecer las semillas del fascismo y en el trasfondo de la discusión sobre la literatura y la sociedad quedaba apaleado el marxismo ortodoxo. ¿Era posible arrobarse cómodamente en el formalismo y las teorías literarias posestructuralistas mientras el futuro del continente presagiaba la debacle?



La respuesta combativa no ocultaba la adhesión a cierto heroísmo de la figura del intelectual, pero fue un heroísmo que pronto declinó<sup>25</sup> y así se dio un fuerte golpe a las pretensiones de analistas de la literatura y la cultura. El "humanismo activo y misional" (Gutiérrez, 1955a, 17) con el que calificó a Alfonso Reyes, profesado por el propio Gutiérrez durante la primera mitad del siglo XX, sufrió duros señalamientos, porque, según sus contradictores, en su intención por rescatar los puntales de la civilización occidental se había obviado e incluso vilipendiado el envés de esa cultura que defendían muchos intelectuales.

En todo caso, el polemista colombiano insistió en su defensa de la mundialización del proyecto racional como opción teleológica para América Latina y los llamados de la contraparte no se hicieron esperar. El debate sobre la heterogeneidad histórico-cultural de América Latina derivó en la necesidad de promover una historia literaria plural así como en la acuñación entusiasta de términos como los de "transculturación" y "totalidad contradictoria", desarrollados por Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar respectivamente. Ante esto, y sin negar los conflictos internos, Gutiérrez continuó empoderando la razón como guía y como mecanismo de síntesis de las culturas, mientras que en el otro extremo imperó la celebración de las amalgamas sin predominio de ninguna voz, en muchos casos con pretensiones políticamente reivindicativas.

De su adhesión a la filosofía de la historia hegeliana entre 1970 y 1990, de la cual se ha hecho una síntesis en líneas anteriores, se puede realizar una observación que llega hasta nuestros días: aun cuando dicha filosofía fue declarada obsoleta<sup>26</sup>, Gutiérrez no echó para atrás sus bases principales e incluso luego de 1990 realizó relecturas bajo el horizonte de ideas como la de "poeta doctus". Este universo teórico, derivado en este caso

<sup>26</sup> Para un desarrollo de los ataques a la filosofía de la historia moderna ver el artículo "¿El fin de la historia? La crítica de la posmodernidad al concepto de historia como metarrelato" (2013) de lavier Sábada.



<sup>25</sup> La imagen heroica del intelectual fue criticada por Ángel Rama en su libro póstumo La ciudad letrada y estudiada por Santiago Castro-Gómez. Según este último, la filosofía de la historia latinoamericana (en cabeza de Leopoldo Zea y Arturo Andrés Roig) operaba en el marco de una episteme moderna que produce "un discurso que le señalaba un curso normativo a la vida y que, además, les otorga a los letrados el papel de legisladores e intérpretes de esa vida" (2011, 120). Como lo había vislumbrado Rama (y traduciéndolo al universo conceptual de Foucault) se debía establecer entonces una genealogía "como el rastreo histórico de prácticas y dispositivos singulares" (2011, 120) y descentrar el papel de los intelectuales, quienes cooperaban en la ocultación de lo que quedaba en los márgenes de la historia.

especialmente de Hegel, sirvió en su momento para enfrentar el populismo de izquierda, el marxismo o a quienes proclamaban los realismos mágicos y maravillosos como señas de la identidad del continente, pero habría que preguntarse si es posible rescatar algunas facetas luego del fin de la filosofía de la historia. ¿La estela del "poeta doctus" o la utopía, son susceptibles de ser retomadas y actualizadas en el terreno académico y cultural? ¿Hemos superado el temor a los irracionalismos y los fascismos por vía de la exaltación de las fuerzas telúricas?

Las soluciones tendrían que ser indagadas en un texto aparte. Sin embargo, es probable que en este asunto en particular, y teniendo en cuenta que hoy se ve más a América Latina como un territorio en el que se puede entrar y salir constantemente de la Modernidad, la integración de una historia con arreglo a fines racionales, explorada con profusión en el pensamiento literario de Gutiérrez, sea como mínimo traumática.

Finalmente, su rechazo a los puntales de la posmodernidad en su pensamiento literario entre 1970 y 1990 también se puede observar en la concepción de la obra literaria y su centralidad en el marco de la dilucidación de los laberintos del ser humano. Gutiérrez observa en la literatura una doble función: la que se ubica en el plano filosófico y la lleva al revelamiento de la verdad, y la que –sin despreciar su dimensión estética– hace de ella una filosofía de la historia, esto es, un espacio en el que se puede recuperar la marcha de la humanidad.

En el primero de los casos, hay una línea que articula tres pensadores: Hegel (lo bello como engaño en el que reluce la verdad); Nietzsche (el arte como última actividad metafísica del ser humano); y Heidegger (el arte como ámbito en el que acontece la verdad como desocultamiento). En especial en la etapa en que enfrenta los textos al calor de una perspectiva filosófica, retoma de estos grandes puntales una forma de llevar a la literatura a un lugar central, con el cual se conoce la condición humana en una época dominada por el cambio de valores tradicionales. En la literatura se captan, con mayor plenitud, las consecuencias de un proceso histórico-filosófico que Nietzsche denominó la "muerte de Dios", no como declaración de ateísmo, sino como comprensión de las transformaciones realizadas por la mentalidad burguesa, entre ellas los fines del arte, la filosofía y la religión.



En cuanto a la consideración de la literatura como una filosofía de la historia, Gutiérrez da continuidad a los enfoques del ensayismo latinoamericano de finales del siglo XIX y comienzos del XX, especialmente a las valoraciones realizadas por Pedro Henríquez Ureña. Para todos ellos, y posiblemente ante el retardo en la consolidación de disciplinas que dieran forma a las sociedades del continente con herramientas científicas, la literatura fue una expresión en la que se podrían hallar explicaciones de la experiencia vital del ser latinoamericano, de sus devaneos sociales y conflictos culturales

De cualquier manera, y siguiendo a sus maestros, su pensamiento literario entre 1970 y 1990 está insuflado de un optimismo frente a la centralidad de la literatura comprendida en su significación clásica como el universo en el que se encuentra lo mejor pensado y escrito por el ser humano. Con sensatez, no niega que deben ser estudiadas las piezas de segundo orden (paraliteratura, subliteratura, literatura rosa) pero condiciona ese acercamiento al entendimiento de cómo han dado origen – por imitación transformadora o por negación –a creaciones de alto vuelo.

Aquí, el pensamiento literario de Gutiérrez entre 1970 y 1990 es una apuesta arriesgada. Con la reconocida crisis de los metarrelatos promulgada por Lyotard (1992) también la literatura sufrió un paulatino desplazamiento de su importancia y cada vez naufragó más en un mar de voces que emergieron con fuerza. En las décadas estudiadas, la literatura no podía ser considerada uno de los ejes de ahondamiento del ser humano en general, fuera porque se presentaban otras opciones (como el cine, la caricatura, las representaciones orales), o porque la comprensión histórica y el esfuerzo del pensar parecían haber sido desplazados a un segundo plano.

Además de esta evidencia de la crisis de modelización de la literatura, hacia la década de 1970 el canon clásico también perdió peso. La germinación de múltiples corpus que no podían ser integrados dentro de lo que habitualmente se llamaba literatura, compartió el mismo espacio con las obras canónicas y puso en entredicho posibilidades de acercamiento. El objeto pasó de las obras literarias a los textos o los discursos, que revelaban las particularidades de las culturas marginadas por la Modernidad. Ante estos desplazamientos, un número significativo de lectores especializados



prefirieron tomar el rumbo culturalista y en no pocas oportunidades aventurarse con metodologías y categorías apropiadas de otras disciplinas.

Gutiérrez no cedió tampoco a los caminos que capturaron a la vida intelectual durante ese periodo y continuó justificando y hallando en la literatura –comprendida en una amplia función estética, en la que se proyecta el ser humano y la sociedad– un campo nutricio para sus elucubraciones. Las penetrantes lecciones que ha dejado sobre temas como el modernismo o la recepción de la literatura latinoamericana en el siglo XX son evidencia de que, aún con esos cambios en el ámbito de la cultura y los estudios literarios del continente, su vigencia en esta materia persiste.

## **BIBLIOGRAFÍA**

## Bibliografía de Rafael Gutiérrez Girardot

- Gutiérrez Girardot, Rafael (agosto/diciembre 1949). "El congreso de los intelectuales". En: Revista del Colegio Mayor del Rosario, (421-425), 490.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (febrero 1953). "La revolución de Bolivia y su estatura estratégica". En: *Cuadernos hispanoamericanos*, (38), 211-213.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (junio 1953b). "Eduardo Cote Lamus. Salvación del recuerdo". En: Ensayos sobre literatura colombiana II. Medellín: Unaula,
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1955a). La imagen de América en Alfonso Reyes. Madrid: Ínsula.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (octubre 1955b). "El mundo de la expresión. Notas de lectura a Gottfried Benn". En: *Cuadernos hispanoamericanos*, (70), 63-78.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (agosto/septiembre 1955c). "España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad". En: Cuadernos hispanoamericanos, (68-69), 236-244.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (octubre/noviembre 1956). "Nota sobre Hegel". En: *Mito* (10), 193-215.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (abril/junio 1957). "Friedrich Schlegel y la fundamentación de la hermenéutica". En: *Horas de estudio*. Bogotá: ICC, 1976.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1959a). Jorge Luis Borges: ensayo de interpretación. Bogotá: Ediciones B, 2011.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1959b). En torno a la literatura alemana contemporánea. Madrid: Taurus.

- Gutiérrez Girardot, Rafael (26 julio 1959c). "Jorge Luis Borges". En: *Lecturas dominicales de El Tiempo*, pp. 1 y 4.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (febrero 1961). "El lector de Nietzsche, Borges". En *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto.* Bogotá: Panamericana, 1998.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (8 diciembre 1963). "Lo grotesco en la literatura hispanoamericana". En: *Horas de estudio*. Bogotá: ICC, 1976.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (junio 1964). "La estética de Georg Lukács". En: El fin de la filosofía y otros ensayos. Medellín: Antorcha-Monserrate, 1968.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (27 junio 1965a). "Sobre el fin de la filosofía". En: El fin de la filosofía y otros ensayos. Medellín: Antorcha-Monserrate, 1968.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (mayo 1965b). "Problemas y método de la crítica literaria". En: *Horas de estudio*. Bogotá: ICC, 1976.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (abril 1965c). "Walter Benjamin. Posibilidad y realidad de una filosofía poética". En: El fin de la filosofía y otros ensayos. Medellín: Antorcha-Monserrate, 1968.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1969a). Poesía y prosa en Antonio Machado. En Machado: reflexión y poesía. Bogotá: Tercer Mundo, 1989 (incluye: "Las máscaras de Antonio Machado", 1989 y "El humor en Machado", 1975)
- Gutiérrez Girardot, Rafael (enero 1969b). "Karl Korsch, revisionista y maestro de Bertold Brecht". En: *Índice* (239), 11-12.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (noviembre 1970). "Hegel y la literatura". En: *Cuestiones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1975a). "Literatura y sociedad". En: Carranza María Mercedes (Selección) (1976). *Estravagario* (pp. 13-25). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (5 octubre 1975b). "Antonio Machado 1875-1975".

  En: Rafael Gutiérrez Girardot. Un intelectual crítico y creativo de las tradiciones hispanoamericanas. Barcelona: Anthropos 226, enero/marzo 2010.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (23 marzo 1975c). "Sobre una antología". En: *Rafael Gutiérrez Girardot* (1928-2005). Ibagué: *Aquelarre* 8. Revista del Centro Cultural de la Universidad del Tolima, segundo semestre 2005
- Gutiérrez Girardot, Rafael (diciembre 1975d). "Michel Foucault: los laberintos del estructuralismo". En: *Horas de estudio*. Bogotá: ICC, 1976.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (enero/junio 1976a). "Teoría social de la literatura". En: *Horas de estudio*. Bogotá: ICC, 1976
- Gutiérrez Girardot, Rafael (enero 1976b). "Ethos contra Pathos: Jorge Guillén y Pablo Neruda". En: Insistencias. Bogotá: Ariel, 1998.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1977a). "Literatura y sociedad". En: *Texto crítico* (8), 3-26



- Gutiérrez Girardot, Rafael (abril 1977b). "A propósito de las interpretaciones de la literatura latinoamericana". En: *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (abril/junio 1978a). "El tema de la naturaleza en la literatura Hispanoamericana". En: *Eco* (198-200), 888-896.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (agosto 1979a). "La literatura colombiana (1925-1950)". En: *Eco*, (214), 390-424.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (julio 1980b). "Pidiendo un Ortega desde dentro". En: Hispanoamérica: imágenes y perspectivas. Bogotá: Temis, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (diciembre 1980c). El problema de la inmortalidad de Ortega". En: *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (enero/junio 1981a). "Problemas de una historia social del modernismo". En: Rafael Gutiérrez Girardot. Un intelectual crítico y creativo de las tradiciones hispanoamericanas. Barcelona: Anthropos 226, enero/marzo 2010.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (julio/agosto 1981b). Walter Benjamin y sus afinidades electivas". En: *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (marzo 1981c). "Ortega y Gasset o el arte de la simulación majestuosa". En: *Provocaciones*. Bogotá: Ed. Investigar y Nuestra América Mestiza, 1992.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1982a). "Andrés Bello y la filosofía". En: *Insistencias*. Bogotá: Ariel, 1998.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1982b). "Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero". En: Hispanoamérica: imágenes y perspectivas. Bogotá: Temis, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (octubre 1982c). "Sobre la crítica y su carencia en las Españas". En: *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1983a). *Modernismo*. Supuestos históricos y culturales. México: FCE, (3ª ed.) 2004.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (enero 1983b). "El modernismo incógnito". En: Aproximaciones. Bogotá: Procultura, 1986.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (abril 1983c). "Los problemas del modernismo". En: *Eco* (258), 604-616.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (julio/diciembre 1984a). "Poesía y crítica literaria en Fernando Charry Lara". En: Revista Iberoamericana, (128-129), 839-852.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1984b). "El eros atormentado: Ramón López Velarde". En: *Insistencias*. Bogotá: Ariel, 1998.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1984c). "José Enrique Rodó, revisited". En: Insistencias. Bogotá: Ariel, 1998.



- Gutiérrez Girardot, Rafael (enero/agosto 1984d). "Ángel Rama: nobleza y pasión". En: *Texto crítico*, (31-32), 96-100.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (mayo/junio 1984e). "La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío". En: Aproximaciones. Bogotá: Procultura, 1986.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1986). Aproximaciones. Bogotá: Procultura.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1984f). "El ensayo posmodernista. Pedro Henríquez Ureña". En: Hispanoamérica: imágenes y perspectivas. Bogotá: Temis, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1985a). "Gottfried Benn: intelectualismo y nihilismo". En: *Cuestiones*. México: FCE, 1994.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (febrero 1985b). "Los olvidados. América sin realismos mágicos". En: *Insistencias*. Bogotá: Ariel, 1998.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1988a). "Paul Celan y César Vallejo: la poesía ante la destrucción". En: *Insistencias*. Bogotá: Ariel, 1998.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1988b). "Génesis y recepción de la poesía de César Vallejo". En: César Vallejo y La muerte de Dios. Bogotá: Panamericana, 2000.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1989). Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana. Bogotá: Cave Canem, 1989.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1997). *Nietzsche y la filología clásica*. Málaga: Analecta Malacita.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (2011). "La imagen de Colombia en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez". En *Ensayos de literatura colombiana* (pp. 225-245). Medellín: Unaula.

### Otra bibliografía citada

- Aínsa, Fernando (1986). *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos.
- Achugar, H. (1990). "Primeros apuntes para una historia de la crítica uruguaya (1968-1988)". En: Revista de crítica literaria latinoamericana, 16 (31/32), 219-235.
- Aguilar Mora, Jorge (1981). "Sobre el lado moridor de la 'nueva narrativa' hispanoamericana". En: Rama, Ángel (ed.). *Más allá del boom: literatura y mercado* (pp. 237-254). México: Marcha.
- Aguilar, Gonzalo (2010). "Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad" En: Altamirano, Carlos (director). *Historia de*



- los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada en el siglo XX (pp. 685-711). Buenos Aires/Madrid: Katz.
- Altamirano, Carlos; Sarlo, Beatriz (1983). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette.
- Aricó, José. "La producción de un marxismo americano" (1985). En: Formación política socialista. Mar del Plata: Juventud socialista de Mar del Plata, sf.
- Ballón Aguirre, Enrique (1996). "Historiografía de la literatura en sociedades plurinacionales (multilingües y pluriculturales) (un escorzo)" (1987). En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 363-380). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Benedetti, Mario (1977). Letras del continente mestizo. Montevideo: Arca.
- Bella, Josef. "Modernismo y vanguardia (del modernismo a la modernidad)". En: Schulman, Iván (Ed). *Nuevos asedios al modernismo* (pp. 62-75). Madrid: Taurus. 1987.
- Benjamín, Walter (1972). Iluminaciones II. Madrid: Taurus.
- Benjamin, Walter (2009). La dialéctica en suspenso. Santiago: LOM.
- Blasco Pascual, Javier (1993). "De 'oráculos' y de 'cenicientas': la crítica ante el fin de siglo español". En: Cardwel, Richard. McGuirk, Bernard. ¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta, nuevas lecturas (pp. 59-86). E.U.: Aociety of spanish and spanish-american studies.
- Braudel, Fernand (2002). Las ambiciones de la historia. Barcelona: Crítica.
- Borón, Atilio (16 de agosto-30 de septiembre 2008). "Teoría(s) de la dependencia". En: *Realidad económica*, 20-43.
- Canto, Patricio (1958). El caso Ortega y Gasset. Buenos Aires: Leviatán.
- Carpentier, Alejo (2003). "De lo real maravilloso americano". En: *Ensayos Selectos* (pp. 101-121). Buenos Aires: Corregidor.
- Casas Dupuy, Rosario (Agosto de 1999). "Apuntes sobre la crítica hegeliana de la ironía". En: *Ideas y Valores*, 110, 21-31.
- Castellet, José María (1969). "La actual literatura latinoamericana vista desde España". En: Adoum, Jorge Enrique et. al. *Panorama de la actual literatura latinoamericana* (pp. 27-38). La Habana: Casa de las Americas.
- Castro-Gómez, Santiago 2011. *Crítica de la razón latinoamericana*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Cornejo Polar, Antonio (1999). "Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo". En: Revista de crítica literaria latinoamericana, XXV (50), 9-12.
- Cornejo Polar, Antonio. Paoli, Roberto (1980). "Sobre el concepto de heterogeneidad a propósito del indigenismo literario". En: *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 6 (12), 257-267.



- Cornejo Polar, Antonio (1982). Sobre literatura y crítica latinoamericanas. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- Cueva, Agustín (1996). "El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas" (1981). En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 202-227). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Cruz, Manuel (1991). Filosofía de la historia. Barcelona: Paidos.
- De Onís, Federico. "Sobre el concepto de modernismo". En: *España en América*.

  Madrid: Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955.
- Díaz, José Pedro et al. "La crítica literaria, hoy" (Enero/abril de 1977). En: *Texto Crítico*, III (6), 6-36.
- Díaz Rodríguez, Manuel (1971). "paréntesis modernista o ligero ensayo sobre el modernismo". En: Lily, Litvak. *El Modernismo* (pp. 145-155). Madrid, Taurus.
- Díaz-Plaja, Guillermo (1951). *Modernismo frente a noventa y ocho.* Madrid: Espasa Calpe.
- Díaz-Plaja, Guillermo (Sept. 1965). "El modernismo, cuestión disputada". En: *Hispania*, 48 (3), 407-412.
- Dilthey, Wilhelm (1944) [1921]. *Hegel y el idealismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dorra, Raúl (1986). "Identidad y literatura. Notas para un examen crítico". En: Yurkievich, Saúl (Coordinador). *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (pp. 47-55). Madrid: Alhambra.
- Enríquez, Eduardo (2010). "Una justificación estética del mundo. Acerca del 'ensayo de autocrítica' del *Nacimiento de la tragedia*". En: A *Parte Rei*, (70). Recuperado de http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei.
- Epple, Juan Armando (1990). "El estado actual de los estudios literarios en Chile: acercamiento preliminar". En: *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 16 (31/32), 119-137.
- Escajadillo, Tomás (1987). "La novela hispanoamericana re-visitada". En: Revista de crítica literaria latinoamericana, 13 (25), 139-154.
- Even-Zohar, Itamar (2007-2011). *Polisistemas de cultura*. Tel-Aviv: Universidad de Tel-Aviv/Laboratorio de Investigación de la Cultura. Recuperado de http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/polisistemas\_de\_cultura2007.pdf
- Fernández Retamar, Roberto (1976). Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones. Bogotá: El Huaco.
- Fernandez Retamar, Roberto (1971). "Calibán". En: Casa de las Américas, XII (68), 124-151.



- Ferreres, Rafael (1971a). "La mujer y la melancolía en los modernistas" (1963). En: Lily, Litvak. *El Modernismo* (pp. 171-183). Madrid, Taurus.
- Ferreres, Rafael (1971). "Los límites del modernismo y la generación del noventa y ocho" (1955). En: Lily, Litvak. *El Modernismo* (pp. 29-49). Madrid, Taurus.
- Franco, Jean (1971). La cultura moderna en América Latina. México: Joaquin Mortiz.
- Fuentes, Carlos (1969). *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz.
- García-Girón, Edmundo (1971). "La azul sonrisa. Disquisición sobre la adjetivación modernista" (1955). En: Lily, Litvak. *El Modernismo* (pp. 121-141). Madrid, Taurus.
- García Márquez, Gabriel; Vargas Llosa, Mario (1968). La novela en América Latina: diálogo. Lima: Milla Bartres.
- Gerbi, Antonello (1960). *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica,* 1750-1900. México: Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Gilman, Claudia (2003). Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gómez García, Juan Guillermo (2011). Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot. Medellín: Unaula.
- Gómez García, Juan Guillermo (enero/junio 2006). "La imagen de América Latina en Rafael Gutiérrez Girardot". En: Estudios de Filosofía, (33),19-34.
- González, Manuel Pedro (1974). "En torno a la iniciación del modernismo". En: Castillo, Homero. *Estudios críticos sobre el modernismo* (pp. 211-253). Madrid: Gredos.
- González, Stephan, Beatriz (1987). La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX. La Habana: Casa de las Américas.
- Guadarrama, Pablo (1997). "Humanismo y socialismo en la óptica del pensamiento marxista en América Latina". En: Estudios Avanzados, 11 (30), 357-383.
- Gullón, Ricardo (1963). Direcciones del modernismo. Madrid: Gredos.
- Gutiérrez Pozo, Antonio (julio-diciembre 2003). "De Hegel a Adorno. Sobre la comprensión filosófica del arte". En: Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica. XLI (104), 175-185.
- Habermas, Jurgen (2011). El discurso filosófico de la modernidad. Madrid: Katz.
- Halperin Dongui, Tulio (1981). "Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta". En: Rama, Ángel (ed.). *Más allá del boom: literatura y mercado*. (pp. 144-165). México: Marcha.



- Hegel, Wilhem (2001) [1833]. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal.*Madrid: Alianza Editorial.
- Hegel Wilhem (2008) [1832-1845]. Estética. Buenos Aires: Losada.
- Heidegger, Martin (2010). "El origen de la obra de arte" (1950). En: *Caminos de Bosque* (pp. 11-52). Madrid: Alianza.
- Heidegger, Martin (2010). "La frase de Nietzsche: 'Dios ha muerto" (1943). En: *Caminos de Bosque* (pp. 157-198). Madrid: Alianza.
- Heidegger, Martin (2000). Nietzsche. España: Destino.
- Henríquez Ureña, Max. Breve historia del modernismo (1954). México/Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (1949). Las corrientes literarias en la América Hispánica. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández Sánchez, Domingo (2002). *La ironía estética: estética romántica y arte moderno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Hobsbawn, Eric (2010). La era del capital 1848-1875. Buenos Aires: Crítica.
- Holderlin, Friedrich, Schelling, Friedrich y Hegel, Wilhem (1795). "El más antiguo programa sistemático del idealismo alemán". En: *Centro virtual cervantes*. Hieronymous, Num 1. Recuperado de http://cvc.cervantes. es/lengua/hieronymus/pdf/01/01\_117.pdf
- Innerarity, Daniel (1993). Hegel y el romanticismo. Madrid: Tecnos.
- Íñigo Madrigal, Luis (1976). "Introducción a una posible historia social de la novela hispanoamericana". En: *Revista Casa de las Américas,* XVI (99), 107-111.
- Jiménez, Juan Ramón (1959). El modernismo. Apuntes de un curso (1953). Madrid: Visor.
- Korsh, Karl (1971). Marxismo y filosofía. México: Era.
- Laín Entralgo, Pedro (1955). La generación del 98. Madrid: Diana artes gráficas.
- Leenhardt, Jacques (1981). "La estructura ensayística de la novela latinoamericana". En: Rama, Ángel (ed.). Más allá del boom: literatura y mercado (pp. 130-143). México: Marcha.
- Losada, Alejandro (1981). "Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina". En: Revista Iberoamericana, (47), 167-188.
- Losada, Alejandro (1996). "Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina". En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 228-263). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Losada, Alejandro (1986). "La historia social de la literatura latinoamericana". Revista de crítica literaria latinoamericana, 12 (24), 21-29.
- Loveluck, Juan (1969). *La novela hispanoamericana*. Santiago: Editorial Universitaria.



- Lowy, Michael (1980). El marxismo en América Latina. México: Era.
- Lukacs, Georgy (1963). El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista. México: Grijalbo.
- Lyotard, Jean Francois (1992). La condición posmoderna: informe sobre el saber. Madrid: Planeta: Barcelona: Agostini.
- Marco, Joaquín (2010) [2000]. "El 'realismo mágico' y lo 'real maravilloso". En: Puccini, Darío; Yurkievich, Saúl (Editores). Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica (T.II) (pp. 583-616). México: Fondo de Cultura Económica.
- Marinello, Juan (1959). Sobre el modernismo polémica y definición. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marx, Karl (2008) [1859]. Contribución a la crítica de la economía política. México: Siglo XXI editores.
- Marx, Karl. Engels, Federico (2007) [1848]. Manifiesto Comunista. México: Fondo de Cultura Económica.
- Massardo, Jaime (invierno 2010). "La recepción del pensamiento de Karl Marx en América Latina". En: Estudios, VIII (95), 37-63.
- Maturo, Graciela (1979). La polémica actual sobre el realismo mágico en las letras latinoamericanas. Buenos Aires: Tekne.
- Medin, Tzvi (1994). Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mejía Duque, Jaime (1974). Narrativa y neocoloniaje en América Latina. Crisis: Argentina.
- Mignolo, Walter (1996). "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)" (1986). En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 3-39). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Milliani, Domingo (1996). "Historiografía literaria: ¿periodos históricos o códigos culturales?" (1985). En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 348-362). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Moraña, Mabel (1995). "Escribir en el aire, 'heterogeneidad' y estudios culturales". En: Revista de crítica literaria latinoamericana, LXI (170-171), 279-286.
- Nicol, Eduardo (1998) [1961]. El problema de la filosofía hispánica. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nietzsche, Friedrich (2012) [1871]. El nacimiento de la tragedia. Madrid: Alianza.



- O'hara, Edgar (1991). "Cuerda para rato" (reseña Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana). En: Boletín Cultural y Bibliográfico, (27), 76-80
- Ortega, Julio (1968). La contemplación y la fiesta. Ensayos sobre la nueva novela latinoamericana. Lima: Editorial Universitaria.
- Osorio, Nelson (1989). "Situación actual de una nueva conciencia críticoliteraria (borradores de una exposición)". En: Revista de crítica literaria latinoamericana, 15 (29), 285-294.
- Osorio, Nelson (1996). "Las ideologías y los estudios de literatura hispanoamericana" (1975). En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 97-114). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Paz, Octavio (1974). Los hijos del limo. Barcelona: Seix Barral.
- Perus, Françoise (1976). Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo. La Habana: Casa de las Américas.
- Perus, Françoise (1982). Historia y crítica literaria. La Habana: Casa de las Américas.
- Picon Garfield, Evelyn, Schulman, Iván (1983). Las entrañas del vacío: ensayos sobre la modernidad hispanoamericana. México: Ediciones Cuadernos Hispanoamericanos.
- Pizarro, Ana (coordinación) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro editor de América Latina.
- Rama, Ángel (1970). Rubén Darío y el modernismo: circunstancia socio-histórica de un arte americano. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central de Venezuela.
- Rama, Ángel (1985). Las máscaras democráticas del modernismo. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Rama, Ángel (1984). "Regiones, culturas y literatura". En: transculturación narrativa en América Latina. Buenos Aires: El Andariego.
- Rama Ángel y Vargas Llosa (1973). *García Márquez y la problemática de la novela*. Buenos Aires: Corregidor-Marcha ediciones.
- Rama Ángel (1974). "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica". En: Alegría, Fernando et al. *Literatura y praxis en América Latina* (pp. 81-110). Caracas: Monteávila,
- Rama, Ángel (1982). "Los dictadores latinoamericanos en la novela" (1975). En: *La novela latinoamericana* 1920-1980 (361-379). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Rama, Ángel (1996). "Literatura y clase social" (1976). En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 115-134). Caracas: Biblioteca Ayacucho.



- Rama, Ángel (1982). *La novela latinoamericana* 1920-1980. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Rama, Ángel (1985a). "Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración". En: Pizarro, Ana (coordinación). *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 85-87). Buenos Aires: Centro editor de América Latina.
- Rama, Ángel (1982). "El boom en perspectiva" (1980). En: *La novela latinoamericana* 1920-1980 (pp.235-293). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Rama, Ángel (ed.) (1981). Más allá del boom: literatura y mercado. México: Marcha.
- Rincón, Carlos (1971). "Para un plano de batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica". En: *Casa de las Américas*, XI (67), 39-59.
- Rincón, Carlos (septiembre-octubre, 1973). "Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Latinoamérica". En: *Revista Casa de las Américas*, XIV (80), 135-147.
- Rincón, Carlos (1978). "Hacia una teoría de la literatura latinoamericana". En: El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana (pp. 195-248). Bogotá: Instituto colombiano de cultura.
- Rincón, Carlos (1978). El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana. Bogotá: Instituto colombiano de cultura.
- Rincón, Carlos (1986). "Historia de la historiografía y de la crítica literaria latinoamericanas. Historia de la conciencia histórica". En: Revista de crítica literaria latinoamericana, 12 (24), pp. 7-19.
- Rivas Polo, Carlos (2011). "Gutiérrez Girardot. Bibliografía completa". Recuperado de https://gutierrezgirardot.wordpress.com/
- Rivas Polo, Carlos (2012). "Introducción". Gutiérrez Girardot Rafael. En: *El ensayo en lengua española en el siglo XIX*. Medellín: Unaula.
- Rodríguez Monegal, Emir (1969). *Narradores de esta América: los maestros de la novela*. Uruguay: Alfa.
- Rodríguez Monegal, Emir (enero 1972). "Notas sobre el boom: l". En: *Revista Plural*, (4). Recuperado de http://otrolunes.com/archivos/05/html/recycle/recycle-n05-a01-p02-2008.html
- Roggiano, Alfredo (1987). "Modernismo: origen de la palabra y evolución de un concepto". En: Schulman, Iván (Ed). Nuevos asedios al modernismo (pp. 39-50). Madrid: Taurus.
- Rojas Mix, Miguel (1991). Los cien nombres de América. Barcelona: Lumen.
- Romero, José Luis (2010) [1976]. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI ediciones.



- Sábada, Javier (2013). "¿El fin de la historia? La crítica de la posmodernidad al concepto de historia como metarrelato". En: Reyes Mate, Manuel (ed). Filosofía de la historia (pp. 193-206). Madrid: Trotta.
- Safranski, Rudiger (2009) [2007]. Romanticismo: una odisea del espíritu alemán. Barcelona: Tusquets.
- Salinas, Pedro (1974). "El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus" (1949). En: Castillo, Homero. Estudios críticos sobre el modernismo (pp. 23-27). Madrid: Gredos.
- Sanchez, Luis Alberto (1941). *Balance y liquidación del 900: tuvimos maestros en nuestra América*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- Sánchez Meca, Diego (2013). *Modernidad y romanticismo: para una genealogía de la actualidad.* Madrid: Tecnos.
- Sarlo, Beatriz. (1997). "Estudios Culturales y crítica literaria en la encrucijada valorativa". *Revista de crítica cultural*, (15), 32-38. Recuperado de http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/sarl.pdf.
- Schlegel, Friedrich (2009). Fragmentos. Barcelona: Marbot.
- Schlegel, Friedrich (1996). Sobre el estudio de la poesía griega. Madrid: Akal.
- Schlegel, Friedrich (2005). Conversación sobre la poesía. Buenos Aires: Biblos.
- Schulman, Iván (Jul./Ago. 1966). "Reflexiones en torno a la definición del modernismo". En: *Cuadernos Americanos*, (4), 211-240.
- Schulman, Iván (2002). El proyecto inconcluso. La vigencia del modernismo. México: Siglo XXI editores.
- Sierra Mejía, Rubén (1987). "Más que aproximativo, polémico". En: Boletín Cultural y Bibliográfico, 24, (12). Recuperado de http://publicaciones. banrepcultural.org/index.php/boletin\_cultural/article/view/2958/3041
- Sosnowski, Saúl (1990). "Crítica literaria latinoamericana en Estados Unidos: visiones desde la periferia". En: *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 16 (31/32), 267-289.
- Stabb, Martin (1969). América Latina en busca de una identidad. Caracas: Monteavila.
- Sternhell, Zeev, et al (1994) [1989]. El nacimiento de la ideología fascista. Madrid: Siglo XXI.
- Uslar Pietri, Arturo (1996). "Realismo Mágico". En: Sosnowski, Saúl (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones (pp. 519-523). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Vargas Llosa, Mario (junio 1969). "Novela primitiva y novela de creación en América Latina". En: *Revistas de la Universidad de México*. XXIII (10), 29-36.



- Vargas Llosa, Mario (1971). García Márquez: historia de un deicidio. Barral Editores: Barcelona.
- Vázquez, Eduardo (2013). "La filosofía posidealista (materialista) de la historia". En: Reyes Mate, Manuel (ed). *Filosofía de la historia* (pp. 119-138). Madrid: Trotta 2013.
- Viñas, David (1981). "Pareceres y disgresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana". En: Rama, Ángel (ed.). Más allá del boom: literatura y mercado (13-50). México: Marcha.
- Yurkievich, Saúl (1976). Celebración del modernismo. Barcelona: Tusquets.
- Yurkievich, Saúl (Coordinador) (1986). *Identidad cultural en América Latina*.

  Madrid: Alhambra.